

JAIME HERAS

LA MUJER CARMESÍ

NOVELA

La mujer carmesí

Jaime Heras

Este libro está dedicado a todos los que luchan por sus hijos sin rendirse jamás

"Nada está realmente perdido mientras lo recordamos"

L.M.Montgomery

"The past is never dead. It's not even past"

William Faulkner

Prólogo —Halya

(Zorokiv, Ucrania. 1933)

Wasyl escondió las manos bajo las axilas y esperó hasta que volvió a sentir las. Miró alrededor. En el tejado de la granja de los Shurovska ondeaba un trapo negro. Tenía que recordar preguntarle a su madre por qué se usaba el negro para indicar que alguien había muerto. Para él el color de la muerte era el blanco. El blanco de la nieve que cubría hasta donde llegaba su vista y que escondía las pocas raíces y brotes que pudieran quedar aún en el suelo. Casi todos sus amigos habían muerto. En realidad, casi todas las personas que conocía habían muerto. Primero fue su hermana pequeña, Nadia. Luego fue papá, que tras recoger las pocas joyas y objetos de oro que había en la casa fue a la ciudad, convencido de que en la tienda para extranjeros le cambiarían aquellas joyas por suficiente arroz para poder pasar el invierno. Pero papá nunca volvió. Por último fue su hermana mayor, Evdokhia, que pasaba semanas tumbada en el catre, sin moverse. Su madre le decía a Wasyl que Evdokhia sólo necesitaba descansar, pero una mañana Wasyl, haciéndose el dormido, vio sollozar a su madre en silencio frente al cuerpo hinchado de la pequeña, para luego cogerlo en brazos y salir al exterior helado. Ahora estaban solos su madre y él.

Sus manos ya habían recuperado algo de sensibilidad, y siguió rebuscando alguna brizna de hierba bajo la nieve. Si tenía suerte y encontraba algo su madre lo molería con cortezas de árboles y haría pasteles, que eran lo más parecido a comida que podían llevarse a la boca. Tenía frío y hambre. De hecho, siempre había tenido frío y hambre, pero aquella mañana parecía más helada de lo normal. A veces le daba miedo estar muriéndose también, pero mamá le decía que nunca dejaría que se muriera, que ella cuidaría de él. Y que no tenía que tener miedo, porque la Gran Madre cuidaba de los dos. Wasyl no entendía por qué ellos tenían una madre que los cuidaba, si a los demás niños con los que jugaba en la iglesia de San Basilio les decían que tenían un Padre bueno. Su madre les decía que estaban equivocados, que en realidad Dios siempre había sido una mujer, pero que era un secreto. Y él nunca hablaba de eso con nadie, pero sabía que algunos de sus vecinos los miraban con una mezcla de miedo y desprecio, y que algunos llamaban “Halya la bruja” a su madre. Pero todo eso era antes de que los soldados empezaran a quitarles la

comida, y de que llegaran los tractores a recolectar las patatas y los cultivos del campo, y de que los hombres de las brigadas entraran en las casas sin permiso e hicieran cosas malas. Lo cierto era que casi todos sus amigos, los que iban a San Basilio y rezaban a Dios, habían muerto, pero su madre y él seguían con vida. Así que quizás aquella otra madre de la que le hablaba mamá fuera real.

Wasył estaba perdido en sus pensamientos mientras buscaba entre la nieve, y no se dio cuenta de que se había alejado bastante de la casa. De pronto oyó un ruido de pasos sobre la nieve a su derecha. El padre de los Shurovska, Anton, corría torpemente en su dirección. Hacía semanas que no lo veía y desde entonces una barba canosa le había crecido en la cara, que junto con un gorro raído le cubría casi completamente el rostro. Pero incluso a esa distancia Wasył pudo fijarse en su mirada. Sus ojos parecían de cristal oscuro. Ya no eran los ojos de una persona, sino los de un animal salvaje. Su madre le había advertido que no podía pasear solo lejos de la casa, porque había gente mala que secuestraba a los niños para comérselos. Wasył siempre había pensado que eran historias de miedo para que Nadia no se alejara y se perdiera, pero ahora, al ver la mirada de su vecino y la espuma blanquecina que manchaba su barba, sabía que eran ciertas. Corrió hacia la casa llamando a su madre, mientras el granjero, débil y febril, caía torpemente sobre la nieve una vez tras otra. Wasył no había llegado aún a casa cuando su madre salió a la puerta y le hizo pasar rápidamente. Ella, en lugar de pasar, se plantó delante de la entrada, clavando su mirada azul en Anton Shurovska, que al verla se detuvo, en silencio. Los ojos inertes del hombre parecieron reflejar terror, y su cuerpo se cayó una vez más a la nieve, esta vez hacia atrás, mientras se protegía con los brazos de alguna amenaza que sólo él podía ver. Se quedó allí tirado unos segundos, antes de levantarse vencido y alejarse sollozando, no hacia su casa, sino hacia lo lejos, hasta perderse en dirección a un horizonte blanco, indistinguible del cielo. Hacia el blanco de la muerte.

Halya entró de nuevo en la casa y Wasył supuso que le esperaba una buena bronca por haberse alejado tanto, pero en lugar de eso su madre se quedó quieta en el quicio de la puerta, esperando en silencio, como si estuviera escuchando algo. Entonces Wasył empezó a escucharlo también: el ruido de un motor. Su madre y él miraron fuera y vieron un camión que se acercaba por la nieve. Halya entró rápidamente en la casa cerrando la puerta.

—Wasył, entra en el cuarto de los trastos y pase lo que pase no salgas ni

digas nada. ¿De acuerdo?

La casa tenía sólo una gran habitación en la que antes dormían todos, calentada por una estufa sobre la que cocinaban, cuando tenían con qué hacer fuego y qué cocinar, y una pequeña estancia en un rincón donde guardaban las herramientas de labranza cuando aún las tenían.

—¿Es una brigada? —Preguntó Wasyl, asustado.

—¡Júrame que no saldrás ni dirás nada! ¡Júramelo!

—Sí, mamá. Te lo juro.

Su madre rebuscó en sus bolsillos y extrajo un pequeño papel con un par de briznas de hierba. En el papel Wasyl creyó ver una estrella dibujada. Halya puso las hojas de hierba en la palma de la mano y las frotó mientras repetía unas palabras que Wasyl no entendió. Al acabar se llevó la hierba a la boca, pero antes de meterla vio que Wasyl le observaba inmóvil.

—¡Entra ya!

Wasyl entró en el pequeño cuarto donde sólo quedaban los pocos aperos de labranza que los soldados no les habían quitado: una pala, una azada y una carretilla. Cerró la puerta, pero se quedó observando por una pequeña rendija que había entre dos de los tablones. Su madre se había metido la hierba en la boca y esperaba en silencio mirando hacia la puerta. El ruido del motor se había detenido en el exterior, y sonaron tres golpes fuertes y rápidos. Wasyl vio como su madre abría y entraban dos hombres uniformados. Estaba acostumbrado a aquellos uniformes. Eran los hombres que iban por las casas buscando comida u objetos de valor. Uno de los hombres andaba de forma rara, como si le costara mantener el equilibrio. Una vez que el padre de Wasyl había vuelto a casa borracho caminaba de aquella manera. El otro habló con su madre en voz baja. Ella respondía también en voz baja, pero por sus gestos Wasyl sabía que les estaba diciendo que ya no tenían comida ni ropa de abrigo. Aquel hombre empezó a rebuscar por la casa, mirando debajo de las sillas y las mesas, e incluso dentro de la estufa. El otro hombre miraba a su madre de forma extraña y empezó a hacer comentarios en voz baja mientras se acercaba a ella. Wasyl supuso que debía decir cosas divertidas porque su compañero se reía cada vez más fuerte. De pronto el hombre borracho se abalanzó sobre Halya y empezó a recorrer su cuerpo con sus manos. Su madre no se movió, sólo le susurró algo al oído. Él pareció sorprendido unos instantes, pero luego agarró a la mujer por la nuca y le dió un largo beso en la boca. Wasyl sintió rabia. Sólo su padre podía besar a mamá. Le dieron ganas

de salir y gritar, pero había jurado que estaría callado. De pronto la mirada del borracho cambió. Sus ojos se abrieron de par en par y se llevó las manos a la garganta. Empezó a emitir extraños sonidos, como si se atragantara. Su compañero se acercó a él, aún riendo, pero pronto dejó de hacerlo cuando la cara de aquel sujeto repulsivo se empezó a volver de color azulado. Al poco cayó muerto al suelo con la boca entreabierta en la que asomaba una lengua hinchada.. El otro brigadista se puso de pie, como loco, y agarró a la madre de Wasyl por el cuello mientras la llamaba bruja y puta. Wasyl no pudo aguantar más tiempo contemplando aquella escena sin intervenir, y tomando la azada salió a la carrera del cuarto y golpeó al hombre en la espalda con toda la fuerza que pudo reunir. Chillando por el dolor, el hombre soltó a la mujer y se giró para ver a Wasyl con la azada en la mano. Intentó ir hacia él, pero no pudo. La mujer le zancadilleó y cayó de rodillas al suelo. Antes de que se incorporara Halya cogió la azada de las manos del niño. El hombre sintió una punzada en el cráneo, y notó que un líquido caliente le bajaba por la frente, tiñendo de rojo su mirada. Su cuerpo cayó en el suelo de madera en medio de un charco oscuro que no dejaba de crecer. Halya se agachó y dio un fuerte abrazo a su hijo, mientras le cubría la cara de besos. Luego le acarició y le dijo:

—Wasyl, trae la pala y la carretilla.

Entre los dos desnudaron a los hombres y cargaron los cuerpos en la carretilla, y entonces su madre le dijo al chico que se quedara en la casa y no saliera bajo ningún concepto ni abriera a nadie hasta que ella volviera. Le encargó que hiciera jirones con la ropa de los hombres, para que ella pudiera más tarde hacer mantas. Wasyl preguntó por qué no podían simplemente usar los abrigo y los gorros, y su madre le dijo que si otros soldados les veían usándolos les matarían. Luego cogió la pala y la puso sobre los cuerpos de los dos hombres y, como pudo, empujó la carretilla hacia el exterior. No regresó hasta la tarde, visiblemente cansada, pero aparentemente satisfecha. Su hijo había desgarrado la ropa de los hombres en trozos de tamaño mediano.

—Buen trabajo, cariño.

Wasyl, muy cansado, sonrió.

—Tengo hambre, mamá.

—Wasyl, me queda una última cosa que hacer. Espera aquí, y te prometo que esta noche te daré una sorpresa.

Su madre salió de nuevo, y el chico se sobresaltó un poco al escuchar el

motor del camión de los dos hombres ponerse de nuevo en marcha. Miró afuera y vio cómo su madre conducía el vehículo lejos de las casas, hasta perderse en dirección al bosque. Le recordó a tiempos más felices en los que, entre risas, veía como su padre enseñaba a su madre a conducir el tractor que entonces usaban en la granja. Wasyl se quedó dormido esperando a su madre bajo los harapos que había cortado. Unas suaves sacudidas le despertaron. Afuera estaba oscuro, y la cabaña estaba iluminada por una vela. Un extraño olor flotaba en el ambiente.

—¿Qué es ese olor, mamá?

—Es la cena, Wasyl.

En la mesa había dos platos con carne hervida. Wasyl no se lo podía creer.

—¡Mamá! ¿De dónde la has sacado?

Halya rió. Hacía mucho tiempo que Wasyl no la oía reírse.

—Te dije que la Madre cuida de nosotros. Come, cariño. Pero no se lo cuentes a nadie. Será nuestro secreto. No dejaré que vuelvas a pasar hambre.

Wasyl no comía carne desde hacía meses, y devoró aquella cena mientras trataba en vano de identificar el sabor.

1 – La Casa Azul

(California, noche de Halloween de 1990)

El timbre de la puerta de la casa de los Halloway sonó. Sultán, el pastor alemán de la familia, se acercó nervioso a la puerta, mientras ladraba y movía la cola. Impaciente, Jack corrió hacia la entrada con un disfraz de Freddy Krueger que llevaba un mes preparando, mientras gritaba:

—¡Mamá! ¡Miles y Sam ya están aquí! ¡Bajad ya!

—¡Ya bajamos, un segundo!

Había un tono de enfado en la voz de su madre, que llegaba desde el piso de arriba. Al abrir la puerta Jack vio en el umbral a sus dos mejores amigos del colegio: Miles, disfrazado de esqueleto, y Sam, con un disfraz genial de Bitelchús.

—¡Hola, tíos! Esperad un momento, que falta Vinnie.

Los chicos pasaron al recibidor, y mientras esperaban al hermano pequeño de Jack, éste le colocó a Sultán una diadema con dos cuernos.

—Perfecto, Sultán. Eres un perrazo infernal.

Un segundo más tarde su madre bajaba por la escalera acompañada de un pequeño vampiro que llevaba en la mano una cesta con forma de calabaza. Al llegar abajo, la señora Halloway empezó a reírse.

—¡Chicos, estáis geniales!

—Gracias, señora Halloway. —Respondió Miles. A la madre de Jack siempre le había encantado lo educado que era aquel chico.

—Esperad, una foto antes de salir. —Dijo la mujer mientras salía a buscar la cámara de fotos.

—¡Mamá! —Protestó Jack, impaciente.

Pero unos segundos más tarde los cuatro estaban posando mientras la señora Halloway les hacía unas cuantas fotos. Una vez que se dio por satisfecha le dio un beso a cada uno de sus hijos y habló con tono muy serio a Jack.

—No pierdas de vista a Vinnie en ningún momento. ¿Entendido? ¡En-nin-gún-mo-men-to!

Jack encontraba innecesario esa forma de marcar las sílabas. Por supuesto que pensaba cuidar de su hermano.

—Síiiii. —Respondió con resignación.

—Os quiero de vuelta a las siete y media.

Jack abrió los ojos hasta que casi se le salieron de las órbitas.

—¿Qué? ¡Déjanos hasta las ocho!

—No es una negociación. Aquí a las siete y media. ¿Está claro?

Aunque estaba enfadado, Jack sabía que tenía que capitular o acabaría castigado en su cuarto sin poder salir.

—De acuerdo. —Dijo, bajando la cabeza.

—¡Que os divirtáis!

Salían ya hacia la calle cuando su madre llamó a Jack de nuevo.

—Te olvidabas el guante, despistado.

Jack recogió con alivio su guante de Freddy Krueger con cuchillas de plástico, y le dio las gracias a su madre mientras se lo colocaba. La señora Halloway les despidió desde el porche, mientras miraba cómo los cuatro chicos se alejaban, uniéndose al torrente de pequeñas criaturas fantasmales que avanzaba por su calle. Después volvió dentro, dejando la luz del porche encendida, a esperar que otros niños llamasen pidiendo dulces.

—¡Qué rollo, Jack! Volviendo a las siete y media no te va a dar tiempo a nada.

—Ya. —Respondió Jack enfurruñado.

Caminaba dándole la mano a Vinnie que, ajeno al enfado de su hermano, estaba más preocupado por empezar a llenar de caramelos su cesta. Sus dos amigos se turnaban para llevar la correa de Sultán, que avanzaba nervioso, ladrando de tanto en tanto a alguna de las figuras enmascaradas con las que se cruzaban. Jack no lo podía decir en casa pero sabía por qué su madre estaba enfadada. Tenía doce años pero no era ningún tonto. Su madre se había peleado con John, su novio, y Jack sabía que había sido por su culpa. A él nunca le había gustado John. Su madre le decía que John no pretendía sustituir a su padre, que si le daba tiempo vería que era un buen hombre. Pero Jack oía muchas discusiones, y a menudo los nombraban a Vinnie y a él. Por eso estaba seguro de que, aunque ella no lo reconociera, su madre le culpaba a él de que John se hubiera ido. Quizás pensaba que él no quería que estuviera con otro hombre nunca más, pero eso no era cierto. Por supuesto que quería que ella fuera feliz, pero sabía que con John no lo iba a lograr.

La noche avanzó y un rato más tarde Vinnie miraba satisfecho su cesta, llena ya hasta la mitad de caramelos y chocolatinas. Los cuatro chicos estaban pasando un buen rato, comiendo chucherías y tratando de reconocer debajo de

sus disfraces a amigos con los que se cruzaban.

Sin embargo, Jack empezó a mostrarse algo preocupado. Tenía la impresión de que tres chicos algo mayores, quizás de diecisiete o dieciocho años les estaban siguiendo. Iban vestidos de magos, o brujos, con largas túnicas y sombreros puntiagudos. Era normal encontrarse varias veces con los mismos chicos en distintas calles a lo largo de la noche, pero Jack los había visto siete u ocho veces desde que habían comenzado su paseo en busca de caramelos.

Como confirmando su sospecha, los tres chicos se acercaron a ellos. Aunque Jack empezó a sentir una gran aprensión, tanto él como Miles y Sam se quedaron quietos, esperando a que los muchachos llegaran a su lado. Jack apretó con fuerza la mano de Vinnie, y Sultán ladró con fuerza un par de veces justo cuando el mayor de los chicos les habló:

—¡Hola! ¡Vaya perrazo! ¿Cómo se llama? —Dijo mientras se agachaba y acariciaba al perro en el lomo.

—Sultán. —Dijo Vinnie.

A Jack le sorprendió que Sultán, siempre reacio al contacto con los desconocidos, se dejara acariciar y se mostrara tranquilo. Sin duda aquello tenía que ser una buena señal.

—Hola, Sultán. ¿Qué pasa, guapo? ¡Vaya cuernos que te han puesto! —Dijo mientras le pasaba la mano por la cabeza. Después se incorporó. —Yo me llamo Joe. Estos son Des y Leo.

Por supuesto fue Miles el primero en corresponder a la presentación estrechando la mano de Joe, y presentando a su grupo.

—Hola. Yo soy Miles. Éstos son Jack, Sam y Vinnie.

Cuando presentó a Vinnie, Joe también le pasó una mano por la cabeza.

—¡Hola Vinnie! ¿Has chupado mucha sangre esta noche?

Vinnie se rió y lanzó un gruñido mientras subía sus manos como si fueran garras. Joe se levantó la túnica para buscar por sus bolsillos. Sacó de ellos algunos caramelos. Mostrándoselos a Vinnie le dijo:

—¿Quieres?

Vinnie alargó la mano pero Jack le detuvo.

—No hace falta. Nosotros hemos conseguido muchos. —Dijo señalando la cesta de Vinnie.

—Pues es verdad. Buen trabajo.

Se quedó mirando a Jack. Era evidente que notaba el rechazo por su parte.

—No os vamos a hacer nada, Jack. Sólo nos han gustado vuestros disfraces. El tuyo de Freddy es genial.

—Gracias.

—Además, la verdad es que estamos vacilando un poco. —Esta vez fue Des el que habló. —Le estamos contando a todo el mundo lo que hemos hecho.

—¿Qué habéis hecho? —Preguntó Sam.

—Hemos llamado a la puerta de la Casa Azul.

Jack y sus amigos se miraron con los ojos como platos.

—¿Habéis pedido caramelos en la Casa Azul? ¡Venga ya!

Joe le hizo un gesto a Leo.

—Enséñaselo, Leo.

Leo rebuscó en su bolsillo y les mostró unas chokolatinas de una marca que ellos no habían visto nunca. Miles y Leo las miraron asombrados. Vinnie trató de coger una, pero Leo apartó la mano.

—Lo siento peque, pero éstas son nuestras.

Joe, que sin duda era el jefe del grupo, le hizo un gesto a Leo para que se calmara.

—Venga, hombre, seamos amables. Deja que prueben un trozo.

Leo quitó el envoltorio a una de ellas y la partió en tres trozos, dándole uno a Vinnie, otro a Sam y otro a Miles. Jack se quedó mirando sorprendido, sin querer decir nada pero fastidiado porque a él no le hubieran dado ningún trozo. Joe, al que parecía que no se le escapaba detalle de nada de lo que ocurría, le dijo a Leo:

—Leo, dale algo a Jack también. Dale una de las pequeñas.

Con cara de resignación, Leo buscó en otro de sus bolsillos y le ofreció a Jack otra chokolatina mucho más pequeña. Estaba envuelta de forma torpe, como si fuera casera. Jack la desenvolvió y se la llevó a la boca. Estaba rica, pero sabía diferente a las chokolatinas que había probado hasta entonces.

—De todos modos, si os gustan ya sabéis. No tenéis más que ir a la Casa Azul.

Los chicos se miraron, sin saber qué decir. Todos los chicos de la escuela evitaban pasar cerca de la Casa Azul. Se decía que estaba encantada. Corrían todo tipo de historias macabras sobre la extraña música que se oía salir de la casa algunas noches, o sobre su dueño, un hombre al que ninguno de ellos había visto nunca, pero que se decía que no tenía piernas.

—Mira Joe, ¡les da miedo! —Dijo Des. Hasta ese momento los chicos

habían sido educados, y a Jack le irritó aquella burla.

—Yo no tengo ningún miedo. Pero me parece una tontería tener que hacer todo el camino hasta la Casa Azul sólo para conseguir unas chocolatinas. — Dijo Jack.

—Bueno, es verdad que está a un paseo. —Dijo Joe. —Pero creo que estas chocolatinas son europeas, no se encuentran por ningún sitio. Y están buenísimas.

Vinnie miró a su hermano.

—Jack, yo quiero chocolatinas.

Jack sonrió a Vinnie, y miró a sus amigos.

—¿Qué decís? ¿Nos acercamos?

Sam y Miles se miraron sin atreverse a decir nada. Jack comprendió que estaban asustados.

—Podemos hacer una cosa: acompañadme hasta el comienzo de la calle y yo llamo a la puerta, ¿vale?

Los dos amigos asintieron aliviados.

—Bueno, pues nos vamos por esas chocolatinas. Gracias por contárnoslo, Joe.

—De nada. Nos vemos, chicos.

Joe se despidió de ellos y acarició una vez más la cabeza de Sultán, y los tres chicos mayores se alejaron de ellos calle abajo. Jack se puso en marcha en dirección a la Casa Azul.

—Jack, no es que no me atreva a ir, pero si mi madre se entera me va a echar una bronca... —Dijo Sam.

—Claro, a mí me pasa lo mismo. —Dijo Miles.

—No pasa nada, chicos. Es sólo una casa.

A Jack le daba tanto miedo la Casa Azul como al resto de chicos, pero si Vinnie se lo había pedido lo haría por él. No podía dejar que su hermano pequeño pensara que era un cobarde. Para Jack los doce años eran una edad complicada, porque aunque empezaba a hacerse mayor aún le gustaban muchas de las cosas que le gustaban antes. Pero ahora esas cosas eran de pequeñajos, y no podía admitirlo delante de sus amigos para que no se burlaran de él. Y pasaba igual con las cosas que le asustaban. Había llegado un momento en que ya no podía contarle a nadie que a veces aún le asustaba el ruido de la cisterna en el cuarto de baño o el resplandor rojizo del piloto de la lavadora que se adivinaba en la oscuridad al final de las escaleras del sótano. No había más

remedio que pasar esa última etapa de la niñez luchando solo con todo ello, esperando que esos miedos se disolvieran como por arte de magia en el proceso de hacerse mayor.

Tras un paseo doblaron una última esquina y ante ellos, apenas visible contra el cielo nocturno, se recortó la silueta de la Casa Azul, unos metros más allá. Jack se giró y miró a sus amigos. Luego miró a Vinnie y, agachándose, le dijo:

—Espera aquí un momento con Sam y Miles. Vengo enseguida con las chocolatinas. ¿De acuerdo?

Vinnie asintió. Jack miró a Miles, que sostenía la correa de Sultán y le dijo:

—Esperadme aquí. Vengo enseguida.

Caminó hacia la casa a pasos lentos, pero constantes, para no mostrar flaqueza. Un poco antes de llegar a la entrada del jardín que adornaba la parte delantera se giró y echó un vistazo hacia sus amigos, su hermano y su perro. Ellos le miraban en silencio desde lejos. Jack se giró de nuevo y miró la fachada de la casa. Era un edificio de madera de dos pisos y una torre en la parte derecha que añadía un tercer piso y acababa en un tejado en forma de cono puntiagudo, como en los dibujos de castillos antiguos que había visto en sus cuentos. Toda la casa estaba pintada de un color azul celeste, pero en ese momento parecía de color gris. La planta baja estaba iluminada, aunque no podía ver el interior ya que las cortinas estaban corridas. Jack se sintió algo mareado de pronto. Respiró profundamente y se repitió mentalmente que no había por qué tener miedo. Era sólo una casa como cualquier otra. Abrió la cancela y entró en la propiedad. Sólo unos pasos le separaban de la puerta. Desde allí ya no podía ver a sus amigos ni a Vinnie. Estaba solo. Comenzó a acercarse, pero en cada nuevo paso sus piernas parecían más débiles. Un paso, otro más. ¿Podía el miedo afectarle de ese modo? Sentía que un gran cansancio le invadía y apenas podía luchar contra él. A duras penas llegó hasta la puerta de la casa y llamó al timbre. De pronto necesitaba dormir. Intentó llamar a Miles pero le fue imposible gritar. Mientras perdía el conocimiento le pareció ver que la puerta de la casa se había abierto y en el umbral se recortaba la silueta de un hombre en una silla de ruedas.

2 —Una foto en una maleta

(San Andreas, California. 1992)

El señor Crawford colgó el teléfono de la cocina y con un tono enigmático lanzó una pregunta a su mujer, Leah, que en ese momento estaba en el piso de arriba cambiándose.

—¡Leah, en tu vida vas a adivinar quién ha llamado!

—¿Quién? —La voz de Leah sonó a través del techo de la cocina, lejana.

—¡De la compañía aérea! Resulta que...

—Espera, Keith. Ya bajo. No oigo nada desde aquí arriba.

Los pasos que descendían la escalera anunciaron que la señora Crawford iba a entrar en la cocina. Efectivamente, un segundo más tarde entraba haciéndose una cola en su pelo rubio. Como Keith, Leah ya había rebasado la barrera de los cuarenta. Ninguno de los dos tenía ya el mismo aspecto que tenían cuando se conocieron, pero a menudo Keith seguía sorprendiéndose mirando a Leah embelesado, y disfrutaba al notar que sentía por ella el mismo amor y deseo que había sentido siempre, a pesar de los años transcurridos. En esa ocasión no fue diferente. Pero tras unos segundos su atención pasó a centrarse en la niña de diez años y pelo rizado que entró en la cocina tras ella, y que transportaba una caja de ceras de colores y un fajo de hojas de papel.

—De verdad que a veces creo que compramos una casa demasiado grande para nosotros tres. No oía nada. Dime ahora.

—Eran de la compañía aérea. Resulta que han encontrado la maleta que perdieron en el viaje a Orlando.

—¡Madre mía! ¿Cuánto tiempo ha pasado ya? ¿Tres años?

—Creo que cuatro. Carrie tenía seis, estaba en primero.

—Pero... ¿cómo puede perderse una maleta durante cuatro años? ¿Ha estado dando vueltas por cintas de aeropuerto al azar? ¡Es increíble!

—Yo ni me acordaba de ella.

—¿Qué explicaciones te han dado?

—Ninguna, en realidad. Han insistido en que lamentan muchísimo lo ocurrido. Ellos mismos no sabían dar una explicación. Parece que la maleta estuvo dando vueltas por el mundo, y finalmente dieron con ella en el aeropuerto de Sidney.

—Me tomas el pelo. —Leah abrió exageradamente la boca dejando que su

mandíbula cayera cómicamente, haciendo reír a Carrie.

—Eso me han dicho. Imagino que habrá sido un cúmulo de errores que se han subsanado cuando alguien competente ha hecho bien su trabajo. En cualquier caso se han disculpado unas diez veces, y mañana nos la traen a casa.

—Bueno, pues genial, supongo.

—¿Qué traen, mamá? —Carrie, que estaba dibujando, no había prestado mucha atención a la conversación, pero sí había entendido que mañana alguien llevaría a casa algo misterioso, y eso le interesaba mucho.

—¿Recuerdas la maleta que perdimos cuando fuimos a Disneyworld?

—No.

—Bueno, pues cuando hicimos el viaje llevábamos una maletita con tu ropa y otra grande con la ropa de papá y mía. Esa maleta se perdió, y ahora la han encontrado.

La niña se quedó conforme tras decidir que aquello no era tan interesante como había pensado en un principio. Leah señaló uno de los dibujos que Carrie había puesto sobre la mesa

—¡Carrie, es precioso! ¿Quién es?

—George.

—¿Un amigo del colegio?

—No.

—Ah. —Leah se encogió de hombros y asumió su ignorancia con deportividad.

* * * * *

Keith trabajaba en la oficina de correos de San Andreas, y su horario le permitía recoger a Carrie del colegio antes de volver a casa. Leah trabajaba en el hospital Mark Twain, seguramente el más importante del condado de Calaveras, y su horario cambiaba en función del turno que le hubieran asignado esa semana. Cuando al día siguiente llegó a casa era casi la hora de la cena, y su marido y su hija la esperaban en la cocina. Keith había preparado una ensalada y unos filetes de pavo, y Carrie había contribuido poniendo los vasos y los platos en la mesa de la cocina. Cuando oyó el sonido de la puerta de la calle se lanzó a la carrera hacia la entrada:

—¡Hola mami!

—¡Hola cariño! —La señora Crawford levantó en peso a la niña y le llenó

la cara de besos. —¿Qué tal hoy en el cole?

—Muy bien. ¡He puesto la mesa yo sola!

—¿Papi, es verdad eso? —Leah entraba en la cocina guiñando un ojo a su marido, que la rodeó con sus brazos.

—Sí, es cierto. Está hecha toda una mujer.

—¡Ah, fenomenal!

La cena fue agradable y aprovecharon, como de costumbre, para ponerse al día con lo ocurrido en la jornada, que raramente era interesante o sorprendente. Esa era al mismo tiempo la ventaja y el inconveniente de vivir en un lugar como aquel.

Una vez acabada la cena, Leah estaba sentada en el sofá mirando cómo su hija pintaba un dibujo tumbada en el suelo del salón, cuando Keith apareció por la escalera con una maleta precintada en su mano.

—¡Et voilà! ¡La maleta viajera! —Dijo haciendo un gesto de presentación con la otra mano.

—¡Lo había olvidado por completo! —Leah se tapó la cara con las manos, fingiendo vergüenza. —¿No la has abierto?

—No, te estaba esperando.

Pusieron la maleta en el suelo del salón y procedieron a quitar el precinto que la compañía aérea le había colocado alrededor. Carrie se acercó curiosa.

—Me fastidia saber que esta maleta ha viajado más que yo. —Dijo Keith abriendo la cremallera.

—A mí lo que me fastidia es que no creo que nada de lo que haya en la maleta me quepa ya. —Añadió Leah muy seria.

Una vez abierta, como si fuera un cofre que contuviera un tesoro olvidado, reveló camisetas, camisas y pantalones de Keith y Leah. Entre la ropa de los adultos aparecieron dos camisetas blancas con un dibujo del ratón Mickey. Una de ellas era de la talla que tenía Carrie en el momento del viaje pero la otra era mayor.

—¿Y ésto? —Keith miró a Leah. —¿Compraste dos camisetas en la tienda de recuerdos?

—¿Y para qué iba a comprar una camiseta de esta talla? La debieron meter en la bolsa junto con la otra en la tienda por error, imagino. Aunque no me dí cuenta al hacer la maleta.

Sacaron la ropa interior que quedaba dentro de la maleta, separada del resto por una red cerrada con otra cremallera. Detrás de la ropa interior

apareció un sobre de tamaño folio con el logotipo de Disney.

—¡La foto de la entrada! —Leah se apresuró a cogerla. —¡La había olvidado por completo!

Al entrar al parque les habían hecho una foto de recuerdo con el castillo de Cenicienta al fondo, que compraron y guardaron en la maleta. Ambos se habían olvidado de ella.

Leah la abrió con una sonrisa en la cara, pero la sonrisa se borró y su gesto pasó a reflejar extrañeza. Sin decir nada giró la mano para mostrar la foto a Keith. En ella, con el magnífico castillo al fondo, sonreían a cámara Keith y Leah. Ella sostenía a Carrie. Él pasaba su brazo por el hombro de un chico castaño de unos quince años que se agarraba a él mientras sonreía feliz. Leah le señaló con el dedo.

—¿Quién es este chico, Keith?

Keith no sabía qué decir.

—Debe ser una broma de los del parque. —Dijo Keith sin mucha fe. —Es la única explicación que se me ocurre. Casualmente pierden nuestra maleta y aparece años después con esa foto, y con una camiseta de más. Debe ser algún tipo de broma. Tiene que serlo.

Tanto Keith como Leah, tras ver la foto, habían recordado hacerla, pero ninguno de ellos recordaba a aquel chico que se agarraba al cuello de Keith con cara de felicidad.

Carrie se acercó y miró fijamente al niño al que su madre señalaba.

—George. —Dijo.

Leah miró un momento a Carrie, que había vuelto a su dibujo.

—Cariño, ¿por qué has dicho que este niño se llama George?

Carrie se encogió de hombros.

—No lo sé. Creo que se llama así.

—¿Pero tú lo habías visto antes?

—Creo que sí.

El matrimonio se miró con rostros preocupados. El corazón de Leah se empezaba a acelerar, con el presagio de que algo en su realidad cotidiana estaba a punto de resquebrajarse para siempre.

—¿Dónde, cielo? ¿Dónde has visto a ese niño?

—En casa.

Keith se dio cuenta de que Leah estaba poniéndose muy nerviosa y, algo más sereno, le puso la mano sobre los hombros.

—¿Pero cuándo, cielo? ¿Cuándo le viste?

—No me acuerdo. Hace tiempo. Pero como en sueños.

Carrie seguía dibujando, indiferente al estado de sus padres. Keith miró a Leah.

—Cariño, son cosas de críos. Puede que no debamos hacerle mucho caso. Le ha puesto el mismo nombre que a uno de sus amigos. Tal vez deberíamos calmarnos.

Carrie dejó de dibujar y, muy seria, miró a su padre.

—George no es un amigo, es mi hermano.

* * * * *

Aquella noche Keith no conseguía conciliar el sueño. Daba vueltas en la cama, pero en su mente bullían mil ideas fugaces que formaban una pasta amorfa que le incomodaba. A su lado Leah dormía, pero su sueño era intranquilo. Su respiración se agitaba de tanto en tanto y su cuerpo daba súbitas sacudidas, por lo que Keith dedujo que tenía pesadillas. Se sintió tentado a despertarla, pero pensó que incluso con pesadillas sería mejor dejarla descansar. Acarició el brazo de su mujer, que parecía al fin calmada, con una profunda respiración. Keith se levantó y bajó a la cocina. Se preparó un vaso de leche tibia con cacao, y se sentó a la mesa de la cocina. Tras unos momentos de indecisión fue a por la foto y se sentó de nuevo. Dejó la foto sobre la mesa, abierta, y la contempló largamente mientras daba lentos sorbos a la leche. Sabía cuál era uno de los motivos de su intranquilidad. Había un innegable parecido entre aquel chico y Carrie. Pese al acné, en la cara del adolescente se veían los mismos pómulos redondeados, la misma curva en las cejas, la misma forma en la sonrisa. Fue a buscar una lupa, y examinó la figura del niño. Si aquello era un montaje debía ser obra de un profesional. La incidencia de la luz, la situación de las sombras y el contorno del pequeño era absolutamente natural.

Un pequeño ruido le sobresaltó. En el umbral de la cocina se dibujó la silueta de Leah, que se anudaba la bata. Se sentó frente a él en la mesa.

—¿Me puedes preparar uno? —Dijo, señalando el vaso de cacao.

—Pensaba que estabas dormida. —Dijo Keith mientras se levantaba a coger un vaso.

—Y lo estaba. Pero al despertarme y no verte en la cama quería saber si estabas bien.

—Sí, sólo que no consigo dormir.

Keith cogió un cartón de leche del frigorífico y llenó el vaso de Leah. Lo calentó en el microondas, le echó el cacao y lo revolvió con una cucharilla. Durante todo ese tiempo ambos permanecieron en silencio. Keith se sentó de nuevo y le tendió el vaso a su mujer. Ésta, sin levantar la vista del vaso, dijo:

—Esta noche he soñado con ese niño.

—¿Sí? Bueno, es normal. Nos ha causado una impresión muy fuerte.

—Sí, lo sé. Pero el sueño ha sido muy extraño. Yo volvía del hospital, como tantas veces, y en el salón estabais tú, Carrie y él. Los tres me saludabais y cenábamos juntos. Después acompañaba a Carrie a su cuarto, y al otro chico al estudio. Pero no era un estudio. Era una habitación infantil, decorada como la habitación de un niño, con sus pósters, libros, figuras de personajes de la tele... Y yo le besaba en la frente y le llamaba George.

—Eso tampoco es sorprendente. Es el nombre que le ha dado Carrie. — Estiró su brazo y cogió la mano de Leah. —No me parece un sueño tan extraño.

—Es que en los sueños lo normal es que no haya coherencia. Los escenarios cambian, los personajes se transforman... Pero aquí no ha pasado nada de eso. Todo era constante. La casa con la que he soñado era exactamente como la nuestra, salvo por el estudio. Tú estabas como siempre. Carrie también.

Leah levantó la mirada.

—Creo que no ha sido un sueño, sino un recuerdo.

* * * * *

Las noches siguientes Leah siguió recuperando en sueños pequeños detalles relacionados con aquel chico que de pronto había aparecido, o vuelto a aparecer, en sus vidas. Como si su vida fuera un cuadro al óleo en el que hubiera descubierto pequeñas grietas, Leah procedía a retirar la pintura, escama a escama, revelando un cuadro diferente, largo tiempo olvidado pero ahora innegablemente familiar. Recuperaba pequeños retazos de una vida que había quedado sumergida en las aguas de su memoria: el tacto del pelo sedoso de George en la yema de sus dedos al despeinarle cariñosamente, un cucurucho de helado caído en la acera unido al llanto triste del niño, un trofeo de atletismo que ya no existía, una bolsa de hielo que aplicaba en un chichón.

Keith tardó más tiempo en recordar, pero cuando el primer recuerdo vino a

su mente le golpeó como un tren de mercancías. Notó el peso del cuerpo de George sobre sus hombros mientras miraban el paso del desfile de Acción de Gracias. El sol declinaba, la banda tocaba “Louie Louie” y George bailaba, castigando la espalda de Keith Crawford, que recibía no obstante aquel castigo absolutamente feliz. Cuando la imagen llegó a su mente se detuvo y empezó a llorar violentamente. Leah le oyó y fue corriendo hasta él, y sin necesidad de preguntarle qué le había ocurrido le abrazó y lloró con él. Sólo le susurró entre sollozos: “Dios, Keith, me sentía tan sola... Creía que estaba loca”.

Decidieron apuntar todo lo que recordaban en un cuaderno. Pasados unos días había varias páginas con anotaciones. Salvo un par de escenas recordadas por los dos la mayoría de veces eran sólo breves fragmentos inconexos. Entonces trataron de probarse que aquellos recuerdos eran reales. Recordaban una pared pintarrajeada con rotuladores que disimularon con un cuadro, pero en aquella pared no había rastro de las rayas ni del cuadro. Ninguno de sus recuerdos parecía haber dejado rastro sensible alguno en el mundo. Buscaron en los registros del colegio, del hospital y de la parroquia, pero en todos ellos figuraba bien a las claras que los Crawford eran padres de una hija única, Carrie.

No se atrevieron a preguntarle a sus padres si tenían recuerdos de otro nieto, porque no encontraron ningún modo de hacerlo sin que pareciera que habían pedido la cabeza, pero cuando fueron de visita a la casa de los abuelos de Carrie, en Nevada, repasaron disimuladamente la colección de fotografías de la entrada y del salón, y en ninguna de ellas aparecía George. Sólo Carrie.

Las semanas pasaban y Leah, incansable, seguía apuntando recuerdos. Cada nuevo apunte parecía acrecentar en ella un optimismo casi febril. Sentía que cada nueva línea le acercaba más a su hijo perdido. Sin embargo Keith se había sumido en un estado de ánimo mucho más lúgubre. Había algo que necesitaba plantearle a Leah, pero no le resultaba fácil. Una noche, cuando Carrie se había dormido se decidió. Se sentó junto a su mujer en el sofá y le tomó la mano.

—Leah, cariño... Llevamos semanas apuntando recuerdos, pero todavía no hemos podido encontrar ninguna prueba de que lo que recordamos sea real.

Ella le miró sorprendida.

—Lo estamos recordando. ¡Los dos! ¿Qué prueba necesitas?

—Mira, Leah, yo no sé explicar por qué estamos recordando todo esto.

Pero lo cierto es que nadie más lo recuerda, sólo nosotros...

—Y Carrie. —Interrumpió Leah. —Ella fue la primera en recordar.

—De acuerdo, pero no tenemos nada. Nada que demuestre sin duda que lo que recordamos haya sido real.

—¿Ah, no? ¿Y ésto qué es, eh? —Leah se levantó, cogió la foto de Disneyworld y la acercó a la cara de Keith. —¿Y la camiseta?

—Cariño, escucha. Si hubiéramos recordado a George y luego hubiéramos encontrado la foto no dudaría, pero el hecho es que todo ocurrió al revés. Fue la foto lo que nos hizo empezar a recordar.

—¿A dónde quieres llegar?

—Me gustaría que le comentaras ésto a Calvin.

—¿A Calvin? ¿Crees que estoy loca?

—No, Leah, no lo creo. Y además, si tú estás loca, yo también lo estoy. Pero creo que es razonable que le hables de lo que nos ha ocurrido. Tal vez haya alguna explicación psicológica que justifique lo que nos ha pasado.

—¡Maldita sea, Keith! —Leah se sujetó la cabeza con las manos. Guardó unos instantes de silencio. Venció las ganas de llorar antes de hablar a su marido. —Es mi hijo, Keith. Lo siento así, no tengo ninguna duda. ¿Sabes lo mal que me siento por haberme olvidado de él? ¿Cómo pudimos, Keith? ¿Cómo pudimos?

Finalmente vencida por las lágrimas abrazó a su marido, que la reconfortó con sus brazos, como había hecho siempre, y como estaba dispuesto a hacer cada vez que ella lo necesitara hasta el fin de los tiempos.

—Precisamente, Leah. Tú y Carrie sois mi vida entera. Y sé que nosotros lo somos para tí. Por eso no me creo ni por un segundo que pudiéramos ser capaces de olvidarnos de nuestro hijo. Por favor, habla con Calvin. Hazlo por mí. Por nosotros.

Leah asintió, sin dejar de abrazarle.

* * * * *

Calvin Clark era el jefe del departamento de psiquiatría y psicología clínica del hospital. Leah tenía muy buena relación con él porque habían coincidido en la universidad y al ser del mismo pueblo hicieron buenas migas desde el principio. Si hubiera sido un completo desconocido nunca se hubiera atrevido a contarle lo de la foto de George.

Él la recibió en su despacho, y estuvo escuchándola atentamente, sin

interrumpirla. Mientras ella hablaba Calvin hacía rápidas anotaciones en un cuaderno. Si la historia le sorprendía su cara no lo reflejaba en absoluto.

—Y eso es todo, creo. Keith tuvo la idea de que habláramos contigo sobre ésto. Lo que te pido es que, por favor, no salga de aquí.

—Leah, por favor. Me ofendes. —Dijo Calvin, sonriendo. —A todos los efectos, ahora mismo eres mi paciente.

—¿Eso quiere decir que estoy loca? —Preguntó ella muy seria.

—No, no, no.. En absoluto. —Meneó la cabeza negando, mientras sonreía. —No creo que te ocurra nada, Leah.

—Pero, ¿por qué nadie más lo recuerda? ¿Cómo podemos saber si los recuerdos son reales o no?

—Leah, hay varias explicaciones posibles que han ido viniendo a mi mente mientras me hablabas, pero las he tenido que descartar todas. Ha habido estudios sobre la falsa memoria. Es un tema que se puso de moda hace décadas, a raíz de ciertas acusaciones de abusos sexuales a menores. La posibilidad de recuerdos falsos era algo muy tentador a lo que las defensas se agarraban, pero no hay ninguna prueba empírica de que se puedan generar recuerdos falsos de forma espontánea. Por supuesto, todos nuestros recuerdos tienen algo falso. La memoria es imperfecta, y nuestra imaginación rellena los huecos. Esos rellenos se incorporan al cuerpo del recuerdo y al final no es sencillo distinguir qué parte es real y qué parte no. Pero lo que me cuentas no es el recuerdo de un hecho concreto, sino la vida entera de un hijo. Es impensable que algo así se deba a un recuerdo incorrecto, más aún cuando Keith también ha experimentado recuerdos y en algunos casos habéis recordado lo mismo.

Leah escuchaba aliviada y expectante.

—Otra explicación era pensar en recuerdos reprimidos, pero una vez más es impensable. Por mucho que hubiera una razón que justificara que Keith y tú hubierais reprimido los recuerdos de vuestro hijo, no se justifica que nadie más le recuerde en todo el pueblo, ni que no haya rastro material alguno de su paso por este mundo, salvo la foto y la camiseta. Así que la pregunta sería, ¿qué tienen de especial esa foto y esa camiseta?

Leah pensó un rato, pero no pudo encontrar respuesta.

—Ahora significan mucho, pero cuando las encontramos ni siquiera nos acordábamos de que habíamos perdido una maleta.

—Pues quizás sea esa la explicación, Leah. Parece que todo lo que

vosotros y todo el mundo recordaba de George ha desaparecido. Pero de esa maleta no se acordaba nadie.

Calvin se levantó y se acercó a un archivador de la pared. Estuvo rebuscando entre las fichas, y finalmente extrajo una carpeta del cajón. La abrió y rebuscó en su interior hasta que dio con lo que quería. Hizo algunas anotaciones más en su libreta y miró a Leah. Bajando el tono de voz, como si temiera que alguien los escuchara desde el otro lado de la puerta, dijo:

—Hace unos ocho meses estuve tratando a una mujer de Copper Meadows. Al principio parecía un brote de esquizofrenia, pero no presentaba los síntomas clásicos. Le recetamos medicación, pero tras tres o cuatro veces no volvió. Rose, ese era su nombre, había empezado a recordar un hijo que nunca había tenido. En su caso nadie más lo recordaba.

Leah tenía los ojos abiertos de par en par.

—No estoy comparando su caso con el tuyo. Ella no tenía objetos del niño como tu foto o la camiseta, pero el modo en que los recuerdos iban apareciendo sí se parecía a lo que me has contado.

—Calvin. —Leah le tomó la mano. Él la miró sorprendido. —¿Habría alguna posibilidad de que pudiera hablar con ella?

Él guardó silencio unos instantes. En su cara se leía que la idea no le convencía.

—Por favor... Dame su teléfono. Te lo ruego.

Finalmente Calvin accedió.

—Haremos una cosa. Déjame que sea yo quien contacte con ella. Primero voy a enterarme de en qué estado se encuentra. Recuerda que hace meses que no sé nada de ella. Si está en condiciones le hablaré de tí y sólo si ella está de acuerdo os pondré en contacto. ¿Te parece bien?

—¡Más que bien! ¡Dios te bendiga, Calvin!

—Vale, vale... No exageres.

Por primera vez los dos sonreían. Cuando Leah iba a salir por la puerta Calvin le dijo.

—Hazme un favor. Intenta descansar bien esta noche.

* * * * *

Copper Meadows estaba a algo más de media hora en coche desde San Andreas, en el borde del parque natural Big Trees, así que tenían tiempo de sobra para ir y volver mientras Carrie estaba en el colegio. Keith conducía en

silencio, preguntándose si aquella era una buena idea. Leah, en el asiento de copiloto, pensaba nerviosa en posibles preguntas que hacer para poder averiguar fehacientemente si la familia a la que iban a conocer había vivido una experiencia similar a la suya. Hablar con aquella mujer sería como mirarse en un espejo, y le preocupaba distinguir en su reflejo sólo a una pobre loca. Calvin, en el asiento trasero, era el único que de vez en cuando hablaba, dando alguna indicación sobre el trayecto. Era un día gris y la carretera estaba tranquila.

Una vez en Copper Meadows, Calvin les guió hasta un pequeño barrio de casas de dos plantas con pequeñas parcelas ajardinadas. Estacionaron frente a una casa donde una mujer de unos cuarenta años estaba sentada en el porche. Al ver salir a Calvin del coche les saludó con la mano y se acercó.

Con cierta aprensión, Leah y Keith siguieron a Calvin a través del camino que cruzaba el césped de la entrada. Antes de que Calvin hiciera las presentaciones, fue la mujer la que les tendió la mano.

—Hola, soy Rose.

Rose era una mujer pelirroja, de ojos azules y facciones agradables. En su rostro se apreciaban ya algunas arrugas pero su cuerpo no debía haber cambiado mucho desde los veinte años. Cuando Leah iba a presentarse, un pastor alemán cruzó el jardín a la carrera en su dirección, sobresaltando a los Crawford. Rose le reprendió enfadada:

—¡Sultán, quieto! ¡No molestes a nuestros invitados!

Como si entendiera perfectamente el habla humana, el perro refuló y se fue de nuevo hacia el jardín, moviendo el rabo. Rose les miró.

—Nosotros empezamos a recordar gracias a Sultán, ¿saben? No conseguía recordar por qué le habíamos puesto aquel nombre tan feo al perro, y entonces recordé a Jack, mi hijo mayor. Le puso el nombre del perro del Inspector Gadget. Le encantaban aquellos dibujos.

Leah miró a Calvin con una mirada esperanzada.

—Lo siento, como imaginarán Calvin me puso en antecedentes. No me ha dado detalles, pero sí me ha dicho que su caso es parecido al nuestro. ¿Pasamos?

Los Crawford siguieron a Rose y a Calvin al interior de la casa de los Holloway.

3 —Eight miles high

(West Point, California. Marzo de 1966)

Dos figuras caminaban por la madrugada desierta de West Point, mirando furtivamente alrededor mientras buscaban un número en las fachadas de la línea de casas que zigzagueaba en la oscuridad. Uno de ellos, de pelo castaño y largo, se llevó la mano al bolsillo y extrajo una pequeña hoja de papel y una bolsita con hierba. Al darse cuenta, su acompañante le dio un manotazo y le reprendió sin alzar la voz:

—¡Qué coño haces! ¿Te vas a poner a fumar ahora? ¡Guarda eso!

—¡Joder, Greg! Se me ha caído la hierba... ¡Serás capullo...!

Sacó una pequeña linterna del bolsillo y enfocó con ella a la acera, hasta que dió con la bolsa.

—¡Mierda, Duane, apaga la linterna! ¡Se nos va a echar encima toda la policía de California!

—Traqui, ya la he encontrado.

Duane dio un beso a la pequeña bolsa y se la guardó en el bolsillo junto al papel y la linterna.

—¡Arreglado! ¿Ves? No ha pasado nada. Relájate, tío.

Siguieron avanzando, comprobando cada pocas casas el número. Duane empezó a canturrear

—“Signs in the street that say where you’re goin’”

—¿Qué coño es eso?

—Una canción nueva de los Byrds... ¿No has escuchado el tema? —Duane se puso a cantar. —“Eight miles high, and when you touch the ground you’ll find it’s stranger than known”

—Escucha. Como no cierres la puta boca te voy a dar una patada en el culo que sí te voy a poner a ocho millas de altura, ¿me entiendes? Vamos, estamos cerca.

Avanzaron unos minutos más, y finalmente Greg se paró frente a una casa rodeada por una pequeña cerca y una pared de cipreses. Greg se inclinó hacia Duane y le dio instrucciones susurrando.

—Bien, aquí es. Si Z dice la verdad, en la parte de atrás hay un ciprés medio seco por el que podremos cruzar cuando saltemos la cerca. Entraremos por una ventana de la planta baja. Dentro sólo están la vieja y la enfermera, y

las dos duermen arriba. Aún así, pase lo que pase, cuando estemos dentro de la casa no hables. Z me dijo que el marido de la vieja estaba convencido de que el FBI tenía micros en su casa y escuchaban todo lo que decían, de modo que nunca hablaban dentro.

—¡Qué fuerte, macho!

—En la planta baja está el estudio. Z dice que es posible que la vieja guarde dinero en metálico, y que si lo encontramos es para nosotros. Pero lo que él quiere es correspondencia: todas las cartas que podamos encontrar, sobre todo las que vengan remitidas por... —Greg rebuscó y extrajo un pequeño papel de un bolsillo de sus vaqueros - “Aossic”, “Kralnia” o “Grant”.

—¿Qué clase de nombres son esos? ¿Polacos?

—¡Yo que sé! Recuerda, lo importante son las cartas. Si se las entregamos a Z nos pagará trescientos pavos.

—Algo en Z no me mola nada, tío. Hay algo en su mirada que me asusta.

—Siempre estás con tus paranoias.

—¿Y si no nos paga?

—Pues si no nos paga le prenderé fuego a las cartas... ¡y luego le partiré la cara! —Se detuvo un instante y consultó su reloj, acercándose a la cara — Son casi las dos. ¡Vamos allá!

Furtivamente se deslizaron por las zonas más oscuras de la calle, y comenzaron a rodear el perímetro de la casa. Los cipreses formaban lo que parecía una pared infranqueable detrás de la verja, e impedían ver el interior de la propiedad. Cuando llegaron a la parte trasera encontraron unas ramas secas en uno de los árboles, que apenas disimulaban una zona con un ramaje menos espeso, por el que podían tratar de pasar. Subieron la verja con cuidado, tras echar un último vistazo alrededor, y con cuidado se metieron por entre los árboles accediendo al interior. Ante ellos había un cuidado jardín bastante grande. En una esquina había una pequeña carpa con dos sillas de mimbre. En la otra esquina vieron una caseta de perro. A Duane se le escapó un respingo, pero Greg, adivinando sus pensamientos, le tapó la boca, y susurrando tan levemente como pudo le dijo:

—El perro murió la semana pasada.

—Veo que Z está al tanto de todo.

Después se llevó el índice a los labios, y a continuación le hizo un gesto para que le siguiera. Avanzaron por el jardín, tratando de pasar

desapercibidos entre las sombras de la noche con movimientos tan exageradamente sigilosos que resultaban cómicos. Al llegar a la casa se apoyaron contra la pared de la parte trasera y avanzaron hacia la esquina más cercana. Tras doblarla se colocaron bajo una ventana. Greg hizo un gesto a Duane, que sacó una pequeña palanca de su chaqueta y la usó para forzar la hoja inferior de la ventana, que se deslizó hacia arriba con facilidad y sin hacer apenas ruido. Aguardaron unos segundos para estar seguros de que no habían sido oídos y treparon por la ventana para acceder al interior de la casa. La oscuridad y el silencio eran absolutos allí dentro. Greg encendió su linterna y comprobaron que estaban en un cuarto repleto de estantes con libros. Junto a la ventana por la que habían entrado había una mesa de trabajo con una lámpara y abundantes carpetas en aparente desorden.

Greg le indicó por señas a Duane que empezara a buscar, y ambos empezaron a hurgar entre aquellos papeles tratando de no hacer ruido. Duane apuntaba su linterna a los lomos de los libros buscando por los estantes, mientras Greg abría en silencio los cajones del escritorio. En uno de ellos encontró una caja metálica con cuarenta dólares. Sin que Duane se diera cuenta se los guardó en el bolsillo. Empezó a investigar las carpetas que había sobre la mesa. De vez en cuando se escuchaba un pequeño ruido, que podía provenir de una cañería o de madera vieja, que les hacía detenerse, apagar las linternas y esperar en silencio unos segundos, antes de retomar la búsqueda. Greg había casi acabado de inspeccionar las carpetas del escritorio cuando Duane se acercó a él con dos enormes carpetas de color sepia. En ellas se podía leer “BRIEF” escrito en tinta negra. Duane indicó a Greg que apuntara con su linterna y abrió una de las carpetas como si fuera un acordeón, mostrando una decena de apartados, todos ellos etiquetados con diversos nombres: “A.C.”, “Hymenaeus Alpha”, “Seckler”... Y entre ellos, en un apartado se podía leer “Grant”. Greg le hizo una seña a Duane levantando su pulgar, y cogiendo las dos carpetas se dirigieron de nuevo hacia la ventana. Pero cuando iban a salir por ella Greg detuvo a Duane con la mano. Éste, sin entender, miró a la cara a su amigo. Greg miraba con los ojos abiertos de par en par hacia la puerta del estudio. Duane se volvió y vio en la penumbra a una mujer anciana en camión, inmóvil en el umbral, mirando hacia el interior del despacho, en dirección a la ventana, justo donde ellos estaban. Duane dio un respingo y sintió ganas de salir corriendo, pero Greg le detuvo. La aparición seguía inmóvil, con las manos ligeramente levantadas en su dirección.

Entonces escucharon pisadas que bajaban unas escaleras. Los dos hombres se agazaparon como pudieron tras la mesa. Una luz se encendió en el exterior del estudio y oyeron una voz de mujer.

—Sasha, querida. Tiene que volver a la cama. Se va a resfriar. Vamos, la acompañaré y seguiremos durmiendo, ¿de acuerdo?

Las pisadas se alejaron ahora, subiendo unos escalones. La luz del exterior de la habitación se apagó, y Greg y Duane soltaron de golpe el aire que habían estado reteniendo en sus pulmones durante lo que había parecido una eternidad. Aguardaron a que no se escuchara ningún sonido durante un rato, y entonces se deslizaron de nuevo por la ventana hacia el exterior de la casa, y cruzaron el jardín hasta perderse de nuevo en la noche sin luna.

4 —La puerta del misterio

(Copper Meadows. 1992)

Rose Halloway entró en el salón con una bandeja con unas tazas de té y unas galletas. La dejó sobre la mesa del salón y se sentó en un sillón junto al sofá que ocupaban Leah, Keith y Calvin.

—Muchas gracias, señora Halloway. —Dijo Leah.

—Rose, por favor. Llámame Rose.

—Rose. —Corrigió Leah. —Llámame Leah.

—Por supuesto. —Con la mano les invitó a que tomaran una de las tazas de té. Ella también tomó una. —Como os decía, Calvin me ha contado un poco por encima vuestro caso. Y me parece que es exactamente lo que nos ha pasado a nosotros.

—Bueno, si te somos sinceros es una de las cosas que queríamos averiguar. —Dijo Keith. —No sabes lo solos que nos hemos sentido siendo los únicos que recordaban a George.

—Créeme, Keith. Os entiendo perfectamente. Al menos vosotros os teníais el uno al otro. Yo pasé por lo mismo sola.

—El padre de tu hijo... —Leah no supo como seguir la frase. Se dio cuenta de que estaba siendo indiscreta.

—El padre murió un par de años después de que naciera mi hijo pequeño, Vinnie. Accidente de tráfico.

—Vaya, lo siento.

—Ya ha llovido mucho desde aquello, querida. Unos años más tarde tuve una relación seria con otro hombre, John. Pero entonces empezaron a llegar los recuerdos, y él se agobió mucho. Pensó que me estaba volviendo loca, y puso pies en polvorosa. Así que sí, supongo que puedo decir que no he tenido mucha suerte en ese apartado.

Se hizo un breve silencio que nadie acertaba a romper. Fue la propia Rose la que preguntó:

—Bueno, me gustaría escucharlo de vuestros labios. ¿Cómo os empezasteis a acordar de vuestro hijo? Calvin me ha dicho que fue a partir de una foto perdida. ¿es cierto?

Keith y Leah le relataron con todo lujo de detalles cómo había empezado todo unas semanas antes al recuperar la maleta. Le mostraron la foto y le

contaron cómo habían empezado a recordar a George, primero en sueños, y luego con fogonazos que llegaban a su mente sin previo aviso. La historia de Rose era similar, aunque ella no tenía ninguna evidencia material, y les confesó que envidiaba que ellos tuvieran aquella foto, porque durante mucho tiempo temió estar volviéndose loca.

Calvin asistía a aquella conversación en silencio, tratando de formular alguna teoría que explicara aquel misterioso fenómeno. Pero nada de lo que había estudiado ni de lo que había aprendido tras veinte años de profesión podían ayudarle a hallar una respuesta.

Mientras, Leah se sentía cada vez más reconfortada. Rose no era una mujer que transmitiera tristeza, sino fuerza y optimismo. Y gracias a aquel intercambio de experiencias ya se había convencido de que todo los recuerdos que la habían asaltado eran ciertos y, por tanto, que tenía un hijo que le necesitaba.

En una de sus pocas intervenciones, Calvin les preguntó si eran capaces de fechar alguno de aquellos recuerdos.

—Si pudierais establecer cuándo ocurrió el recuerdo más reciente, podríamos acotar en qué momento vuestros hijos... bueno... desaparecieron.

—Yo lo recuerdo con distintas edades. —Dijo Rose. —Tengo algunos recuerdos de él como bebé, otros de niño pequeño, otros con Vinnie siendo un bebé... Pero no le he recordado nunca como adolescente. Nunca le he recordado con barba ni acné. Pero no puedo saber si lo que fuera que le pasó ocurrió antes o si simplemente no recuerdo esa época.

—Nosotros podemos fechar alguna de las escenas. —Dijo Keith. —Pero es difícil saber cuál es la última. Como veréis en la foto nuestro hijo si había llegado a la adolescencia. No sabemos con seguridad la edad que tendría cuando fuimos a Disneyworld, pero por la foto diría que unos quince o dieciséis. Ese viaje lo hicimos en el ochenta y nueve.

—Lo hemos hablado y ninguno de los dos lo ha recordado con un aspecto muy diferente. —Añadió Leah. —Así que creemos que lo que pasara debió ocurrir poco después del viaje. Lo que significa que llevaría desaparecido...

Hizo una breve pausa porque era obvio que decir aquel número le costaba esfuerzo.

—... dos o tres años.

Rose le tomó la mano. Ninguno de ellos se había atrevido aún a plantear la duda de si sus hijos seguirían aún con vida. Rose, mirando a Leah a los ojos le

dijo:

—Leah, querida, estoy convencida de que están vivos. Algo me dice que si los hemos recordado de pronto es precisamente porque están vivos y nos necesitan.

Las dos mujeres se abrazaron. Aquel abrazo no sólo servía para dar consuelo y calor. Acababan de establecer un vínculo para siempre. Ninguna de las dos se rendiría, ni dejaría que la otra lo hiciera, hasta averiguar dónde estaban sus hijos, y traerlos de vuelta.

Al final de la mañana se despidieron. Leah y Keith volvieron con Calvin a San Andreas antes de que Carrie saliera del colegio, tras intercambiar los números de teléfono con Rose y prometer seguir viéndose con regularidad. Tanto los Crawford como Rose Halloway aquella noche sintieron algo que necesitaban sentir desde hacía mucho tiempo: el aliento de saber que no estaban solos.

* * * * *

Durante las siguientes dos semanas Rose y los Crawford hablaron con frecuencia. Especialmente Leah y Rose se comentaban cualquier nuevo recuerdo que hubiera aflorado, cualquier retazo de información que pudiera ser útil para establecer la fecha aproximada de la desaparición de sus hijos, o simplemente hablaban de cómo se encontraban y de su día a día. Ambas sentían que habían encontrado a una vieja amiga aunque se conocieran tan solo desde hacía unos días.

Un viernes por la noche, cuando, agotados, Leah y Keith estaban pensado irse a la cama, sonó el teléfono. Ambos se miraron sobresaltados. Carrie llevaba dormida un rato y no solían recibir llamadas a esa hora. Fue Leah la primera en llegar al teléfono del salón.

—¿Diga? ¡Ah, hola Rose! ¿Qué ocurre? —Keith la miró con extrañeza, y acercó la oreja al aparato para escuchar lo que Rose estaba diciendo.

—Siento muchísimo llamar a esta hora, pero necesito que pongas la tele.

—¿La tele? —Leah miró a su marido sin entender nada, y le hizo un gesto para que cogiera el mando a distancia.

—¡Sí! Pon la KBTC, por favor.

—De acuerdo, espera... Estamos en ello.

Keith navegó por los canales, subiendo uno a uno, porque no recordaba en qué número estaba sintonizado aquel canal. Era una emisora del condado de

Calaveras y no solían verla. Finalmente la encontró, y en la televisión apareció un hombre de unos cincuenta años, de pelo y barba canosos, que hablaba desde un plató oscuro.

—Ya está. Estamos viendo a un hombre. ¿Qué es eso?

—Ese es Joe King. El programa se llama “La Puerta del Misterio”.

Keith, que se había acercado de nuevo al auricular, dijo:

—Sí, lo conozco. Es uno de esos programas que hablan de casas encantadas, ovnis, y cosas de esas.

—Rose, no entiendo.

—En todos los programas dicen que cualquiera que haya presenciado un avistamiento ovni, o cualquier fenómeno que no sepa explicar, puede llamar o escribir y el personal del programa se pondrá en contacto con él para investigar y tratar de ayudarlo a aclararlo.

—Rose, no me parece una buena idea. No me apetece nada salir en televisión hablando de...

—No tendrías por qué salir. Ellos te escuchan, hablan contigo, y si les interesa investigan. Sólo apareces en el programa si das tu consentimiento. Si no, hacen una recreación usando siempre nombres falsos. Mira, ¡lo están diciendo ahora!

Leah le pidió a Keith que subiera un poco el volumen. En la televisión, mientras aparecían extraterrestres de gran cabeza verde, platillos volantes abduciendo ganado, fotos de espíritus y demás imágenes paranormales, una voz decía:

—¿Ha sido testigo del vuelo de un objeto volador no identificado? ¿Ha sido visitado o abducido por alienígenas? ¿Cree que en su casa hay fantasmas? ¿Ha presenciado algún fenómeno paranormal o misterioso al que no encuentra respuesta? ¿Teme que si habla del tema sea centro de burlas o de incompreensión? Póngase en contacto con nosotros. En “La Puerta del Misterio” investigaremos y le ayudaremos a resolver todas las dudas. Nosotros sí le creemos. Llame al número de teléfono que aparece en pantalla, o escriba a este apartado de correos, y nos pondremos en contacto con usted. Soy Joe King, y si me lo permite, le ayudaré a cruzar “La Puerta del Misterio”.

La cuña acabó, y Keith y Leah se miraron sin saber bien qué decir. Les sacó de aquel breve trance la voz de Rose en el teléfono.

—¿Leah? ¿Estáis ahí?

—Sí, estamos aquí. Mira Rose, a mí me parece que ese tal King es un

charlatán. Seguramente te cobrará una pasta por su investigación, y...

—No, lo hacen todo gratis. Si les interesa tu historia sólo conciertan una cita para determinar si es fiable, ya sabes, para asegurarse de que no se trata de un bromista o algo así...

—¿Cómo sabes eso? De eso no han dicho nada.

—Porque llamé ayer.

—¡Joder, Rose!

Keith se alejó del teléfono, con los brazos en jarra y meneando la cabeza.

—¡No me lo puedo creer! —Masculló entre dientes.

La voz de Rose sonó de nuevo.

—Leah, no les he hablado de vosotros. Sólo les he explicado mi caso. Se mostraron interesados, y esta misma mañana me llamó Joe King directamente. Le estuve dando algún detalle más. Me hizo una serie de preguntas y me dijo que no era el único caso del que tenía noticias. Que ya había investigado un caso similar en Calaveras hace tiempo. ¡No somos las únicas!

—Rose, no sé qué decir.

—No digas nada. Escucha, el próximo martes por la tarde King vendrá a casa. No le hablé de vosotros. Si lo pensáis mejor, venid. No sé, puede que tenga alguna respuesta.

Leah guardó silencio un momento.

—Por favor, Leah. Dime que no te has enfadado.

—No, querida. Claro que no. Pero deja que lo pensemos, ¿de acuerdo?

—Por supuesto. Consultadlo con la almohada.

—Buenas noches, Rose.

Leah colgó y se quedó mirando a Keith. Ambos sabían que aquella noche iban a dormir poco. Efectivamente, las horas pasaron mientras sopesaban los pros y los contras de asistir a aquella reunión. No creían en fantasmas y Joe King era la clase de persona de la que ellos desconfiaban sistemáticamente, pero sentían que si había una posibilidad de averiguar qué había ocurrido con George, por pequeña que fuese, debían aferrarse a ella.

A la mañana siguiente, muy temprano, el teléfono de Rose sonó, y aunque contestó, no necesitaba levantar el auricular para saber que Leah iba a decir que asistirían a la cita.

5 —Un Chevrolet del 80

Aquel martes por la tarde los Crawford viajaron en coche a Copper Meadows a la casa de Rose. En esta ocasión Calvin había declinado la invitación de Leah de unirse a ellos. Aunque había puesto como excusa que tenía trabajo en el hospital aquella tarde, Leah sabía que Calvin no aprobaba aquel encuentro. Al conocer el plan de Rose, Calvin había hecho unas cuantas preguntas sobre el programa y sobre Joe King, y había dejado claro que un programa de televisión no dejaba de ser un negocio y, por tanto, su interés principal siempre sería generar beneficios y no ayudar a las personas de forma desinteresada. Además hacía muchos años que Leah conocía a Calvin, los suficientes para saber que, aunque él no lo reconocería, para Calvin había algo de humillante en que un psiquiatra clínico como él accediera a pedir ayuda a un investigador paranormal. Calvin, haciendo gala de su habitual diplomacia, no mostró enfado ni dejó claro un rechazo frontal. Se limitó a pasar a segundo plano y pidió a Leah que le contara más tarde el resultado de la cita.

Calvin no viajaba pero Carrie sí iba en el coche. La única explicación que le habían dado sus padres es que iban a visitar a una amiga, y que allí podría jugar con un niño llamado Vinnie. Carrie, que siempre había sido vivaracha y extrovertida, no puso ningún problema. Cuando llegaron a la casa de los Halloway, ella y Vinnie parecieron hacer buenas migas al instante, y se fueron al piso de arriba a jugar mientras los mayores se quedaban abajo esperando la llegada de King.

El presentador llegó puntualmente, y a Rose le sorprendió lo bajo que el hombre que ahora entraba en su casa era en persona. Una vez dentro, mientras se presentaban, todos pudieron comprobar que, además de más pequeño, en la corta distancia aquel hombre de la televisión también parecía mayor. En la frente y en la comisura de los ojos se marcaban arrugas de un hombre que bien podría haber superado ya la sesentena. La barba poblada y canosa envejecía aún más un rostro en el que destacaban dos ojos claros e incisivos, que reflejaban inteligencia. Vestía de forma sencilla con un pantalón de algodón y una camisa, y llevaba una gruesa carpeta bajo el brazo.

Una vez que todos estuvieron sentados de nuevo, fue King quien dirigió la conversación. Se notaba que trabajaba en la televisión. Se comunicaba con facilidad y soltura. Aunque él era el invitado cualquier observador ajeno a

aquella situación hubiera pensado que King era en realidad el anfitrión.

—Pensaba que había sólo una familia afectada. —Dijo dirigiéndose a Leah y Keith. —La señora Halloway...

—Rose, por favor, señor King.

—De acuerdo, pero llamadme Joe. Como decía, Rose me habló de su caso, pero no me dijo nada de que conociera a otra familia en la misma situación.

—Eso es porque, en realidad, nosotros no estábamos muy seguros de que ésto fuera una buena idea. —Dijo Keith, tras dudar un poco.

—Lo comprendo perfectamente. Y no me ofendo, Keith. —King dejó la pesada carpeta sobre la mesa para poder gesticular con más libertad. —Soy consciente de que en todo lo relativo a estos temas abundan los charlatanes que hacen dinero a costa de incautos o de gente que está sufriendo y a la que no le quedan más cartuchos que quemar. Y por mucho que diga ahora mismo no creo que os pueda convencer de que yo no soy así. Sólo si me dais un pequeño margen os lo podré demostrar con mi trabajo.

—No es un tema personal contra usted... Contra tí, Joe. —Se corrigió Leah. —Pero desconfiamos un poco del interés real de un programa de televisión.

—Os invito a que os asoméis por la ventana y echéis un vistazo al Chevrolet C-10 que hay aparcado fuera. Es mi único coche. Es del año 80 y ya me está dando más problemas de los que me gustarían, pero de momento no puedo cambiarlo. Entre el programa y el trabajo de mi mujer vamos sacando lo justo para ahorrar un poco, pero no creáis que vivo montado en el dólar. Si no me apasionara no me dedicaría a ésto. Realmente la KBTC es un canal modesto. El equipo del programa es de una decena de personas, y la mayoría trabajan en otros programas del canal. Os aseguro que no vivo como un telepredicador.

Leah y Keith se miraron en silencio. King les resultaba creíble, pero no estaban seguros de qué hacer.

—Os propongo algo, si a Rose le parece bien, claro. No os preguntaré nada de vuestro caso. Hablaré sólo con Rose. Vosotros escuchad y observad, y si lo que hago no os gusta no tenéis que hacer nada. ¿Es justo?

—De acuerdo. —Convinieron Keith y Leah.

Satisfecho, King alargó las manos para coger de nuevo la gruesa carpeta. De ella extrajo un cuaderno y un bolígrafo, y la dejó de nuevo sobre la mesa.

—Al principio usaba una grabadora, pero la experiencia me ha enseñado que la gente muestra más reparos a hablar con libertad si estoy grabando la conversación. Además, a veces no se fían de que vaya a usar las grabaciones sin su permiso, así que lo haremos al estilo antiguo.

King se puso unas gafas que llevaba en el bolsillo de la camisa, y empezó entonces a hacer preguntas a Rose. Le preguntó sobre su vida, sobre cuándo habían empezado los recuerdos y sobre el modo en que llegaban a su cabeza. Mientras Rose hablaba él apenas la miraba, y se dedicaba a escribir con rapidez y aplicación en la libreta. Leah echaba vistazos curiosos a las hojas, y le sorprendía el modo caótico en que King repartía la información por la cuadrícula, relacionando palabras y párrafos mediante flechas y asteriscos a medida que Rose le daba nuevos detalles. Entre la extraña organización y la críptica caligrafía, Leah sintió que no habría otra persona en la faz de la Tierra capaz de entender aquel galimatías.

King insistió mucho en tratar de fechar alguno de los recuerdos, como había hecho Calvin. Rose le contó un recuerdo que había recuperado recientemente. Sin duda era una noche de Halloween, porque recordaba bajar las escaleras con Vinnie de la mano, disfrazado de vampiro, y Jack estaba junto a la puerta vestido como Freddy Krueger. Vinnie debía tener unos seis o siete años en aquel recuerdo, lo que significaba que esa noche había debido ocurrir unos dos o tres años antes.

King revisó sus notas unos instantes, y cuando pareció satisfecho dejó el cuaderno sobre la mesa y se quitó las gafas.

—Bueno, se me ocurren algunas hipótesis que creo que podrían explicar lo que está pasando. La primera, Rose, no te va a gustar. Es que los recuerdos sean falsos, y te lo estés imaginando todo.

—Pero Vinnie también ha tenido recuerdos de Jack. —Apuntó Rose.

—Sí, pero a posteriori. Un niño de ocho años es fácilmente influenciable. No estoy diciendo que no le crea. Estoy haciendo un poco de abogado del diablo para dar una posible explicación. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo, pero aún así esa explicación me resulta muy incómoda de escuchar.

—Lo entiendo, Rose. Pero no la puedo descartar al no haber otra persona adulta que comparta esas experiencias.

Joe King había dicho ésto con la intención de que Leah y Keith se animaran a hablar de su caso. Su estrategia tuvo éxito.

—En realidad nosotros hemos pasado por algo muy parecido, y los dos hemos empezado a recordar de forma independiente. —Intervino Leah.

—¡Vaya! Eso es muy interesante... —Dijo King, satisfecho. —¿Puedo interpretar que os habéis decidido a intervenir? ¿Estáis dispuestos a responder a algunas preguntas?

Leah y Keith, tras mirarse unos segundos, asintieron. Complacido, Joe King tomó de nuevo el cuaderno y les hizo el mismo tipo de preguntas que Rose había respondido primero. Cuando mencionaron la foto aparecida en la maleta a King se le iluminaron los ojos. Estuvo mirando la foto largo rato, maravillado.

—Admito que es fascinante. —Dijo al acabar con las preguntas. —Los dos casos se parecen muchísimo, sin embargo Rose comenzó a recordar antes que vosotros, y mucho antes de que la conocierais. Hace muchos años investigué un caso parecido, pero... ya hablaremos de eso.

Rose le miró sin atreverse a preguntar por el caso al que se refería. Joe echó otro vistazo a su cuaderno y, satisfecho, lo cerró y se dirigió a los tres.

—A pesar de mi programa, suelo ser reticente a las teorías conspirativas. De primeras prefiero rechazar que haya una mano negra que gobierne desde la sombra. Por eso la hipótesis de que todos los registros de vuestros hijos hayan sido eliminados, por no mencionar que los recuerdos de cientos de habitantes del condado de Calaveras hayan sido manipulados, me resulta poco menos que increíble y no voy ni a proponerla. Es muy difícil hacer eso y no dejarse algún cabo suelto, y me refiero a algo más que una foto perdida. Además, si eso fuera cierto estaríamos diciendo que vuestros hijos fueron secuestrados por el gobierno o con conocimiento de éste, por algún motivo que estarían interesados en encubrir. En fin, que no lo creo ni por un segundo. Y os lo digo por si a alguno se le ha pasado por la cabeza.

En alguna de las muchas horas de insomnio, tanto a Rose como a Leah se les había ocurrido pensar que el gobierno pudiera estar detrás de todo, pero era verdad que al escuchar a King aquella teoría sonaba absurda. Pese a ello, tanto Rose como los Crawford se sintieron perturbados por aquella posibilidad.

—Realmente es un caso extraordinario. De alguna manera es como si vuestra mente se encontrara atrapada entre dos realidades distintas. En una de ellas tenéis un hijo, en la otra nunca lo tuvisteis. Algo ha ocurrido que ha provocado que ambas realidades se estén solapando de un modo que sólo

vosotros podéis notar. El problema es que no sé cómo encaja la foto en todo esto.

—Es como si alguien se hubiera llevado a nuestros hijos, incluyendo toda huella que hubieran dejado en este mundo. —Dijo Keith. —Incluso los recuerdos de los que les conocimos.

—Menos la foto. —Dijo Joe.

—Menos la foto. —Asintió Keith. —Pero es que nadie se acordaba de ella.

Joe asintió en silencio, pensando durante un rato. Finalmente se encogió de hombros y dio una palmada.

—Está claro que tenemos un largo camino por delante. ¡Pero no os desaniméis! Esto no ha hecho más que empezar.

King abrió de nuevo la carpeta y extrajo un montón de fotografías atadas con una goma.

—Rose, si me lo permites me gustaría sacar fotografías de la casa, así como de tí y de Vinnie... ¡y de Sultán!

—No tengo problema, pero... ¿para qué te hacen falta?

—Busco conexiones, Rose. Aquí tengo fotos tomadas de la familia que vivió un caso similar, de la que os he hablado antes, y de su casa. Pienso que si aumenta el número de casos, tal vez podamos encontrar un patrón que los relacione. Mirad. —Dijo quitando la goma que ataba las fotografías que acababa de sacar y colocándolas separadas sobre la mesa.

Rose recorrió las fotos con la mirada sin saber muy bien qué buscar. En algunas aparecían habitaciones de una casa, aparentemente normales. En otras posaban algunas personas.

—¿De dónde son estas fotos? —Preguntó Keith mientras miraba.

—Éstas son de West Point. —Dijo King. —Hace unos veinte años de esto. De todos modos echad un vistazo y decidme si alguna de las personas os resultan familiares. O alguno de los lugares o... no sé. Cualquier cosa.

—¡Aquí! —Exclamó Leah de pronto señalando una foto.

En la foto se veía a un hombre de gesto serio, de mediana edad, sentado en una mesa de despacho con abundantes papeles. A su espalda se veían estantes repletos de libros.

—¿Conoces a este hombre? —Le preguntó King.

—No, a él no. Pero esa imagen de la mesa la he visto antes.

King tomó la foto. Entre los papeles de la mesa había una fotografía de un

hombre que apoyaba la cara en sus dos manos. Apoyaba los codos en una mesa sobre la que se veía un libro. El hombre llevaba un extraño gorro adornado con un triángulo del que salían rayos de luz.

—¿Dónde has visto esa imagen, Leah? —Preguntó King con semblante serio.

—En la habitación de George. La primera vez que soñé con él, estaba en la que era su habitación. Era la típica habitación juvenil, con pósters en las paredes. Y uno de ellos era esa misma imagen.

—¿Estás segura, cariño? —Le preguntó Keith.

—Totalmente. En mis recuerdos, esa foto estaba colgada en su habitación.

King tomó la foto. Mostrándosela señaló a la imagen sobre la mesa.

—Eso es una foto de Aleisteir Crowley.

—¿De quién? —Preguntaron los tres a coro.

—Aleister Crowley. Fue un mago, un ocultista, un personaje que practicaba magia ritual, y que fundó algunas órdenes esotéricas. Un personaje controvertido. Murió en los años cuarenta. El hombre sentado en la mesa se llamaba Robert Hugh. Escribía ensayos sobre esoterismo, magia negra y esos temas. De ahí que tuviera esa foto en la mesa. Su mujer tuvo recuerdos de un hijo desaparecido durante un tiempo, aunque en este caso el chico era mayor. El señor Hugh, en cambio, nunca logró recordarle, y acabó suicidándose un tiempo más tarde. De eso hace ya casi veinte años.

—¡Dios mío! Pero entonces, ¿la foto es una coincidencia? ¿No tiene importancia? —Preguntó Rose.

—¿Quién sabe? Puede que no sea nada, o puede que sea la clave de todo este asunto. A mí me parece una coincidencia realmente increíble, y además tratándose de Aleister Crowley... puede que hayamos dado con algo.

King se quedó en silencio unos instantes. Parecía hallarse en mitad de una profunda reflexión.

—Rose, si me lo permites me gustaría tomar las fotos y hablar con Vinnie. En tu presencia, por supuesto. Después os diré lo que he pensado.

Rose acompañó al investigador mientras tomaba fotos del jardín, de Sultán, y los alrededores de la casa, y de todas y cada una de las estancias. Estuvo un rato hablando con Vinnie, tomando notas, y luego se reunió con todos abajo.

—Leah y Keith, si os parece bien me gustaría tomar fotografías de vuestra casa uno de estos días, y hablar con Carrie.

—Por supuesto. —Dijo Keith.

—Gracias. Me alegra ver que hemos conseguido salvar nuestras diferencias iniciales. —Luego se dirigió a los tres. —Siento confesar que no soy un gran experto en Crowley. Leí algo hace mucho tiempo, pero necesitamos saber si alguna de las actividades en las que Crowley se metió a lo largo de los años puede explicar, aunque sea remotamente, lo que está ocurriendo aquí. Conozco un buen par de librerías y una biblioteca donde tal vez encuentre algo, pero...

King se detuvo un momento, sonriendo. Era obvio que acababa de recordar algo que le había puesto una sonrisa en su cara.

—...creo que nuestra mejor baza es un hombre llamado Syd Cramer.

—¿Quién es? —Preguntó Rose.

—Syd es un viejo amigo, con el que investigué casos durante unos años, hace ya mucho. El caso de Robert Hugh, precisamente, fue el primero que investigamos juntos. Él sabía muchísimo sobre magia negra, órdenes esotéricas, y sobre Crowley.

—¡Es perfecto!

—Sí, lo sería... salvo que llevo sin hablar con él más de quince años. Sólo me queda un número de teléfono que jamás he marcado. Crucemos los dedos para que Syd siga estando en el otro extremo, y para que quiera ayudarnos.

—No quiero ser indiscreta, pero ¿qué pasó? ¿Os peleasteis o algo? —Preguntó Rose.

—No, en absoluto. Syd es un gran tipo, os encantaría. —King volvió a sonreír al decir esto. —Pero a saber por dónde anda.

6 —El grandullón de Dos Pinos

El coche de King traqueteaba hacia el sur. Hacía muchos kilómetros que había abandonado la seguridad de la interestatal 5 y ahora recorría una larga carretera que transitaba entre viñedos y paisajes de suelo amarillento y cielos azules. La falta de elevaciones anunciaba que el océano estaba cerca, aunque el destino de Joe King era otro. Sospechando que se había perdido, detuvo el coche en la orilla de la carretera y estudió un enorme mapa de carreteras que, a medio desplegar, ocupaba el asiento del acompañante. Tardó unos segundos en localizar el punto en el que se encontraba, y respiró con alivio al comprobar que seguía en la ruta correcta. Estaba a punto de llegar al campo de golf de Ridgemark, y desde ahí sólo tenía que girar al sur y seguir unos pocos kilómetros más hasta llegar a Dos Pinos, donde esperaba encontrarse de nuevo con su viejo amigo de juventud Syd Cramer. Aquel tipo de reencuentros no le resultaban especialmente agradables, porque podía distinguir en el rostro de los demás los mismos estragos que el tiempo, sin duda, había ocasionado en el suyo. Le daba miedo no encontrar rastro alguno del Syd alegre y algo loco que él conocía en el extraño que pudiera responder ahora a ese nombre, pero había hecho un largo camino y no podía volverse atrás. Sabía que si los cultos de Crowley podían tener alguna relación con la desaparición de aquellos chicos, Syd lo sabría.

El número de teléfono que King conservaba era de Iowa, donde Cramer vivía con su mujer e hijo. Cramer era un tipo algo paranoico y el número de teléfono no era el de su casa sino el del portero del edificio. Cuando King quería hablar con Syd tenía que dejarle al portero el mensaje de que Elvis había llamado y un rato más tarde Cramer le llamaba desde una cabina telefónica. King siempre bromeaba con ese miedo exagerado de Cramer a estar siendo vigilado, pero las bromas disimulaban cierta preocupación por la salud mental de su amigo. Cramer había vivido con intensidad el final de los años sesenta y sin duda aquella etapa se había cobrado su peaje. Sin embargo esta vez no fue necesario dejar mensaje en clave. El portero le comunicó que Cramer no vivía allí desde hacía casi dos años, aunque creía recordar que había dejado una dirección a la que quería que le reenviasen la correspondencia durante un mes. El portero también recordaba que Cramer le había pedido que pasado el mes quemase el papel con la dirección. Aquella

petición le había llamado tanto la atención que aún se acordaba de ella. King le preguntó si había llegado a quemar la dirección o si aún la conservaba. El portero no recordaba qué había hecho al final, pero ante la insistencia de King le dijo que trabajaba con una agenda de direcciones donde solía hacer todo tipo de anotaciones y que probablemente lo hubiera apuntado allí en algún lugar. King esperó una eternidad mientras aquel hombre buscaba. El silencio al otro lado de la línea sólo se rompía cuando se escuchaba el rumor sordo de las páginas al pasar. Por suerte aquel hombre no había hecho caso de la petición de Cramer y conservaba aún la dirección: un apartado de correos en Dos Pinos, California. Y ahora Joe King estaba a punto de llegar a aquel lugar a buscar a aquel hombre tan esquivo.

King se preguntaba qué circunstancias habrían podido llevar a Syd de nuevo a California después de tantos años. Y le molestaba un poco que no le hubiera llamado para avisarle. Pero conociendo la forma de ser de Syd tampoco se le podía tener muy en cuenta.

Unos minutos más tarde, el Chevrolet entraba en Dos Pinos y a King se le pasó por la cabeza que hubiera otra localidad con ese nombre y que se hubiera confundido. Dos Pinos estaba formado por un par de decenas de casas de madera separadas por cercas metálicas, enclavadas en mitad de una extensión de hierba que se alejaba en pequeñas lomas hasta el horizonte. En medio de aquel pueblo había un pequeño supermercado con un surtidor de gasolina, un restaurante que aseguraba preparar los mejores filetes del condado de San Benito y, gracias a Dios, una oficina de correos.

Joe estacionó frente al restaurante y entró. Una mujer de unos cincuenta años estaba colocando vasos al otro lado de la barra.

—Si quiere comer tendrá que esperar media hora. Pero le recomiendo que lo haga, merece la pena. No va a probar unas chuletas mejores en California.

—No, gracias, no tengo hambre. Aunque tomaré esa cerveza. —Dijo King acomodándose en uno de los taburetes.

—¿Viene de lejos? —Dijo la mujer mientras le dejaba una jarra de cerveza sobre un posavasos.

—No, Sacramento. Vengo a ver a un amigo.

—Creo que es la primera persona que conozco que viene a Dos Pinos. Todo el mundo que se sienta en esos taburetes va de paso o vive aquí. Es fácil adivinar por qué.

—Quizás me puedas ayudar... —King guardó silencio esperando a que la

mujer le dijera su nombre.

—Pam.

—Pam. Soy Joe. Estoy buscando a un hombre llamado Syd Cramer. Creo que lleva unos dos años por aquí. ¿Te suena?

—¡Claro! ¡El grandullón de Syd! ¡Es un encanto! Él instaló todas las lámparas del restaurante. —Dijo señalando hacia las mesas del salón, ahora vacías —Es un manitas.

—Sí, suena a él. ¿Sabes dónde puedo encontrarlo?

—Habrás notado que no hay muchas casas por aquí. Sólo tienes que seguir la carretera hasta pasar la última casa a la derecha. Allí sale un camino de tierra que lleva hasta su propiedad.

King saboreó la cerveza despacio, como un premio merecido después haber encontrado de nuevo a su antiguo compañero. Después se despidió de Pam y salió de nuevo a la carretera, listo para hacer aquella última parte del viaje. Se había dado cuenta de cómo se habían iluminado los ojos de la camarera al preguntarle por Syd. Ese era un efecto que Syd solía causar: a menudo era irresistiblemente encantador. Pero la última vez que King habló con él Syd estaba casado con un hijo, así que deseó que no anduviera metido en líos.

Efectivamente, tras la última casa un camino de tierra partía de la carretera principal y se perdía unos cientos de metros más allá detrás de una pequeña loma. King tomó aquel camino esperando que su Chevy fuera capaz de hacerlo sin quedarse atorado. Por suerte fue así, y cuando el camino viró hacia la derecha apareció una casa de madera rojiza. En un lateral había un pequeño huerto, y en él un hombre se inclinaba de espaldas empuñando una azada. Ni siquiera se giró cuando King detuvo su coche frente a la casa y se bajó, andando hacia él con pasos lentos.

—Media vida investigando fantasmas y ahora estoy viendo uno con mis propios ojos. —Dijo King en voz alta.

El hombre se incorporó y se volvió. Vestía unos vaqueros sucios de tierra y una camiseta ancha. Bajo un sombrero de vaquero King se encontró a su viejo amigo. El cabrón se mantenía mucho más joven que él. En su barba de una semana se adivinaban abundantes canas, pero aquellos ojos azules eran los mismos que había visto por primera vez a principios de los setenta. Cramer le miró unos segundos, como si no supiera quién era aquel hombre que se encontraba frente a él. Pero entonces dijo con voz de trueno:

—¡Joder, Joe! ¡Estás hecho un asco!

Su voz no había perdido fuerza en todo aquel tiempo. Cuando Syd hablaba era imposible no prestar atención a lo que decía. Si aquella voz saliera de una nube cualquiera pensaría que era el mismo Dios el que le estaba hablando.

—Espero que no estés cultivando hierba. Sigue siendo ilegal, ¿sabes?

—Claro, esa la cultivo dentro.

Syd cambió su expresión seria por una enorme sonrisa. Se acercó hacia King con los brazos abiertos. Éste se mostró un poco reacio a que aquel personaje tan sucio le abrazara, y retrocedió, pero le fue imposible zafarse de aquel hombre de casi metro noventa.

—Ven, Joe. Vamos a celebrar este encuentro con unas cervezas frías. Me tienes que contar cómo me has encontrado.

Pasaron dentro. King sintió cierto alivio mezquino al ver a su amigo sin sombrero y comprobar que su melena rubia dejaba entrever algunos claros en su coronilla. Estaba claro que el tiempo pasa por todos, incluso para Syd Cramer. Mientras Syd buscaba unas cervezas en la cocina King echó un vistazo a su alrededor. La casa era una leonera. Por doquier había restos de comida, ropa tirada y libros y revistas. Por los rincones se apilaban cajas rotuladas. Lo único que parecía haber sido ordenado con mimo era una buena colección de discos de vinilo en una estantería en el salón, junto a una mesa en la que había un tocadiscos. Si había televisión en la casa King no la vio.

Se sentaron en un sofá y King le explicó cómo había dado con él. Como corolario a la explicación dijo:

—No se puede ser paranoico y chapucero, Syd. Si yo he dado contigo cualquiera podría.

Syd no dijo nada, sólo se quedó serio. King supuso que aquella frase, que sólo pretendía ser chistosa, le había preocupado de verdad. Para cambiar de tema dijo:

—La última vez que hablamos estabas casado y tenías un hijo. Es obvio que ésta no es la casa de un hombre casado.

—El viejo Joe King, siempre en busca de la verdad. —Dijo Syd levantando su cerveza. —Efectivamente, Sherlock. Aquello se acabó. Yo... no sirvo para estar casado.

—Bueno, ¿y cómo estás?

—Estoy bien. De veras. Necesitaba estar cerca del Pacífico otra vez. Lo echaba muchísimo de menos. Y necesitaba sentirme libre de nuevo.

—¿Por eso no me llamaste al volver?

—Lo pensé, pero no. Necesitaba estar solo. Seguro que hubiera acabado llamándote para volver a verte, pero... ¡ya no hace falta!

Syd se levantó y volvió de nuevo a la cocina, de donde salió con otras dos cervezas.

—¿Cómo te ganas la vida? —Le preguntó King, aceptando la cerveza.

—Hago chapuzas, un poco de todo: carpintería, electricidad, mecánica, lo que sea. Me llaman de Ridgemark, de Hollister... Me muevo por aquí y me va bien. Además —Dijo señalando con la cerveza hacia la ventana. —cultivo patatas y tomates. Los tomates me los como, pero las patatas son para un alambique que estoy construyendo en el garaje.

King sonrió, pero aquella era una de las muchas veces en que no sabía si Syd le hablaba en serio o bromeaba.

—Y a Pam, la del bar, ¿le hiciste un arreglo también? —Le preguntó. En sólo unos minutos sentía que había recuperado la vieja complicidad que había entre los dos.

—¡Menudo cabrón! —Contestó Syd fingiendo indignación. —Digamos que mereció la pena cambiar las lámparas del bar. Mereció mucho la pena.

Los dos rieron. Pero tras la risa llegó un rato de silencio. La cara de Syd se volvió seria. Dejó la botella en el suelo junto al sofá y miró a King.

—Bueno, vayamos al grano. Me has explicado las muchas molestias que te has tomado para encontrarme, pero aún no me has dicho para qué. Y sé que no es para probar mi licor de patata, ni para compartir una cerveza, por mucho que lo esté disfrutando. Así que dispara.

King echó un trago a su cerveza. Sabía que no andarse por las ramas era la mejor estrategia para lograr que Syd decidiera echarle una mano. Le habló de la llamada de Rose y del caso del olvido de su hijo Jack. Luego siguió con cómo había ido a su casa y que allí había descubierto que había una segunda familia que había experimentado lo mismo con su hijo George, sin relación aparente con Rose. Como gran final le habló de la foto que había vuelto a aparecer en la maleta. Syd se llevó la mano a la barbilla y sopló lentamente.

—Desde luego, es una historia alucinante. Y si no me la estuvieras contando tú no me la creería. ¿Estás seguro de que no es un engaño?

—No, Syd. Tendrías que ver a esa gente. Me he topado con mucho farsante en mi trabajo, pero ellos no están mintiendo.

—¿Y no han pensado en ir a la policía?

—¿Para denunciar qué, exactamente? ¿La desaparición de un familiar que ellos habían olvidado, que nadie más recuerda y que oficialmente no ha existido nunca?

—La foto...

—La foto no sería suficiente. Lo más probable es que piensen que están locos.

Syd asintió. Su amigo tenía razón.

—¿Y qué pinto yo en todo esto?

—¿Recuerdas el caso de Robert Hugh, de West Point? Año 71.

—Por supuesto. El primer caso para el que me pediste ayuda. ¡Madre mía, éramos jovencísimos!

—Sí. La mujer empezó a tener recuerdos de un hijo perdido, sin embargo su marido no recordaba nada, pese a que ella cada vez le daba más detalles. Unos meses más tarde Hugh se suicidó.

—Sí, lo recuerdo. La mujer contactó contigo como un año después del suicidio, y los recuerdos empezaban a decaer. Yo sabía de Robert Hugh porque había leído su libro en mis años de locura Crowley.

—Exacto. Pues les estuve enseñando fotos de la familia a Rose Halloway y a los Crawford, y Leah, la madre de George, reconoció algo en una de las fotos. Es ésta. —Dijo, mostrándosela a Syd y señalando el retrato de Crowley que se veía en la mesa. —Precisamente lo que Leah reconoció fue esa foto de Crowley. Dijo que, en sus recuerdos, su hijo George tenía esa foto colgada en su habitación como un póster.

Syd le miró, sorprendido. King continuó.

—No creo que sea una casualidad, Syd. No puede serlo. Crowley y su culto deben tener algo que ver aquí, pero necesito a alguien que conozca bien ese mundo.

Syd guardó unos instantes de silencio.

—Hace mucho que desconecté de toda esa mierda, Joe. Y, que yo recuerde, ni Crowley ni la orden tuvieron nunca nada que ver en secuestros con niños ni nada semejante, o al menos nunca se probó. Pero hay muchas cosas que no recuerdo.

—Sólo te pido que hagas memoria. Que rebusques en tus libros y tus notas, a ver si das con algo que nos pueda servir. Cualquier cosa que pueda ayudar a esa gente a dar con sus hijos.

—Sabes que después de tanto tiempo lo normal es que estén muertos,

¿verdad? —Disparó Syd a bocajarro.

—Sí, lo sé. Pero en este asunto no hay nada normal. Algo me dice que están vivos, Syd.

Syd apuró su cerveza de un trago. Tomó la botella vacía de King y aprovechó el viaje a la cocina para pensar. A la vuelta dijo:

—Dame unos días. Todo lo que tenía sobre Crowley está dentro de alguna de estas cajas. Sólo tengo que encontrarla y repasarlo.

King echó un vistazo a las cajas que se amontonaban por doquier.

—Pues calculo que tienes para un par de años.

—Ja. Ja. Ja. Graciosísimo. Debes saber que este aparente caos es sólo una mascarada para desmoralizar a los intrusos. En realidad oculta un sofisticado sistema de ordenación que sólo yo sé desentrañar.

—No tienes ni idea de dónde está ¿verdad? —Dijo King.

—Ni la más remota. Dame unos días, ¿de acuerdo?

—Gracias amigo. Me alegra haberte encontrado otra vez.

—A mí también, Joe. A mí también.

Compartieron una cerveza más antes de que King iniciara el camino de regreso al coche, ligeramente bebido. Cuando iba caminando hacia él Syd le dijo:

—Recuerdas que Hugh, el escritor, era de West Point, ¿verdad?

—Sí

—¿Sabes que el sucesor de Crowley como cabeza de la orden vivió allí los últimos años de su vida?

—Joder, Syd. —Dijo King, casi gritando. —Eso no puede ser casualidad.

—No. —Dijo para sí Syd mientras veía alejarse el coche de King. —Por supuesto que no.

7 —El Templo de Oriente

Tan solo tres días más tarde King recibió una llamada de Syd, anunciándole que había encontrado su documentación sobre Crowley y que le esperaba en casa cuando le viniera bien. El siguiente día por la mañana Joe King volvió a recorrer la interestatal 5, aunque esta vez con compañía. Rose se había ofrecido a acompañarle a Dos Pinos. Tenía curiosidad por conocer a Syd y necesitaba ver que algún indicio relacionaba efectivamente a Crowley con la desaparición de Jack.

Era obvio que una guapa pelirroja era lo último que Syd esperaba encontrar al abrir la puerta, porque se quedó un rato en silencio mientras observaba a la acompañante de su viejo amigo como si hubiera sufrido una desconexión momentánea y fuera incapaz de reaccionar. Sólo volvió a moverse cuando King dijo:

—Bueno, Syd. ¿Podemos pasar?

El gigantón se apartó de la puerta y les invitó a pasar con un gesto.

—Hola, Rose. Yo me llamo Syd Cramer.

—Encantada. —Dijo ella, estrechándole la mano. —¿Te había dicho Joe que venía?

—En realidad no, y lo hubiera preferido, porque hubiera adecentado un poco este desastre. Lo siento mucho. —Dijo mientras apartaba unas cajas de encima del viejo sofá.

—¿Y cómo has sabido que era ella? —Preguntó King.

—Tengo buena memoria para los nombres, Joe. El otro día me hablaste de Rose, de sus hijos Vinnie y Jack, de Leah y Keith, y de Carrie y George. Sólo tres adultos, y he descartado que ella pudiera ser Keith, lo cual me dejaba con Rose y Leah.

—¿Y por qué has sabido que era yo?

—Porque sé que no estás casada y supuse que a Leah su marido no la dejaría venir sola a conocer a alguien tan guapo como yo.

—Ya empezamos. —Murmuró King para sí, mientras Rose se reía.

—¿Os puedo ofrecer algo de beber?

—Agua para mí. —Dijo Rose.

—Yo una cerveza. —Dijo King.

Syd se fue a la cocina y salió con una lata de cerveza y un par de botellines

de agua. Era la primera vez que King veía a su amigo beber agua. No necesitaba esforzarse mucho para imaginar qué estaba pasando. Echó un vistazo a Rose, que escuchaba un chiste que estaba contando Syd. Era evidente por su lenguaje corporal y por su expresión que el encanto de Cramer seguía intacto. Decidió reconducir la situación.

—Bueno, Syd. Me dijiste que habías encontrado tu vieja documentación sobre Crowley.

—Ah, sí. —Dijo Syd levantándose de la silla como por un resorte.

Se dirigió a una mesa en una esquina, tomó una gran caja y la llevó hasta el suelo frente al sofá donde Rose y King se sentaban. Por su cara parecía que la caja era pesada, lo que quedó confirmado cuando la dejó caer de golpe. Abrió las solapas superiores y empezó a sacar libros, revistas y cuadernos.

—No he podido repasarlo todo, claro. De hecho, no recordaba haber reunido tanto material. ¿Por dónde empiezo?

Mientras hablaba seguía sacando libros de la caja, como si buscara algo. De pronto se detuvo sonriendo, como si lo hubiera encontrado. Sacó una vieja revista y rebuscó entre sus páginas. Cuando encontró la página que buscaba la giró y se le enseñó a Rose y Joe.

—La famosa foto.

Efectivamente, era la foto de Crowley que Leah había identificado en sus recuerdos.

—Aleister Crowley, la Bestia, el 666, el hombre más perverso del mundo...

—Joder... —Dijo Rose muy seria.

—No te preocupes, Rose. No es para tanto. Digamos que tenía muy mala prensa, y a él eso le encantaba. Fue un mago, ocultista, escritor, aventurero, masón y mil cosas más. Ególatra y hedonista. Perteneció a algunas logias y fundó otras. Fue la cabeza de la orden de los templarios de oriente. Intentó introducir en los ritos de la orden los propios de la iglesia gnóstica.

Rose le escuchaba en silencio, esperando que en algún momento Syd dijera algo que pareciera tener alguna relación con la desaparición de su hijo.

—Estando en El Cairo con su mujer en 1904 le fue revelada su obra más importante: el Libro de la Ley. Sobre ese libro fundó su propia religión, Thelema. Su precepto fundamental es “Haz lo que deseas; esa será toda la ley”.

—A eso me apunto. —Dijo Rose.

—Y yo. —Añadió Syd. —En el libro de Thelema se refería a una especie de trinidad de dioses basada en deidades egipcias: Nuit, la diosa del cielo nocturno; Hadit, algo así como el complemento masculino de Nuit, y Raahoor-Kuit, un hijo de ambos y dios de la venganza. El universo no es más que el producto del éxtasis de Nuit y Hadit.

—Un orgasmo, vamos... —Dijo King.

—Sí, realmente sí. Por eso para Crowley y toda esta gente es tan importante la magia sexual.

—¿Magia sexual? —Dijo Rose.

—El sexo era una parte muy importante de sus ritos. Tenían sus propias liturgias en las que los fluidos corporales eran muy importantes... Si queréis que entre en detalles...

—No, en serio. —Dijo Rose.

—En realidad, como os he dicho, no fue más que un hedonista. Yo estuve aquí en California a finales de los sesenta, y creedme si os digo que esta gente nos daba sopas con hondas a todos los hippies cuarenta años antes.

Mientras Syd hablaba Rose y King empezaron a hojear algunos de los libros y revistas de la caja. Syd continuó:

—Bueno, podría seguir, pero lo importante es que no hay nada que yo conozca que justifique algo tan raro como olvidar personas desaparecidas como si no hubieran existido nunca. Lo siento.

—Pero se supone que eran magos. —Dijo Rose. —¿Tenían poderes reales, podían lanzar conjuros o cosas así?

—No, Rose. No eran esa clase de magos. Ellos pretendían invocar a ciertos dioses por medio de ritos con mucha liturgia y a menudo, como os digo, con orgías o celebraciones grotescas, pero no eran capaces de ese tipo de magia. Nadie lo es.

—Pero cuando vine el otro día me dijiste que el sucesor de Crowley murió aquí cerca en West Point. —Dijo King.

Rose levantó la vista, muy interesada por lo que acababa de oír.

—¡Ah, es cierto! —Dijo Syd. —Karl Germer.

—¿Germer? Suena a nazi malvado de una película. —Dijo Rose.

—Bueno, sí era alemán, pero no nazi. De hecho los nazis le detuvieron por masón. Lo importante es que Crowley le nombró su sucesor como cabeza de la orden, y él pasó los últimos años de su vida en West Point, con su mujer Sasha.

—¿Y siguieron practicando esos ritos aquí? —Preguntó Joe.

—No. En realidad Germer era el contable de Crowley. Se encargaba de llevar la cuenta de las donaciones que los simpatizantes hacían a la orden y a Crowley. Pero él no conocía los ritos, ni estaba interesado en ellos. Crowley murió en 1947, y Germer murió en 1962, si no recuerdo mal. Su mujer, Sasha, quedó como dueña de toda la documentación de la orden, los escritos de Crowley, ritos, etc, pese a que ella no era miembro. Hasta que murió en los setenta la orden no recuperó todos los escritos, y cuando lo hicieron descubrieron que faltaban cosas. Muchos de los documentos fueron robados tras la muerte de Germer, pero no está claro quién o quiénes estaban detrás de los robos.

—¿Pero la orden existe aún?

—Sí, pero estuvo a punto de desaparecer. Lo que ocurrió es que ya en los últimos años de Crowley y durante el periodo de Germer hubo varias escisiones en la orden. Un par de casos de personas que decían que los verdaderos sucesores de Crowley eran ellos, y que modificaron los ritos a su antojo. Germer les expulsó pero ellos hicieron oídos sordos. Kenneth Grant, por ejemplo, en Inglaterra, metió en el potaje la posibilidad de usar los ritos para entrar en contacto con seres de otras dimensiones.

—Madre mía... —Dijo Rose llevándose la mano a la frente.

—Sí. Él fundó su propia orden, la Orden Tifoniana.

—¿Tifoniana? ¿Como un tifón? —Dijo Rose, a la que aquello le empezaba a parecer hasta gracioso.

—No por el viento, sino por Tifón, una diosa. Bueno... “la” diosa. Los tifonianos creen que antes de cualquier culto a dioses masculinos se adoraba a una diosa primordial, fuente de vida y fertilidad, una Gran Madre. Esa figura aparece en muchas culturas con muchos nombres distintos. Crowley la identifica con Babalon, hija de Nuit. La Mujer Carmesí.

—Es decir, creen que Dios es en realidad Diosa. —Añadió King.

—¿Os habéis dado cuenta de que “madre” y “materia” proceden de la misma raíz? Toda materia, toda la creación, procede de una madre. Aún nos queda algún otro vestigio de esa creencia en nuestro lenguaje, como hablar de la madre naturaleza.

—¡Es cierto! —Dijo Rose, sorprendida.

—Bueno, por retomar la historia de la Orden del Templo de Oriente: tras un periodo de caos después de morir Germer, otro amigo de Crowley, Grady

McMurtry, haciendo uso de una carta en la que Crowley le pedía que se hiciera cargo de la orden si era necesario, se convirtió en nueva cabeza. Digamos que logró darle un estatus legal. A día de hoy la orden es reconocida por el estado de California, e incluso está exenta de pagar impuestos como organización religiosa.

—¿Entonces las orgías y las misas se hacen aún?

—No, todo eso quedó muy atrás.

—Por intentar buscar una conexión, —Retomó King. —¿se sabe si la orden alguna vez secuestró niños o adultos para alguno de sus ritos?

Syd tardó unos segundos en contestar, lo que a Rose la pareció sospechoso.

—No.

—¿Pero? —Dijo Rose.

—¿Por qué crees que hay un pero?

—¿Pero? —Repitió Rose algo más alto.

—Joder... —Syd suspiró. —Pero como os he dicho hubo bastantes escisiones de la orden. Y eso que nosotros conozcamos. Lo que quiero decir es que no puedo negar con rotundidad la posibilidad de que algún zumbado que formara parte de la orden o haya oído hablar de ella haya decidido hacer su propia versión con ovnis, unicornios o lo que sea.

Rose se quedó en silencio, respirando profundamente.

—Entonces me temo que no hemos avanzado mucho.

—Lo siento de veras. No creo que podáis sacar nada en claro de todo ese montón de libros. —Dijo Syd señalando la caja.

—Sin embargo, algo me sigue diciendo que debe haber alguna relación. —Dijo Joe. —Todo ocurre en el condado de Calaveras, el centro de la orden en América. Y dos de las familias tenían algún conocimiento de los trabajos de Crowley.

Syd, sin saber qué más decir, se encogió de hombros.

—Estamos como estábamos. —Dijo Rose, profundamente decepcionada.

—Lo siento mucho. Ojalá hubiera podido ser de más ayuda.

King, señalando la caja dijo:

—Deja al menos que me lleve la caja, Syd. Quién sabe si ahí dentro puede haber algo que hayas pasado por alto.

Al ver que Syd no reaccionaba, añadió.

—¡Joder, Syd! Cuidaré de ella, no te preocupes. Sé lo valiosas que son tus

cosas para tí. Confía en mí. Pero necesito estar seguro... Por favor.

—Está bien. —Cedió Syd finalmente.

Ayudó a King a llevar la pesada caja hasta el Chevrolet y le deseó suerte.

Después le dijo a Rose:

—Me ha gustado mucho conocerte, Rose. Ojalá encuentres a tu chico.

—Por supuesto que lo haré. Cuídate, Syd. —Dijo antes de entrar en el coche con King.

Syd les vio alejarse, y se quedó aún un rato de pie, mirando al horizonte, inmóvil, mucho después de que el coche desapareciera tras dejar el camino de tierra que llevaba a su casa. La imagen de Rose en el umbral de su puerta se le había grabado a fuego en la mente, y no hizo ningún esfuerzo por quitarla de ahí.

8 —Salida 93

Syd Cramer trabajaba en su huerto cuando sintió dolor en la espalda. No le pillaba de nuevas, y sabía que cuando empezaba a notar molestias lo mejor era dejar lo que estuviera haciendo y echarse un rato a descansar. Se sacudió la tierra de las manos y se dirigió a la puerta. Por el oeste una oscura mancha gris amenazaba al cielo del atardecer. Pasó dentro y buscó entre sus discos de vinilo hasta que dio con lo que buscaba: “Odessey and oracle” de los Zombies. Lo puso a gran volumen y se lió un poco de hierba. Estaba echado en el sofá, con los ojos entreabiertos, escuchando “Beechwood Park” cuando llamaron a la puerta con unos golpes fuertes. Rápidamente apagó el porro, despejó el humo moviendo la palma de la mano y se levantó maldiciendo la inoportunidad del visitante. Cuando abrió la puerta se encontró a Rose Halloway visiblemente nerviosa, blandiendo un par de libros en la mano:

—¡Dijiste que no usaban a niños para sus ritos! ¡Aquí dicen que sí los usan! ¿Mentiste? ¡Dime la verdad! ¿Mentiste? ¿O es que no tienes ni idea?

—¡Por Dios, Rose, cálmate! No sé de qué me hablas.. Pasa, por favor.

Rose entró como una exhalación y tiró los libros sobre el sofá.

—¡Te hablo de eso! Capítulo doce. —Dijo, apuntando a uno de ellos.

Syd miró el libro. Era uno de los libros que había en la caja que King se había llevado.

—Pensé que los libros eran para Joe. ¿Es que te los dejó a tí?

—Me dio unos cuantos para que avanzáramos más rápidamente.

—¡Menudo idiota!

Syd cogió el libro. Era “Magia en teoría y práctica” de Aleister Crowley. No necesitaba buscar el capítulo doce para saber qué decía. En él se hablaba de los sacrificios en los ritos mágicos, de cómo llevarlos a cabo, y de que las víctimas más adecuadas eran niños varones de “perfecta inocencia y alta inteligencia”. Lo había leído hace muchos años pero la conmoción que le había causado no le había permitido olvidarlo. Había sido torpe al dejar todo aquel material a King sin haberlo seleccionado primero. Miró a Rose. Estaba nerviosa, enfadada y parecía al borde de las lágrimas.

—Por favor, Rose, siéntate. Ese capítulo no te lo puedes creer al pie de la letra.

Rose se sentó.

—Te explica cómo sacrificar animales y niños. ¿Cómo se supone que se puede interpretar?

—Te dije que Crowley era un provocador, que disfrutaba y alimentaba todo lo que la prensa amarilla decía sobre él. Buscaba aquella notoriedad con avidez. Cuando escribió ese libro la prensa ya le había acusado de officiar magia negra y misas blasfemas, y de sacrificar animales e incluso personas. Él sólo disfrutaba dentro de su personaje.

—¿Cómo puedes estar seguro, Syd?

—Lee la última frase del capítulo, Rose.

Rose tomó el libro y buscó la página. Leyó la última frase en voz alta:

—“Es probable que el lector se meta en problemas con este capítulo a menos que realmente comprenda su significado”.

Rose miró a Syd esperando una explicación.

—Ahí está diciendo, textualmente, que no se te ocurra seguir lo que ahí pone, porque te meterás en líos. Que en realidad el capítulo quiere decir otra cosa.

—¿Qué es lo que quiere decir?

—Sexo, Rose. Ya os dije que Crowley practicaba magia sexual. Realizaba todo tipo de prácticas sexuales, tanto heterosexuales como homosexuales. Pero la homosexualidad fue delito en el Reino Unido hasta el año 67. No podía escribir manuales de prácticas homosexuales sin acabar en la cárcel.

—¿Y sobre sacrificios humanos sí? —Preguntó Rose.

—Bueno, la moral británica es muy particular. Y Crowley sabía que le metería en más líos un libro incitando al sexo entre hombres que uno en que hablara de sacrificar animales, o incluso niños. Sobre todo porque las personas con dos dedos de frente no se lo tomarían en serio.

Rose dejó el libro de nuevo y se llevó las manos a los ojos.

—¡Joder! Leah y Keith dicen siempre que admiran mi entereza, pero te juro que a veces creo que me voy a volver loca. —Dijo, sollozando un poco.

—No saber si mi hijo vive o no, o si tan siquiera ha existido de verdad...

Syd la hubiera abrazado para consolarla, pero no sabía cómo reaccionaría Rose. Al fin y al cabo era sólo la segunda vez que se veían, pero esos breves encuentros habían sido suficientes para que Syd sintiese un afecto sincero por ella. En lugar de abrazarla le puso la mano en el hombro, algo torpemente.

—Rose, te conozco poco, pero me parece que lo estás haciendo muy bien. Yo no te puedo dar respuestas, pero creo que las corazonadas son importantes

y hay que hacerles caso. ¿Qué te dice el corazón?

—Que Jack es real, y que está vivo.

—Entonces no te rindas. Hoy estás más cerca de él que ayer.

Rose puso su mano sobre la de Syd, y le sonrió mientras se limpiaba las mejillas con la mano.

—¿Te apetece un té? —Preguntó Syd, que se levantó hacia la cocina.

—¿Por qué no una cerveza?

—Me parece una idea fantástica, Rose. —Dijo Syd volviendo ya con dos botellines abiertos. —Sobre todo porque no tengo té. Iba de farol.

Rose se rió, que era justo lo que Syd pretendía. Bebieron callados un par de sorbos, y entonces Rose pareció darse cuenta de la música que sonaba.

—¿Qué es eso?

—Escuchaba música. Los Zombies.

—Por Dios, ¿de qué siglo es eso?

—No me digas que no has escuchado nunca a los Zombies. Año 68.

—Pues no, creo que no los he escuchado nunca.

Syd fingió indignación y se levantó de golpe hacia el tocadiscos. Lo paró, le dio la vuelta al disco y puso una canción.

—Como me digas que no conoces esta canción me veré obligado a echarte de mi casa.

Rose sonrió. Era “Time of the season”. Al menos le resultaba familiar.

—Sí, esta sí.

Empezó a tararear tímidamente, en voz baja.

—El 68 fue un gran año, Rose. No tengo nada contra la música que se hace ahora, pero el final de los sesenta fue “el momento”, con mayúsculas.

De pronto Syd pareció recordar algo.

—¡Ah! ¿Sabes cómo empezó mi interés por Crowley? —Preguntó.

Rose negó con la cabeza. Syd buscó entre los discos de vinilo hasta que encontró el que buscaba. Se lo mostró a Rose.

—Los Beatles, el “Sargent Peppers”. Por favor, dime que a éstos si los conoces.

—Siiii —Dijo Rose, algo más relajada.

—La portada más famosa de la historia. Los Beatles vestidos de ropas de colores, y tras ellos una multitud de personajes de todo tipo. Mira en la fila de arriba, el segundo por la izquierda. —Dijo, señalando.

Rose miró hacia donde señalaba Syd. Un hombre completamente calvo, de

orejas puntiagudas y expresión siniestra miraba hacia el frente.

—¿Es Crowley?

—Así es. Cuando salió el disco yo estaba obsesionado con los Beatles, hasta tal punto que estaba convencido de que me hablaban directamente a mí con sus letras. Escuchaba sus canciones una y otra vez, analizando cada sonido y cada palabra. Este disco fue un festín en ese sentido. Había millones de detalles en las letras, en la música y en la cubierta. Necesitaba saber quién era cada una de las personas de la portada, y también por qué estaban allí, porque si eran importantes para los Beatles, también lo tenían que ser para mí.

—¡Qué fuerte!

—Así fue como me encontré por primera vez con el nombre de Aleister Crowley.

Syd escrutó el rostro de Rose. Sabía que cuando se dejaba llevar por sus historias podía provocar aburrimiento, sobre todo entre el público femenino, pero creyó ver en los ojos de Rose un brillo que se parecía mucho al interés.

—¿Tienes que volver a Copper Meadows? ¿Con quién está....? ¡No me lo digas! ¡Vinnie!

—¡Menuda memoria! Vinnie está en los scouts, este fin de semana tenían salida al parque Big Trees. ¿Por?

—¿Te apetece venir a cenar algo conmigo? Iba a salir ahora.

Rose tardó sólo unos instantes en contestar.

—En realidad no me entusiasma la idea de sentarme a conducir de vuelta ahora mismo, así que de acuerdo.

—Sí, la verdad es que te has dado una buena paliza sólo para hacerme esa consulta.

—Joe me dijo que no tienes teléfono. No se me ocurrió otra alternativa.

—¿Él sabe que venías?

—No, apenas lo pensé. Cuando leí ese párrafo necesitaba tener una respuesta cuanto antes.

—Bien, me gusta la gente impulsiva.

—Bueno, ¿dónde cenamos? He visto que aquí cerca hay un restaurante que se precia de hacer los mejores filetes del condado.

—No, no... Vamos a Ridgemark mejor. No te creas que los filetes aquí son para tanto.

Ridgemark estaba apenas a cinco minutos de Dos Pinos por una carretera bien asfaltada e iluminada. Fueron en la vieja camioneta de Syd, un vehículo

con abolladuras y manchas de óxido que fácilmente podía haber acompañado a su dueño en los años sesenta. Llegaron a un restaurante de carretera con un aparcamiento donde abundaban las rancheras y los camiones, e iluminado por un enorme letrero luminoso azul, rojo y blanco donde se leía el nombre del establecimiento: Sammy's. Cuando bajaron de la camioneta los últimos rayos de sol iluminaban el cielo desde la dirección del océano. Al entrar Rose se excusó un segundo para hacer una llamada y asegurarse de que todo iba bien en la salida de Vinnie, y mientras Syd se acomodó en una mesa tranquila en una esquina, iluminada por una lámpara que vertía una luz algo mortecina. Vinieron a su mente el arreglo que había hecho en las lámparas del restaurante de Dos Pinos y Pam, la camarera, y sacudió la cabeza como para alejar aquellos pensamientos. Rose se sentó frente a él.

—¿Todo bien? —Le preguntó Syd.

—Sí, todo bien. Están acampados en Big Trees y no esperan lluvias por allí, pero el monitor dice que si lloviera hay un refugio habilitado donde pueden pasar la noche.

—Perfecto. Espero que tengas hambre. —Dijo tendiéndole una carta.

—¡Caray! —Dijo Rose tras echar un vistazo. —No sabía que hubiera tantas maneras de servir huevos revueltos.

—Sí, sirven muchos desayunos, y a mediodía es un restaurante familiar. Lo tienen bastante bien montado. Yo te recomiendo las hamburguesas, son muy sabrosas.

Cuando llegó la camarera Syd pidió una Hamburguesa Cowboy y Rose un Sandwich Club Deluxe, y un par de cervezas. Rose confesó que lo había elegido porque el nombre le había gustado y ni había leído los ingredientes.

—Bueno, —Dijo Rose. —así que eras un loco de los Beatles, ¿no?

—Totalmente. ¿Has oído alguna vez el viejo rumor de que Paul McCartney murió en 1966 y un doble le sustituyó?

—No. —Rose negó con la cabeza. —Menuda chorrada, ¿no?

—Pues se hizo famoso. Tan famoso, de hecho, que una revista fue a buscar a Paul a su granja en Escocia para hacerle fotos y desmentir la información. Bueno, pues esa historia la inicié yo.

—Me tomas el pelo. —Dijo Rose riéndose a carcajadas.

—¡Te lo juro! Ya te he hablado de la portada del Sargent Peppers. Cuando salió el disco yo estudiaba en la Universidad Drake, en Des Moines. Y una tarde, escuchando el disco y mirando la portada mientras fumaba un porro lo

ví claro: la portada representaba un funeral.

—¿Un funeral?

—Sí, cuando te la he enseñado antes no te habrás fijado, pero es un grupo de gente reunida en un jardín. Los Beatles salen dos veces. En el centro, con ropas de colores, como la banda del sargento Peppers, y a la izquierda, vestidos de negro y apenados. A su lado está Sonny Liston, que parece un sacerdote. Están oficiando un funeral. ¿Por quién? Por Paul. ¿Por qué? Porque en las flores que hay en el suelo frente a ellos se lee “PAUL” claramente. Y no sólo eso, los cuatro llevan instrumentos en las manos, y Paul es el único que lleva un instrumento negro. ¿A qué ahora te pica la curiosidad?

—Lo que más curiosidad me despierta es saber con qué hierba te habías hecho el porro que te estabas fumando. —Dijo Rose, riendo de nuevo.

—Ja, ja y ja. Muy graciosa. Pues el caso es que hablando de eso con amigos de la universidad empezamos a buscar pistas en las portadas y las canciones, tanto en los discos antiguos como en los que publicaron después, hasta que en el 69, un amigo llamado Tim Harper publicó un artículo en la gaceta de la universidad, y la teoría empezó a extenderse.

—Una historia impresionante.

Guardaron silencio un rato, comiendo en silencio. Syd empezó a temer que los temas de conversación se hubieran acabado. Le incomodaban los silencios, aunque Rose parecía estar a gusto.

—¿Cómo está ese sandwich?

—Sorprendentemente bueno.

—Genial.

—Oye Syd, ¿cómo acabó en California un hombre de Iowa?

—Bueno, me harté de pasar los veranos bajo la lluvia. Había venido un par de años antes, un par de semanas en verano con un amigo, y me flipó. Así que el año 68 me vine para acá sin ningún plan. Tendrías que haber visto Venice Beach llena de gente con túnicas y melenas. Era como un casting para interpretar a Jesús. Y aquella gente cantaba, fumaba y hacían lo que querían todo el día. Y mientras, ahí al lado, en la acera, un montón de coches de policía que nos controlaban, apuntándonos con metralletas.

—¿Y tus padres no te pusieron pegas?

—No les hizo gracia, pero siempre me dejaron que escogiera mi camino. Al menos siempre he preferido creer eso a que no les importara nada lo que fuera de mí. En cualquier caso estuve un año y pico viviendo en casas de gente

que no conocía, o durmiendo en la playa, metiéndome de todo, cantando y viviendo un sueño.

—¿Metiéndote de todo?

—Bueno, no de todo. Hierba y ácido. Es lo que todo el mundo tomaba entonces.

—¿No te enganchaste? ¿No te daba ataques de pánico, paranoia o eso? Lo pregunto porque es lo que he leído.

—No, no me causaron adicción. Quizás tuve suerte. Lo único que me ha quedado son lagunas en la memoria de esa época y algunos sueños raros ocasionales.

—Lo decía también por el olor que había en tu casa cuando he llegado. —Dijo Rose, que estaba disfrutando lanzando pullas a Syd. —Perdona, sigue.

—Vale, sigo. Pasado ese año y pico me empecé a aburrir. El movimiento empezó a decaer, y a mí me entró la paranoia de que en cualquier momento me iban a reclutar.

—Bueno, no creo que fuera una paranoia. Se reclutó a un montón de chavales.

—Era una paranoia porque yo tengo los pies planos y me hubieran rechazado.

—¿Pies planos? —Dijo Rose con una sonrisa.

—Sí, es cierto. Planos como un pato. Suena divertido, pero a mi edad de vez en cuando me causa dolores de espalda. Por eso estaba fumando hierba cuando llegaste antes. Me ayuda con el dolor.

—Muy buena excusa.

—¿Eres siempre tan borde?

—Me temo que sí. Tendrás que acostumbrarte. —Dijo Rose, medio en broma, medio en serio. —Sigue, por favor.

—Como decía, me entró la paranoia. Me llegaban historias, rumores de gente con problemas serios a los que no rechazaban, y me acojoné. No soy ningún valiente, no me veía quemando mi tarjeta de reclutamiento y yendo a la cárcel como un héroe, así que puse pies en polvorosa y me fui a México un par de años.

—Está claro que eres un hombre de mundo.

—No tanto. Aunque allí aprendí lo que sé de carpintería, de mecánica, de electricidad... Gracias a eso me gano la vida desde entonces.

—¿Y qué pasó al volver?

—Nada, parece que nadie se acordaba de mí. Ni mis padres ni el Tío Sam, así que me busqué un trabajo en un taller. Por entonces fue cuando conocí a Joe, si no recuerdo mal.

—¿A King?

—Sí. Él sí fue a Vietnam, pero su hermano murió en el frente y lo mandaron de vuelta.

—Joder, qué putada.

—Sí. —Syd echó un buen trago a su botellín antes de continuar . —Le conozco hace veinte años y jamás ha hablado de ello. Supongo que cada uno se enfrenta al dolor a su manera.

—King dijo que tenías familia.

—Sí, la tenía.

—¿Qué pasó? —Preguntó Rose.

Syd miró hacia el exterior, en silencio. El cielo estaba ya oscuro, y algunas gotas mojaban el cristal junto a la mesa.

—Lo siento, no me he dado cuenta de lo indiscreta que estoy siendo. —Se disculpó Rose.

—No te preocupes, Rose. Es que me pareces una mujer muy valiente, y me avergüenza reconocer mi cobardía delante de gente como tú.

—No, Syd, no digas eso.

—Huyo de todo. Me fui a México para huir de Vietnam, abandoné mis sueños de libertad para buscar un trabajo...

—Yo diría que eso no es abandonar un sueño, es madurar.

—Pues yo creo que ambas cosas son lo mismo.

Syd echó otro trago largo, hasta acabar la cerveza. Hizo un gesto a la camarera para que le trajera otra, y miró a Rose.

—Hay algo que no le he contado nunca a nadie, y estoy aquí buscando una explicación a por qué coño tengo tantas ganas de contártelo a ti.

Rose no supo qué decir.

—Cuando mis padres murieron me dejaron un apartamento en Des Moines y su casa en Panora, así que volví a Iowa para encargarme de todo y poner la casa a la venta. Pero estando allí conocí a mi ex-mujer, Samantha, y nos enamoramos. Nos casamos, nos quedamos a vivir en Panora, y tuvimos un crío, Ringo.

—¿Llamasteis Ringo a vuestro hijo?

—Richard, pero le llamamos Ringo.

—Perdona, tenía que preguntar.

—Ringo tenía casi tres años y no hablaba. Era una situación muy confusa y dolorosa para nosotros. Lo llevábamos a especialistas, a psicólogos, a otorrinos... pero nada. Todos decían que no había razón para que no hablara, que acabaría haciéndolo. Pero esas situaciones son difíciles, en casa había una tensión constante, y yo cada vez me sentía más atrapado en una jaula, ¿sabes? ¡Dios, me resulta horrible tan sólo intentar justificarlo!

—¿Qué hiciste?

—Yo estaba trabajando en una fábrica en Des Moines. Echaba muchas horas pero no pagaban mal. Todas las noches tomaba la interestatal 80 hasta la salida a Stuart, y esa carretera me llevaba directo a Panora. No era la ruta más corta, pero me gustaba más conducir por las autopistas que por las carreteras secundarias. Una noche salí de la fábrica y me dispuse a volver a casa, como siempre, pero cuando llegué a la salida 93 una idea me asaltó de pronto: pensé que si seguía recto el tiempo suficiente, esa misma autopista me llevaría directo a California. Supongo que ese pensamiento debía haber estado siempre en mi cabeza, pero nunca se había materializado de forma tan clara como aquella noche. Era sencillo: sólo tenía que agarrar fuertemente el volante y seguir adelante sin mirar atrás. Así que no tomé mi salida, sino que seguí adelante. Y seguí, y seguí, y seguí. Conducía sin pensar en nada. Recuerdo la oscuridad y lo cortas que me parecían las luces de mis faros. Quería que alumbrasen miles de kilómetros, que iluminasen el camino que tenía ante mí hasta California, pero apenas llegaban a unos cuantos metros, y más allá todo era oscuridad. Así seguí una hora y pico. Había llegado casi a Nebraska y me detuve en un área de descanso en Underwood. Allí me dí cuenta de que lo que estaba haciendo era una locura. Estuve allí parado no sé cuánto tiempo, como un pasmarote, sin saber qué hacer. Finalmente retrocedí y fui a casa.

—Menos mal, hubiera sido un error.

—Llegué cinco horas más tarde de lo normal. Samantha estaba como loca, preocupada y me preguntó qué había pasado, y fui incapaz de darle una explicación. Le dije que, simplemente, necesitaba conducir. Ella me preguntó que si estaba loco, que cómo había podido hacerle algo así.

—Lógico.

—Esa noche volví a casa, pero fue el comienzo del fin. Es como si hubiera retirado la piedra angular sobre la que se asentaba la confianza que Samantha tenía depositada en mí. Un año más tarde nos divorciamos, y regresé a

California.

—¿Y cómo está tu hijo?

—¿Ringo? Es un campeón. Empezó a hablar con cuatro años. Ahora tendrá dieciséis. Tiene algunas dificultades, pero no le va nada mal. Lo último que supe de él es que salía con una chica. Imagínate.

—¿No le ves?

—No.

—¿Hablas con él por teléfono?

—No creo que él quisiera. Hace años que Samantha encontró un padre de verdad para él. Y yo me alegro, de corazón.

Rose se había quedado en silencio. Bebía su tercera cerveza, en silencio.

—¿Te arrepientes de estar cenando con un tipo como yo?

—No, no me arrepiento, porque por la forma en que lo cuentas creo que has cambiado. Pero desde luego no es para estar orgulloso. —Se quedó un rato callada, como si pensara si era conveniente decir lo que pensaba. —Tengo una teoría.

—Soy todo oídos.

—En este planeta somos miles de millones de personas, y está claro que, de todas ellas, un hijo, y más cuando son pequeños y tienen alguna dificultad, es la que más te necesita. Así que si abandonas a la persona que más te necesita en este planeta, ¿qué dice de tí como ser humano?

—Por desgracia así es. Ese soy yo. Sin embargo tú no has abandonado a Jack ni por un segundo.

—Ni lo abandonaré jamás. No puedo. Es mi hijo.

Syd levantó su cerveza.

—Brindo por tí, Rose Halloway. Y por Jack.

—Y por Ringo. —Añadió Rose.

Chocaron los botellines. El ambiente se había vuelto demasiado solemne, así que Rose intentó aligerarlo un poco.

—Ahora, Syd, por favor...

—¿Qué?

—Cuéntame alguno de esos sueños raros.

—¿Qué?

—Me has dicho que te quedan sueños raros por culpa del ácido.

—¡No! Te vas a reír de mí.

—Te juro que no. —Dijo Rose levantando la mano derecha.

—Bueno, pero como te empieces a reír te enteras. ¿Está claro?

—Clarísimo. —Dijo Rose, arrastrando un poco la “r”.

—Hay uno que se repite bastante. En el sueño soy un gnomo.

—¿Un gnomo? —Dijo Rose haciendo un esfuerzo por no reír.

—Sí, un gnomo. Como un puñetero enano de jardín, ¿vale?

—Vale. Me encanta. Sigue, por favor.

—Pues soy un gnomo, y corro por el bosque, entre las raíces de los árboles. Y otros gnomos corren conmigo. Estamos asustados porque alguien nos persigue.

—¿Quién?

—No lo sé. ¿Nunca has tenido pesadillas en las que algo te persigue y no sabes lo que es?

—Sí, claro.

—Pues eso mismo. Y corremos, corremos, hasta que la raíz de uno de los árboles se convierte en un pulpo y me ataca.

Rose no aguantó más la risa. Syd la regañó con gesto serio.

—¡Se acabó! Ya no te cuento nada más.

Rose tardó un rato en conseguir calmarse. Había logrado relajar el ambiente y se encontraba muy a gusto. Era obvio que Syd no era un hombre admirable. Había tomado muchas malas decisiones en su vida, pero había algo en él que le inspiraba ternura, y no sólo porque las cervezas se le estuvieran subiendo a la cabeza.

Tras la cena regresaron en la camioneta. Conducía Syd que, pese a que había bebido tanto como Rose, parecía sobrio. Por suerte el camino era corto y raramente había visto policía por allí. Cuando estaba llegando a su casa la tormenta ya había llegado hasta Dos Pinos y descargaba con fuerza sobre la camioneta. Entraron rápido en la casa, empapados.

—Rose, no puedo dejar que te vayas conduciendo. Has bebido y con este tiempo te vas a estrellar. Creo que lo más sensato es que duermas aquí. Voy a despejar la cama.

—Oye Syd, me gustas, pero ¿no crees que vas muy rápido? —Dijo el alcohol a través de Rose.

—Rose, por favor, podría ser tu padre.

—¿Qué dices? Si no me sacas ni quince años.

—Pues créeme, podría serlo.

—¡Joder con el pies planos! —Dijo Rose, que tropezó y cayó sobre el

colchón.

—La cama es para tí, Rose. yo dormiré aquí fuera. Te dejo una camiseta por si prefieres no dormir con esa ropa.

—¡Quince años! Me encantan los hombres con experiencia. —Dijo Rose sin levantarse del colchón, con los ojos cerrados y medio dormida.

—Ya te he decepcionado bastante esta noche contándote mi historia, Rose. Prefiero no decepcionarte una vez más.

Pero Rose roncaba. Syd tomó una fina manta y se la echó por encima. Se quedó mirándola un rato y sintió una gran ternura por aquella mujer con la que había compartido una de las mejores noches de los últimos años.

Desvelado, encendió una lámpara de mesa y echó un vistazo al otro libro que Rose había tirado sobre el sofá al entrar en la casa. Era el libro escrito por el doctor Robert Hugh, el hombre de West Point que había investigado las ramificaciones de la Orden del Templo de Oriente y que se había suicidado, aparentemente, al no poder recordar a su hijo desaparecido. Se echó en el sofá y empezó a hojear el libro. El amanecer le encontró dormido con el libro abierto sobre el pecho.

* * * * *

Rose se despertó con un ruido de cacharros metálicos y un olor agradable a maíz. Descubrió con desagrado que se había dormido con la misma ropa que llevaba el día anterior, y que tenía un dolor de cabeza espantoso. Esperó no haber hecho nada de lo que pudiera arrepentirse. Se dirigió hacia el origen del ruido para encontrarse a Syd con un delantal, trajinando en la cocina con una sartén.

—¡Buenos días, Rose! Espero que tengas hambre. Siéntate.

Rose se sentó en la pequeña mesa de la cocina. Syd sirvió a cada uno un par de tortitas y un vaso de café, y se sentó frente a ella. Se había afeitado y llevaba una camisa limpia.

—Digo que espero que tengas hambre porque es la primera vez que hago tortitas en años, así que dudo que estén muy buenas. El café es de primera, eso sí. ¡Ah, y toma ésto para después! —Dijo, dejándole una aspirina junto al plato. —Te irá bien para la resaca.

—Gracias Syd. —Dijo Rose, que probó un trozo de tortita. Estaba insípida, pero aún así sonrió a Syd como muestra de agradecimiento. —Oye, ayer no... ¿hicimos....?

—No, Rose. Por supuesto que no. Bebiste de más y te dejé la habitación para que durmieras porque no era buena idea volver en tu estado y menos con la tormenta.

—¡La tormenta! ¡Es verdad! ¿Qué hora es? ¡Tengo que estar en casa cuando vuelva Vinnie!

—No es tarde, Rose. No son ni las diez. De todos modos, en cuanto desayunemos nos vamos para Copper Meadows.

—Perdona, ¿has dicho “nos vamos”?

—¿Recuerdas lo que me dijiste ayer?

—Lo siento, tendrás que ser más específico.

—Me hablaste del ser humano que más te necesita de los miles de millones que hay, y que cómo te comportas con él te define.

—Sí, lo recuerdo. —Rose estaba avergonzada. —Lo siento, Syd. No tenía ningún derecho a opinar sobre tu vida. Yo...

—No, Rose. Tenías toda la razón. Mi hijo me necesitaba más que nadie y yo le dí la espalda. Eso ya no puedo cambiarlo. Pero Ringo ya no me necesita. Tiene a su madre, a su padrastro y ha sabido salir adelante. Ahora las dos personas que más me necesitan en este planeta son George y Jack. Y he decidido que a ellos no les voy a dar la espalda.

—¡Gracias, Syd! —Dijo Rose, que se levantó espontáneamente y le abrazó. —¡Gracias, gracias, gracias, gracias!

—Vale, vale. —Dijo Syd, separándola.

Se quedaron mirándose cara a cara, más cerca de lo que habían estado la noche anterior. Syd sintió el impulso de besarla, pero no lo hizo. En su lugar la invitó a sentarse de nuevo y le dijo.

—Venga, terminemos ésto y vayámonos. Si no te importa prefiero que vayamos en tu coche.

—¿No prefieres ir en el alambique veloz? —Respondió Rose.

—Ya veo que lo de ser borde no era cosa del alcohol.

—No, eso viene de serie.

Syd le sonrió.

—Anoche dormí muy poco. Estuve releendo el libro del difunto Robert Hugh y me ha dado una idea. Sé por dónde empezar a buscar a los chicos. ¡Date prisa! Te lo cuento en el coche.

9 —Concurso de dibujo

Syd dejó caer un libro sobre el centro de la mesa. Joe King, Leah y Keith Crawford, sentados alrededor, lo miraron. Se titulaba “Aleister Crowley y los cultos tifónicos”, escrito por Robert Hugh. Miraron de nuevo a Syd Cramer esperando una aclaración.

—¿Y bien? —Dijo King.

—Explícales tu idea, Syd. —Dijo Rose, de pie junto a él.

King, Leah y Keith miraron a la pareja con curiosidad. El tono con el que Rose había dicho aquello, junto con algunos gestos y comentarios entre ella y Syd, revelaba una complicidad que les sorprendió. No sabían qué, pero era evidente que algo había pasado entre ellos. Sólo King, que conocía de sobra la reputación de Syd, imaginó que la razón para aquello era la más antigua del mundo.

Rose y Syd se sentaron. Había sido Rose la que había convocado a los otros tres a una reunión, esta vez en San Andreas, en casa de los Halloway, para explicarles la idea que Syd había tenido. Mientras ellos hablaban, Carrie jugaba a videojuegos con Vinnie. Los chicos habían hecho buenas migas.

—Bien. El otro día estuve releendo el libro de Hugh.

—¿Este es el mismo del que nos enseñaste fotos, Joe? —Preguntó Leah.

—Efectivamente, el mismo.

—Sí. —Añadió Syd. —Publicó este libro en el año 63, un año después de la muerte de Karl Germer.

—Lo siento, de ese no me acuerdo. —Dijo Keith.

—Tienes razón, Keith. Se me olvida que son muchos nombres distintos. Karl Germer fue el sucesor de Crowley al frente de la orden tras su muerte. Pasó los últimos años de su vida aquí cerca, en West Point. Hugh, el autor del libro, vivía también en West Point, de ahí que surgiera una cierta amistad entre los dos. Hugh visitó varias veces a Germer, y éste le dejó consultar documentación privada para su libro.

—Parte de la cual fue robada años más tarde, ¿verdad? —Intervino Rose.

—Correcto. —Dijo Syd, lanzándole una sonrisa de aprobación. —Tras la muerte de Germer y la publicación del libro.

—Vale, creo que por fin te sigo. —Dijo Keith.

—Estupendo. El libro de Hugh trata del culto a Tifón, que es un nombre

dado a la idea de una diosa femenina desde la antigüedad y, especialmente, en los ritos mágicos de Crowley y la Orden del Templo de Oriente. Ahí es donde viene la parte útil para nosotros, porque desarrolla una teoría casi científica sobre el origen de Tifón y otros personajes mitológicos y la enlaza con los ritos de la orden.

Leah había tomado el libro y lo hojeaba interesada, tratando de encontrar los capítulos a los que se refería Cramer.

—Por decirlo en pocas palabras, Hugh cree que la conciencia es un continuo, como una gran banda de frecuencias, de la cual nosotros sólo percibimos una región limitada y estrecha. Estamos limitados por nuestros sentidos. Sin embargo, que no podamos percibir nada más allá de ese rango no significa que no haya nada.

—Suen a típica chorrada de adivino de la tele. —Dijo Keith. —No te ofendas, Joe.

—No me había ofendido... hasta que me has dicho que no me ofendiera. —Dijo Joe, sonriendo para dejar claro que no estaba molesto.

—En realidad la idea en sí es de sentido común, Keith. Imagina que todo el mundo fuera ciego. Es obvio que la información que obtendríamos de nuestros sentidos sería mucho más incompleta que la que obtenemos ahora, ¿no? Ahora imagina que realmente todos estamos “ciegos” de algún otro sentido que no conocemos.

—Vale, entiendo la idea. Pero gracias a la ciencia podemos saber mucho más de lo que nos rodea que lo que nos dicen nuestros sentidos. Me sigue sonando a literatura fantástica.

—Yo no digo que crea en ello, sólo lo estoy explicando para que podáis entender el por qué de mi idea.

—Deja que siga, Keith. —Dijo Leah.

—Perdona, continúa.

—No hay problema. Lo que Hugh plantea es la posibilidad de que existan entidades en las franjas de conciencia que nosotros no percibimos. Serían invisibles para nosotros y sólo podríamos percibir las cuando entrasen dentro de la franja que captan nuestros sentidos. Así, muchas deidades podrían ser seres reales que habitan más allá de nuestro “espectro visible”, por decirlo de algún modo. En realidad muchos otros autores han expresado ideas parecidas para tratar de explicar mitos como fantasmas o apariciones.

—Sí, hemos tratado ideas similares en el programa alguna vez. —Dijo

Joe.

—Ahora os tengo que hablar de un personaje más en esta historia: Kenneth Grant. Era otro miembro del círculo íntimo de Crowley y cuando éste murió trató de erigirse como cabeza de la orden. Reformó el sistema de grados de la orden, los ritos y hasta el nombre, llamándola “orden de Isis”. Su objetivo era contactar con inteligencias extraterrestres, llegando a afirmar que había descubierto un nuevo planeta relacionado con la diosa Nuit del libro de la Ley de Crowley.

—¡Vaya follón! —Dijo Leah.

—¡Y cuánto chalado! —Añadió Keith.

—No diré que no, pero la idea de Grant tenía su razón de ser. En 1918 Crowley realizó una serie de intentos de contactar con seres de otras dimensiones. Más tarde afirmó haber entrado en contacto con un ser llamado Lam. Dejad que os enseñe el dibujo.

Syd rebuscó entre las páginas del libro de Hugh. Cuando encontró el dibujo se lo mostró a los demás. En él se veía un ser antropomorfo con una cabeza enorme y alargada, con grandes ojos rasgados y piel gris. Parecía llevar una capa.

—¡Joder, es como un alien! —Dijo Rose.

—Sí, pero este dibujo se hizo en 1918, treinta años antes de que se empezara a hablar de platillos volantes.

Syd miró a Keith. Sabía que si estaba en silencio era buena señal. Aquello le había sorprendido.

—¿Qué es Zazuruk? —Preguntó Leah.

Syd, sin entender, miró una palabra manuscrita que Leah le señalaba en la página contigua al dibujo. Syd reconoció su letra, pero fue incapaz de recordar qué era aquello.

—No sé, Leah. Quizás alguna palabra usada en alguna de las invocaciones. Debí escribir eso a finales de los sesenta. ¡A saber qué es!

Dedicó unos segundos más a tratar de recordar qué podía significar esa palabra, pero fue en vano. Encogiéndose de hombros, siguió explicando su idea.

—La imagen de ese ser es usada en los ritos de Grant como una “puerta”, como una especie de mandala. Una imagen en la que te puedes concentrar para meditar y contactar con entidades como ella. Hugh explica el proceso bastante por encima, pero sí deja claro que hay varios elementos básicos. Primero, la

imagen de Lam; segundo, un círculo mágico, que es un elemento común en cualquier rito que se precie; tercero, una congregación, porque es necesario que haya una comunidad, aunque sea pequeña, para que la entidad sea llamada con más intensidad; cuarto, el momento apropiado, casi siempre relacionado con las fases lunares; y quinto, el lugar apropiado, ya que hay lugares de poder donde las entidades tienden a manifestarse con más frecuencia.

—Todo un poco vago. —Dijo King.

—Lógico. No podía revelar en un libro el secreto de los ritos de la orden. Germer no lo hubiera permitido.

—Syd, perdona si parezco impaciente, pero ¿cómo puede ayudarnos ésto a encontrar a George? —Dijo Keith.

—Y a Jack. —Añadió Leah, lanzándole una mirada recriminatoria a Keith.

—George tenía un póster de Crowley en el cuarto, ¿verdad?

—Sí, eso recuerdo.

—No sé si alguien pudo llevarse a Jack, que era menor, o eso parece, pero George tendría unos quince o dieciséis como mínimo cuando desapareció, y me extraña que si la orden estuviera detrás de las desapariciones hubieran raptado a un chico casi adulto pudiendo hacerlo con un crío. Yo creo que George formaba parte o, al menos, conocía a gente que formaba parte de una orden que llevaba a cabo ritos similares.

—Pues podría ser, pero no puedo rebatir ni apoyar esa idea. Por desgracia todo lo que recuerdo de él son jirones. —Dijo Leah.

—Decidme, si George estuviera con vosotros, ¿a qué instituto hubiera ido? ¿Lo sabéis?

—Sí, claro. Al Calaveras High School. Todos los chicos van allí.

—Perfecto. Pues aunque ya nadie se acuerde de él, George debió estudiar allí, y estoy seguro de que compartía su afición por Crowley con algún amigo. O bien algún amigo que le metiera en aquel mundillo, o alguno con el que entrara a la vez. Y, si las edades son correctas, ese amigo debe estar allí aún. Propongo que le encontremos y que hagamos que nos cuente lo que sepa de la orden.

—¿Pero cómo piensas hacer eso? ¿Vas a entrar en todas las clases y a decir “Por favor, que levanten la mano los alumnos que sean adoradores de Satán”? —Dijo Keith.

—Claro que no. Para empezar no son adoradores de Satán. Ni siquiera creo que sepan nada de Tifón o de las divinidades egipcias de las que habla

Crowley. Si tú necesitas crear una congregación y quieres ganar adeptos entre un grupo de chavales de un instituto, ¿cómo les seducirías?

—No sé, ¿con drogas? ¿Chicas? —Dijo Keith.

—¿Pero tú qué dices? —Le preguntó Leah, molesta.

—Conmigo hubiera funcionado. —Dijo Keith.

—Yo les aseguraría que pueden contactar con extraterrestres. —Dijo Syd mostrando de nuevo el dibujo de Lam. —Estos chicos han crecido con E.T., con Star Wars, Alf y con cientos de pelis y series sobre extraterrestres.

—Y suponiendo que fuera así, es obvio que les habrán obligado a mantener el secreto. ¿Cómo sabremos quién está metido en el ajo? —Preguntó Joe.

—Les propondremos una actividad: que dibujen un extraterrestre. El que quieran y como quieran. La mayoría dibujarán alguno que hayan visto en una película, y el resto dibujarán un hombrecillo verde... menos unos pocos.

—¿Que dibujarán uno gris! —Dijo Rose.

—¡Exacto! ¡Con esos será con los que tendremos que hablar!

—Es un plan un poco loco, la verdad. —Dijo King.- Además, ¿cómo conseguiremos que hagan eso en el colegio?

—Bueno, el jefe de estudios, Max, fue compañero mío de estudios toda la vida. De hecho es uno de mis mejores amigos. —Dijo Keith. —Si se lo pido creo que no habrá problema, aunque necesitaremos una buena excusa.

—¿Por qué no lo pides tú, Joe? Podría ser algo así como un estudio para tu programa. —Dijo Rose.

—¡Sí! —Añadió Syd, entusiasmado. —Como un estudio de cómo ha calado el fenómeno OVNI en la cultura de los adolescentes, o lo que sea.

—Supongo que podría colar. —Dijo King.

—Incluso podríamos dar premios a los mejores dibujos. —Razonó Leah. —Al entregarlo podríamos aprovechar para hablar con el alumno que creamos que sabe algo.

—Pues no es mala idea. —Dijo Syd.

—De acuerdo entonces. Luego llamaré a Max y concertaré una reunión con él y con Joe. Esperemos que no haya problemas.

* * * * *

Por suerte Max, el amigo de Keith, conocía el programa de King y estuvo encantado de poder colaborar. Se mostró encantado de conocerle y durante

toda la conversación intercaló preguntas sobre algunos enigmas sobre los que había leído o casos de los que King había hablado en el programa. Joe le explicó la idea, y disimuló el objetivo real diciendo que se trataba de un estudio sociológico sobre la asimilación de la iconografía alienígena popularizada por la cultura pop dentro del imaginario colectivo de los jóvenes. Repetía un discurso que había preparado con Syd. Keith escuchaba en silencio, sorprendido de que a un hombre que se dedicaba a la televisión se le diera tan mal mentir. King estaba nervioso y se acariciaba la barba sin parar mientras exponía el motivo de la propuesta. Pese a ello a Max le pareció una buena idea y accedió a llevarla a cabo, pero siempre que fuera algo voluntario y que no se realizara durante las clases. Keith y Joe, alarmados, pensaron lo mismo: así no habría forma de saber si, de haber algún alumno al tanto de los ritos de la orden, éste había participado en el concurso. Pero no había ninguna opción mejor. Sólo cabía pensar en alguna forma de que participar fuera atractivo.

—Por cierto, ¿cuál será el premio? —Preguntó Max, de pronto.

—¡Una videoconsola! —Dijo Keith, ante la mirada de asombro de Joe. — Una Sega Genesis con tres juegos a elegir.

—¡Caray! —Dijo Max. —Desde luego, vais a lograr que muchos chicos participen.

—¿A que sí? —Dijo King mientras lanzaba una mirada asesina a Keith.

* * * * *

—Lo siento, pero se me ocurrió en el momento y lo dije sin pensar. — Explicó Keith al resto cuando les estaban contando el resultado de la reunión.

—Sí, eso es bastante habitual. —Dijo Leah.

—Pues yo creo que diste en el clavo. —Dijo Rose. —Nos va a tocar rascarnos el bolsillo, pero tenemos que intentar que participe el mayor número de chicos. Os recuerdo que puede ser la manera de llegar hasta nuestros hijos.

—Hablaré con el canal, a ver si logro que se hagan cargo del premio o, al menos, de una parte. Al fin y al cabo también es publicidad para ellos.

—Bueno, centrémonos en lo importante. —Dijo Syd. —El próximo lunes a la hora del recreo todos los chicos de quince a dieciocho que deseen participarán en el concurso. Con suerte el mismo lunes tendremos la primera pista importante que nos lleve hasta Jack y George.

* * * * *

El día antes del concurso de dibujo, Joe y Syd compartían unos botellines de cerveza en un bar a las afueras de Copper Meadows, cerca del motel donde Syd se alojaba. A Joe no se le escapó que Syd hubiera decidido alojarse en el pueblo de Rose, y no en el de los Crawford. Pese al largo espacio de años en que habían estado separados, Syd conocía a su amigo lo suficiente para saber qué le rondaba por la cabeza.

—Me gusta Rose, Joe. Pero no estamos liados ni nada parecido.

—No me tienes que dar explicaciones. —Dijo King, tratando de excusarse, aunque en realidad sentía curiosidad por conocer los sentimientos de Syd.

—Lo sé. Te las doy porque quiero. Y porque decirlo en voz alta también me ayuda a creérmelas. Rose es divertida, y dura, y valiente. Y no se rinde. No ha tenido mucha suerte con los tíos, ni con la vida en general, y sin embargo es capaz de transmitir optimismo a cualquiera.

—Yo diría que ella también ve algo en tí.

—Sí, lo sé. Y habitualmente a estas alturas ya me la habría llevado a la cama, y seguramente me habría largado. Pero con ella no me apetece eso.

—¿No te apetece llevarla a la cama?

—Sí, pero me temo que si lo hago luego me tendré que ir. Y no me apetece dejarla.

—Puede que yo sea un viejo iluso, pero existe la posibilidad de demostrarle lo que sientes sin necesidad de salir por piernas después. De hecho es bastante común. Creo que se llama relación adulta.

—No lo había oído nunca. La gente hace cosas muy raras. —Dijo Syd guiñando un ojo. —Cuando esté preparado, amigo.

Guardaron silencio unos instantes. En la lejanía se veía el verdor del parque Big Trees.

—Me encanta este lugar. —Dijo Syd. —Cuando el viento sopla del este puedes oler la vegetación, ¿sabes? A veces creo que se puede escuchar hasta el rumor de las ramas de las secuoyas. Hay algo mágico aquí.

—¿Sabes de dónde viene el nombre de Calaveras de este condado? —Le preguntó King.

Syd negó con la cabeza.

—Cuando los exploradores españoles llegaron a este lugar acamparon en el lecho de un río. Al amanecer descubrieron que habían acampado entre un montón de cráneos humanos, y llamaron Calaveras al río, en español.

—¿De quién eran los cráneos?

—Indios miwok. Muertos por una epidemia, o asesinados. No se sabe con seguridad. Aún quedan reservas de indios miwok por esta zona, pero hace menos de dos siglos todavía eran dueños de esta tierra. Hacían sus danzas y sus rituales en honor a la naturaleza en los bosques sin que el hombre blanco supiera siquiera de su existencia.

—Parece que vamos de ritual en ritual.

—Sí, así es. Como dices, hay mucha magia en este lugar. Seguramente siempre ha sido así. Supongo que por eso la orden de Crowley ha dado tantas muestras de actividad en este lugar.

—¿Crees que funcionará? Lo del concurso. —Preguntó Syd.

—Puede funcionar.

—Debe funcionar. —Dijo Syd antes de apurar la cerveza de un trago. — Ella se lo merece.

* * * * *

El concurso fue un éxito. Participaron la mayoría de alumnos del instituto entre quince y dieciocho años, y aquella misma tarde Leah, Keith, Rose, Syd y Joe se dedicaron a examinar una pila de más de un centenar de dibujos de extraterrestres.

—Espero que si encontramos a nuestro alien gris al menos esté bien dibujado. A ver si no cómo justificamos que se lleve la consola. —Dijo Keith.

—Ya he perdido la cuenta de E.T. que he visto. —Dijo Rose con un fajo de dibujos ante ella.

—Sí, la mayoría está entre eso y hombrecillos verdes. —Dijo Leah, con otro fajo.

—¡Tiene que ser una broma! —Dijo Joe, de pronto. —¡Echad un vistazo!

Todos miraron el dibujo que les mostraba, y se les dibujó una sonrisa en la cara.

—Está claro que tenemos un ganador, ¿no? —Dijo Syd, y echó un vistazo a los datos del autor por la parte de atrás. —Carl Miller, dieciocho años.

En el dibujo de Carl se veía un personaje gris, de enorme cabeza y pequeños ojos rasgados, vestido con una capa.

—Organicemos cuando antes la entrega del premio. En el próximo programa hablaré del concurso y anunciaré que él es el ganador. Le podemos entregar el premio en el mismo instituto, pero tenemos que lograr que al

recogerlo venga solo, o que al menos podamos hablar con él a solas para preguntarle por el origen del dibujo. —Dijo Joe. —Ojalá no sea una pista falsa.

—No lo creo, Joe. Ésto apesta a éxito. —Dijo Syd.

* * * * *

En el siguiente programa de “La puerta del misterio” Syd, entre los dos reportajes que había preparado, que en realidad eran reportajes antiguos recuperados del archivo porque aquella semana había estado ocupado con todo aquel asunto, habló del concurso de dibujo, explicó las conclusiones que se podían extraer de los dibujos presentados con unas cuantas frases huecas y anunció que el ganador era Carl Miller, y que esa semana le entregarían el premio en el mismo instituto. Se aseguró de agradecer al centro su colaboración con el estudio, así como de nombrar a Max, quien supuso que estaría encantado con que se le mencionara en el programa.

Esa misma semana concertaron con Carl Miller y con Max el día en que irían a hacer la entrega del premio. Joe pretendía que fuera un acto sencillo y discreto, con una foto para darle credibilidad y poco más. Pero se encontró entregando el premio en un salón de actos plagado de chavales amigos de Carl o simplemente atraídos por el premio, y se sintió muy incómodo. Deseaba acabar pronto con aquella pantomima que parecía estar haciéndose demasiado grande. Por suerte los padres del chico no habían ido a presenciar el acto. Es probable que el propio Carl les hubiera pedido que no lo hicieran para evitar pasar vergüenza. Estaba en la edad en que los chicos intentan demostrar que ya son independientes. Fuera ese el motivo o no, aquello les venía de perlas.

Carl era un muchacho alto y desgarbado, con una barba rala y pelo largo, que se mostró encantado de recibir el premio. Se hicieron varias fotos con Joe, Max, Carl y algunos miembros de la dirección del instituto, y mientras Keith entretenía a Max, Joe logró unos momentos a solas con Carl Miller.

—Carl, una pregunta. Tu representación del alien es muy original. ¿Te la has inventado tú?

—En realidad no. Se supone que los extraterrestres son cabezones, ¿no?

—¿Y grises?

El chico se encogió de hombros.

—¿Y por qué lo dibujaste con capa?

Joe no obtenía respuestas y miraba a Max, que parecía que iba a zafarse de

Keith para ir hacia ellos.

—¿Habías visto algún alien dibujado así antes? Haz memoria.

El chico pensó un rato. Joe cayó en la cuenta de que quizás tenía un motivo para no responder.

—Te aseguro que no te quitaremos el premio, Carl.

—Está bien. Hará un par de años, pasando el verano con mis primos, uno de ellos me invitó a ir a unas reuniones que hacía gente que decía que iba a contactar con extraterrestres.

A Joe se le aceleró el pulso. Hizo un gesto a Keith para que aguantara a Max sólo unos segundos más.

—¿Y viste un extraterrestre como el del dibujo?

—¡Qué va! —Carl le miró como si acabara de decir un enorme disparate. —Allí vi un extraterrestre como ese, pero en un dibujo enorme, como un cuadro. Había algo misterioso en el personaje, con la capa y eso, que me gustaba. Por eso lo recuerdo.

—¿Recuerdas dónde se reunían?

—En el mismo pueblo de mis primos, en Copper Meadows.

—¿Copper Meadows? —Joe no lo podía creer. —¿Recuerdas quién organizaba las reuniones?

—No tengo ni idea. Yo fui un par de veces con mi primo, pero aquella gente me parecía muy rara, y además era todo bastante aburrido, y no volví.

—¿Recuerdas al menos dónde fuiste?

—A una casa del pueblo.

—¿Pero te acuerdas de la dirección?

—No recuerdo cómo llegar, pero sí recuerdo que era una casa bastante impresionante, parecía un castillo.

—¿Un castillo?

—Sí, con una torre y todo. ¡Ah! Y la fachada estaba pintada de azul.

10 —El rito del bosque

(San Andreas. Noche de Halloween, 1990)

Un claxon sonó repetidamente desde la calle. George Crawford, inquieto, le dio un beso a su madre.

—Mamá, me voy ya. Carl está esperando.

—No me hace ninguna gracia que te vayas en coche, George. —Dijo Leah.

—Conduce su primo, mamá. Hawk. Le conociste el otro día.

—No le conocí. Le saludé en la puerta cuando los dos vinieron a recogerte. —Dijo Leah. —No sé cómo conduce. ¿Y qué clase de nombre es Hawk?

—Estaremos bien, mamá. Te lo prometo.

—¿Y qué hay en Copper Meadows? ¿Qué clase de fiesta puede haber en un lugar así?

—Es sólo media hora de camino —Dijo George, sabiendo que era algo más. —Carl ha estado algún año y dicen que es divertido.

—Nada de alcohol. —Dijo Keith, apareciendo en el recibidor, hablando con una voz que parecía escribir en tablas de piedra.

—Os lo prometo. Nada de alcohol.

—Y llama en cuanto llegues. —Suplicó Leah.

—En cuanto encuentre un teléfono, mamá. ¿Me puedo ir?

El claxon sonó de nuevo.

—Sí, vete antes de que nos arrepintamos.

George cogió su sombrero de cucurucho y salió corriendo en dirección al coche.

—Esto no es buena idea. —Dijo Leah, apoyando la cabeza en el hombro de Keith. —¿Verdad?

—Se hace mayor, Leah. Son casi diecisiete años. Creo que tenemos que dejarle un poco de margen. —Dijo Keith. —No quiero ser uno de esos padres sobreprotectores y retrógrados que no le dejen aprender de sus errores.

—Sí, yo tampoco. —Dijo Leah. —Pero como se meta en líos esta noche le mato.

George saludó con la mano desde el coche, que se puso en marcha y se perdió girando al final de la calle.

—¿De qué se supone que va disfrazado?

—De mago, creo. Como Merlín o algo así.

* * * * *

En la radio del coche sonaba Aerosmith a todo volumen mientras se deslizaban hacia el Este, en dirección a Copper Meadows. Fuera del coche apenas se veían luces eléctricas por la carretera y a George le sobrecogió la luna llena que iluminaba el cielo y los árboles con una luz pálida casi sobrenatural. Todos llevaban tiempo esperando aquella noche, pero no podía evitar sentir dudas y algo de miedo.

—¿Creéis que va a funcionar? —Preguntó Carl, que había estado muy callado todo el viaje.

—¡Claro! ¡Va a ser flipante! —Dijo Hawk, que aulló un par de veces.

—¿No tienes ganas de ver a un extraterrestre? —Dijo George.

—Yo tengo un montón de preguntas para él. —Añadió Hawk.

—Sí, claro que me gustaría. Es sólo que... no sé si fiarnos. Eso es todo. —Dijo Carl.

—¿Fiarnos? ¿De quién? ¿De Z? —Le preguntó George.

—Pues sí. En las reuniones habla y habla, pero aparte de un dibujo, ¿cómo sabemos que lo que dice es cierto?

—¿Ahora sales con eso? Mira que has tenido tiempo, pero te tienes que esperar a la noche en que se ha programado el contacto para salir con tus rollos.

—¡Os lo he dicho muchas veces! —Se defendió Carl. —Yo ni siquiera hubiera vuelto a la Casa Azul después de la primera reunión. Pensaba que estaban pirados.

—Pues no haber vuelto. —Le dijo George.

—¡Fuiste tú quien me convenció de que siguiera! Estás muy rallado con todo lo de la orden y el contacto...

—¡Joder, primo! ¡Eres un cagado! —Le gritó Hawk.

—Vale, calma. —Dijo George, tratando de actuar diplomáticamente. — Carl, te juro por lo que quieras que si esta noche no ocurre nada no volveremos más. Pero probemos. Si no funciona no perdemos nada. Pero si funciona va a ser lo más alucinante que nadie que conozcamos haya hecho nunca. ¡Venga, tío!

George sabía que le había convencido. Siempre lograba convencerle. Llegaron a Copper Meadows y recorrieron la calle principal, poblada de

chicos disfrazados de todo tipo de monstruos y fantasmas. De pronto, Hawk detuvo el coche e hizo sonar el claxon:

—¡Hey! ¡Joe! —Gritó, tras bajar la ventanilla.

Tres chicos vestidos de magos se acercaron al coche, sonriendo.

—¡Qué pasa, tíos! ¡Pensaba que no veníais! —Dijo Joe, chocando la mano de Hawk. —¿Qué hay, Des?

—¿Cómo nos lo íbamos a perder? Estaba recogiendo a mi primo. ¿Cómo es que no estáis en la Casa Azul aún?

—Z nos ha mandado a buscar a un chico.

—¿A quién?

—A ninguno en concreto. Tiene que ser de diez u once años, con pinta de buen chico. Dice que cuanto más inocente sea más fácil le será abrir la puerta correcta.

—¿Y eso qué significa? —Preguntó Carl.

—¡Yo que sé! Ya sabes cómo habla Z. El caso es que hemos dado con un chico hace un poco. Le hemos dado una chocolatina que Z había preparado y le hemos convencido para que vaya a la Casa Azul a pedir chucherías. De eso hace un rato, de modo que nos vamos para allá.

—Venga, subid. Vamos juntos. —Dijo Hawk.

—No, nos vemos allí. Estamos a dos pasos.

—Como quieras. Ahora nos vemos. —Dijo Hawk poniendo en marcha el coche de nuevo.

Un minuto más tarde aparcaron el coche cerca de la casa y se dirigieron hacia ella. En la puerta había un grupo de dos chicos con un niño y un perro que ladraba insistentemente a la puerta. Al ver a Carl, Hawk y George, uno de ellos se acercó con cara de apuro:

—¡Ayudadnos, por favor! ¡Nuestro amigo ha llamado para pedir caramelos y ha desaparecido! ¡Seguro que lo han raptado!

—Espera, más despacio. —Dijo Hawk, que supuso que eran amigos del chico del que les había hablado Joe.

—Nuestro amigo Jack ha venido a pedir caramelos a esta casa. Le hemos visto entrar en el jardín, pero no ha salido. Estamos llamando a la casa y no abre nadie. ¡Seguro que le han raptado!

—¿Seguro que no ha vuelto a salir sin que le vierais? La calle está un poco oscura.

—¡Que no!

En aquel momento llegaron a la casa Joe, Des y Leo, que reconocieron a los chicos en la puerta y comprendieron lo que estaba sucediendo.

—¡Hey! ¡Hola de nuevo, chicos! ¡Al final os habéis decidido a venir! — Dijo Joe, agachándose a acariciar al perro una vez más. —¡Hola de nuevo, Sultán!

—¡Joe, ayúdanos! ¡Jack ha venido a la casa y no ha salido!

—¡Qué va! —Dijo Joe, riendo. —Nos lo acabamos de cruzar cuando veníamos hacia acá. ¿Verdad, Leo?

Leo asintió.

—No lo entiendo. No le hemos visto salir.

—Miles, seguro que ni os habéis fijado. Él nos ha preguntado si os habíamos visto. Os habréis cruzado sin daros cuenta.

Miles dudaba.

—Si vais en aquella dirección un poco rápido seguro que le pilláis. Estaba preocupado por Vinnie.

—¡Jo! —Dijo Miles, preocupado. —¡Vamos Sam, tenemos que pillarle! ¡Gracias, Joe!

Miles cogió a Vinnie de la mano, y se puso en marcha en la dirección que les había indicado Joe. Sam, que llevaba a Sultán de la correa, empezó a andar, pero se detuvo un instante y se volvió hacia Joe.

—¿Y vosotros qué hacéis por aquí otra vez? —Le preguntó.

—Nos íbamos a casa. Es en aquella dirección. —Dijo Joe indicando el sentido contrario. —Pero os hemos reconocido.

Aceptando aquella respuesta en silencio, Sam se alejó al trote con Sultán detrás de sus dos amigos. Cuando estuvieron lejos Joe resopló.

—¡Buf, menos mal!

—¿Y qué se supone que vamos a hacer cuando venga la policía? Saben nuestros nombres, nuestro aspecto, y dónde está el chico. —Preguntó Carl.

—Z dijo que sólo necesitaremos al chico unas horas, y que luego podrá volver a casa y no recordará nada de lo que haya pasado. Ni él ni nadie. — Dijo Joe.

—¿Pero cómo coño va a hacer eso? —Preguntó Carl, visiblemente nervioso.

—Confía en él. —Dijo Joe. —Después de todo es mago, ¿no?

Joe se dirigió a la puerta y llamó. Alguien se acercó al otro lado, pero no abrió. Joe dijo en voz alta:

—Haz tu voluntad, será toda la ley.

La puerta se abrió. Un chico de unos veinte años apareció en el interior de la casa. Echó un vistazo al grupo de chavales de la puerta.

—¿Por qué llegáis tan tarde? Íbamos a irnos ya al templo. ¿Y por qué vais vestidos así? —Dijo, señalando su indumentaria.

—Z dijo que trajéramos ropa apropiada para el ritual. Las fotos que nos enseñó eran así, más o menos.

—¿Capirotos? ¿En serio?

Una voz grave y seca se escuchó tras el hombre de la puerta.

—Está bien, Beta. Se hace tarde. Debemos irnos.

Un hombre delgado y calvo, de unos setenta años, sin piernas y sobre una silla de ruedas eléctrica apareció tras él.

—Ve con ellos y guíales al templo. Los demás iremos en otros tres coches. Nosotros llevaremos al niño. No podemos demorarnos.

* * * * *

Ni George, ni Carl ni Hawk habían estado nunca en el templo. Z había hablado de él en las reuniones, pero nunca lo había descrito ni había explicado dónde estaba. Beta guardaba silencio mientras Hawk conducía en dirección al parque Big Trees y sólo lo rompía para indicarle la dirección cada vez que llegaban a una intersección. El coche se adentró en la oscuridad del bosque, cuyas copas impedían que la luz de la luna llegara al suelo. Los faros creaban sombras que se movían fugaces entre los troncos de los árboles, como si fueran seres vivos que les acecharan desde la espesura. Detuvieron el coche cerca de una cabaña grande que a veces se usaba como refugio, junto a los otros tres vehículos que ya habían llegado. Al bajar del coche el olor a vegetación lo llenó todo. Beta sacó una linterna e iluminó el camino frente a ellos mientras les guiaba lejos del refugio.

—No se oye nada, ¿os habéis dado cuenta? —Dijo Carl. —Estamos en el bosque de noche y no se oye nada.

George se paró a escuchar y se dio cuenta de que Carl tenía razón. Reinaba un silencio antinatural, casi tangible. Aquel lugar escondía secretos a los que tal vez muy pocos hombres habían tenido acceso a lo largo de los siglos. Indios miwok habían bailado en aquellos lugares para honrar a los dioses de la naturaleza, y antes que ellos, ¿quién? ¿Qué pueblos hoy olvidados habrían tenido acceso a un conocimiento superior sobre aquel lugar? ¿Sería verdad,

como decía Z, que había lugares mágicos que podían ser abiertos como puertas en condiciones especiales? Y de ser así, ¿a dónde darían esas puertas?

La oscuridad y el silencio que le rodeaban llenaban la cabeza de George de pensamientos como esos mientras caminaban, hasta que llegaron a un claro enorme con forma de círculo. En el centro, unos metros más adelante, vio el resplandor de unas linternas que se movían. Levantó la cabeza. En el cielo, casi como si se alineara con el centro de aquel claro, reinaba la luna llena, que iluminaba la extensión de terreno cubriéndola con un velo blanco y translúcido.

Llegaron al centro, donde un enorme tocón de varios metros de diámetro se alzaba como un escenario natural. Sobre él Z dibujaba una intrincada figura geométrica con una tiza mientras otros seguidores colocaban cinco velas alrededor del tronco. Una vez que hubo acabado le hizo un gesto a otro de los jóvenes, que recogió un bulto del suelo. Carl se dio cuenta de que era un chico dormido. Lo depositaron con cuidado en el interior del círculo, junto a Z, que empezó a realizar extraños movimientos con los brazos. Tan pronto los abrió en cruz, con las palmas hacia arriba, como se llevaba el dedo índice a los labios como si reclamara silencio, y entre un gesto y otro iba cambiando de posición alrededor del círculo caminando sobre sus manos. Estuvo haciendo aquello unos minutos mientras todos guardaban silencio. Una vez hubo acabado hizo un gesto a todos para que se acercaran y se sentaran alrededor del tocón.

—¿Para qué ha hecho eso? —Susurró George a Beta.

—Es un ritual de destierro. Para eliminar energías negativas. Y guarda silencio. —Respondió.

Uno de los presentes que estaban más cercanos al tronco le tendió a Z un cuadro que George y Carl reconocieron sin problemas, porque lo habían visto en cada una de sus visitas a la Casa Azul. Era el retrato de Lam, o “la puerta”, como Z lo llamaba. Z lo dispuso verticalmente dentro del círculo, sobre un soporte, y se dirigió al chico dormido. Le dio a oler un frasco de fragancia intensa y el chico se despertó y miró alrededor con ojos aún somnolientos. Estaba desconcertado, pero aún demasiado aturdido. Z le sujetó la cara y le miró a los ojos, y empezó a murmurar palabras en voz baja. George no podía oírlas, pero desde luego no hablaba en inglés. Z le dio algo a Jack y le ayudó a metérselo en la boca.

—¿Qué es eso? —Preguntó de nuevo a Beta.

—Es azúcar con ácido. Le ayudará a abrir la puerta. Y deja de hablar de una vez.

George empezó a sentir lástima por aquel muchacho, al que Joe se había referido antes como Jack. Tendría unos once o doce años, y aunque aquel rito no le hiciera daño le estaban dando drogas y le estaban usando sin su consentimiento. Eso era algo que Z nunca había explicado de aquella manera. George había supuesto que el encargado de abrir la puerta lo haría de forma voluntaria, sin más. Ahora, además de pena empezaba a sentir miedo. Ya no estaba seguro de hasta dónde serían capaces de llegar aquellas personas para lograr el objetivo que se habían propuesto, fuese el que fuese. Pero no se atrevía a hacer nada. Miró a Carl, y lamentó no haberle hecho caso cuando le pidió dejar aquellas reuniones. En su cara también se veía claramente que estaba asustado.

Había pasado un rato, y Z, alzando la cara de Jack poniendo su mano bajo su barbilla, dirigió la mirada de éste hacia el cuadro.

—Mira sus ojos.

George miró a Jack. Los ojos de George se habían acostumbrado a la luz de la luna llena, y ahora veía más claramente lo que ocurría. Efectivamente, la mirada de Jack estaba ahora clavada en el cuadro, como si estuviese viendo en él algo que nadie más podía ver.

Z empezó a repetir una especie de invocación, cada vez más alto:

—¡Lam, puerta de entrada al eón de Maat! ¡Yo te evoco! ¡Talam-malat!
¡Talam-malat! ¡Lam, puerta de entrada al eón de Maat! ¡Yo te evoco! ¡Talam-
malat! ¡Talam-malat!

Después de una docena de veces, Z lo gritaba tan fuerte que George pensó que su voz se debía estar escuchando a kilómetros de distancia. Quizás incluso desde su casa, en San Andreas. Se llevó las manos a los oídos, cerró los ojos y deseó con todas sus fuerzas poder estar allí, en casa, lejos de todo aquello. Un codazo le hizo abrir los ojos de nuevo. Miró a Carl, que era quien se lo había dado, y vio que miraba hacia el tronco con una expresión de asombro y miedo. George se giró y lo entendió. En el aire entre el cuadro y Jack se había abierto un agujero. Era como si todo el espacio tridimensional se compactara en ese lugar en un plano que se estuviera desgarrando. De aquella abertura, que crecía por momentos, brotaba un resplandor que iluminó a Z y a Jack, que parecía hipnotizado por aquella luz que estaba hecha de colores que nunca había percibido. Se empezó a escuchar entonces un sonido ululante,

procedente de aquel agujero, que aumentaba constantemente de volumen. Desde donde George estaba parecía que la grieta se hubiera abierto directamente en los ojos del personaje del cuadro. Era sin duda una puerta a algún lugar más allá de los parámetros que una mente humana pudiera comprender. El sonido se había convertido ya en el bramar de una furiosa tormenta, y de la puerta empezó a salir un fuerte viento. Sin darse cuenta, George se puso de pie, se acercó al tocón y miró a través de la abertura. Parecía dar a una enorme extensión neblinosa, en la que se adivinaban estructuras alargadas que podían ser árboles, o edificaciones lejanas, pero era incapaz de saber si lo que miraba estaba boca arriba o boca abajo. Parecía que la perspectiva cambiaba constantemente, pero no de forma abrupta, sino fluida, como si las tres dimensiones a las que su mente había estado siempre atada fueran en ese mundo flexibles y volubles.

Z le decía algo a Jack, quien empezó a caminar hacia aquella puerta interdimensional. No había manera de saber qué le decía, porque el estrépito era ya ensordecedor. George se subió al tocón y gritó a Z.

—¡No le dejes entrar! ¡Es sólo un niño!

Pero Z, sentado en el tocón no miró a George. Su rostro estaba pálido y sudoroso, y permanecía inmóvil, observando a Jack. George sintió una gran decepción. Aquel gran líder estaba aterrorizado. Jack había cruzado ya la abertura. George se adelantó, tapándose los oídos por el ruido y luchando contra el viento.

—¡Es sólo un niño! ¡Hay que sacarle!

Z no hizo nada para impedirle a George acercarse a la abertura. Éste se detuvo en el umbral, asustado. Alrededor de aquella anomalía parecía que el aire se hubiera enrollado sobre sí mismo, formando una especie de marco translúcido. Su cerebro no podía entender la información que sus sentidos le daban, y sintió vértigo. Cerrando los ojos dio un paso más. El ruido cesó. Abrió los ojos de nuevo. Tras él, a través de la abertura, Z le miraba desde la noche de California. A su alrededor se extendía aquella llanura que había visto desde fuera. Unos pasos frente a él, entre aquella bruma de color indefinible, vio la silueta de Jack, aunque parecía que estaba boca abajo. Dio un paso en su dirección pero descubrió que había retrocedido. Lo intentó de nuevo y sintió que su tamaño decrecía. Entendió enseguida que todo lo que había aprendido sobre el movimiento y la perspectiva no servía en aquel lugar. Miró de nuevo hacia la abertura, y se dio cuenta de que estaba menguando.

—¡Jack! ¡Jack! —Gritó.

Jack seguía inmóvil, a unos metros, pero no podía saber si delante o detrás de él. Con gran esfuerzo logró aproximarse al chico. A veces creía que había entendido el secreto del movimiento pero al siguiente paso descubría que no había sido así. Supo que aquello llevaría mucho tiempo, y por el tamaño que estaba adquiriendo la abertura estaba claro que no lo tenían.

—¡Jack! ¡Tenemos que irnos!

Cuando finalmente llegó hasta Jack la abertura había desaparecido. Jack pareció volver en sí. Pestañeó confundido, y miró alrededor. Asustado, pareció darse cuenta del muchacho que tenía al lado. Sin comprender nada, dijo:

—¿Quién eres? ¿Dónde estoy?

—Hola Jack. Me llamo George. Y lo siento, pero no tengo ni idea de dónde estamos.

—¿Y Vinnie?

—Vinnie está en casa, no te preocupes.

—¡Quiero volver a casa! ¡Quiero volver con mi madre! —Dijo entre lágrimas.

—¿Cómo se llama tu madre, Jack? —Dijo George, tratando de tranquilizarle.

—Rose. —Dijo Jack, secándose las lágrimas. —Rose Halloway.

—Bueno, Jack Halloway. Yo me llamo George Crawford. Te voy a contar cómo hemos llegado aquí, y luego buscaremos la forma de volver a casa, ¿vale?

Jack asintió, aún asustado.

—Voy a cuidar de tí, Jack. Te lo juro.

11 —Un cartel junto a la carretera

Esa misma tarde Syd y Rose se propusieron averiguar quién ocupaba la Casa Azul. Joe se ofreció a ir con ellos, pero decidieron que era más sensato que él no se dejara ver, ya que por su programa en la televisión era más probable que le identificaran. Como Rose era vecina del pueblo despertaría menos sospechas.

—¿No sabes quién vive en la casa? —Le preguntó Syd.

—No. Cuando era niña vivía la familia más rica del pueblo. Después estuvo muchos años abandonada. Los niños decían que había fantasmas. Ya sabes, típicas historias de niños. Sé que luego tuvo dueños nuevos, creo que una pareja de ancianos, no estoy segura. La mujer salía de vez en cuando, pero yo no los conocí. Llevaban una vida muy discreta.

—¿Cuándo fue eso?

—Te hablo de hace cuatro o cinco años.

—La historia de Carl es de hace dos. ¿Serán los mismos?

—No sé, Syd. —Rose meneó la cabeza. —Pensar que Jack pueda haber desaparecido aquí mismo me está volviendo loca. ¡A quince minutos de casa!

—No te tortures. No sabemos el papel que juega la gente de la casa en esta historia. Primero debemos averiguar si lo que nos contó Carl es cierto.

—¿Crees que se lo ha inventado?

—No, pero sí puede haber malinterpretado algo ocurrido hace un par de años. Debemos asegurarnos.

Rose echó otro vistazo a Syd. Se había puesto una americana y una corbata azul oscuro y se había afeitado. Parecía otro. Él se revolvía de vez en cuando, incómodo dentro de aquel traje. Cuando se dio cuenta de la mirada de Rose, le dijo:

—¿Parezco formal? Es crucial que se crean mi trola.

—Está usted guapísimo, señor Cramer. —Dijo ella, deteniéndose a enderezarle la corbata. —¿Tienes claro lo que vas a decir?

—El truco es hablar rápido para que no les de mucho tiempo a pensar en ello. Mientras yo los tenga entretenidos tú intenta echar un vistazo dentro, disimuladamente.

—¿Y qué tengo que ver?

—No sé. Mira si algo te llama la atención.

Caminaron los últimos metros que les separaban de la Casa Azul. Quizás fuera porque en ese preciso momento el cielo sobre sus cabezas se encapotó y la luz se volvió grisácea, pero al plantarse frente a la fachada azul y echar un vistazo a la torre Syd sintió un escalofrío.

Al llegar frente a la puerta, Syd miró a Rose.

—¿Lista?

Ella asintió, respiró hondo y llamó al timbre. Escucharon un rumor de pasos que se acercaba a la puerta, y ésta se abrió. En el umbral apareció una mujer de treinta y tantos años, rubia y atractiva, vestida con un chándal.

—¿Sí? —Preguntó.

—Buenas tardes, señora. Yo soy Desmond McKenzie, y ella es Molly Rigby. Trabajamos para el Consorcio del Hogar Colonial de California, y estamos recorriendo todo el estado para hacer un estudio sobre los ejemplos más bellos de arquitectura neocolonial española en California. Permítame decirle, antes de nada, que hemos recorrido casi todos los pueblos de este bello condado de Calaveras y su casa es una de las más espectaculares que hemos visitado. ¿El color azul de la fachada es el original?

Syd había soltado aquella retahíla a una velocidad tal que la mujer, confundida, tardó unos segundos en asimilar todo lo que había escuchado.

—Pues... no lo sé. Cuando compramos la casa ya tenía ese color.

—Entiendo. —Continuó Syd. —No era raro que en las casas coloniales de origen español se usaran colores vivos como el rojo o el azul, pero habitualmente los colores originales se han ido perdiendo, como es natural. El océano está cerca y eso acentúa la corrosión, especialmente en las pinturas usadas en el siglo XIX...

Rose, intentando no sonreír mientras escuchaba la perorata de Syd, echó un vistazo disimuladamente al interior de la casa, aprovechando que la mujer la había abierto algo más. Sólo alcanzó a ver un recibidor bastante grande decorado con estilo moderno, y el pie de una escalera bastante ancha en la que se había instalado un elevador para minusválidos. Syd aún no había acabado su discurso.

—...que creemos sinceramente que deberían contar con una partida especial en el presupuesto anual para preservarlas y mantenerlas en buen estado. Disculpe, no le he preguntado su nombre, señora...

—Taylor. Liz Taylor.

—¡Vaya! ¡Como la actriz! —Dijo Syd.

—Sí, así es.

—Se lo dirán constantemente.

La mujer asintió.

—Entonces, ¿cuánto tiempo llevan en esta casa?

—Nos mudamos hace un año y medio.

Syd y Rose se miraron, tratando de disimular su decepción. Salvo que se hubiera equivocado en las fechas, lo que Carl les había contado había ocurrido antes de aquello. Alguien se acercó a la mujer desde detrás. Vieron a un adolescente en una silla de ruedas eléctrica que se aproximaba a la puerta.

—Mamá, ¿quién es?

—Unos señores que preguntan unas cosas sobre la casa. Voy enseguida, se van ya.

El chico volvió hacia el interior de la casa.

—Compramos esta casa porque estaba acondicionada para mi hijo. El anterior propietario también tenía una minusvalía.

—¿La compraron con muebles?

—Sí, con algunos.

—¿Con cuadros también? —Preguntó Syd. —Comprenda que puede que alguno de ellos pertenezca a la época de construcción de la casa y tengan valor histórico.

—No, no había ningún cuadro en ella.

—¿Recuerda el nombre del anterior propietario? Sería interesante para nosotros hablar con él para poder preguntarle datos sobre la casa que quizás él sí conozca.

—Deje que recuerde... Yo no le conocí, el trato lo hizo mi marido. Pero tenía un nombre muy poco corriente... Zuruk... Zoruk...Algo así.

—¿Zazuruk? —Preguntó Rose.

—¡Sí, eso es! ¡Zazuruk! Un nombre rarísimo. ¿Es que le conoce?

—No, no... —Dijo Rose tratando de pensar una respuesta coherente. —Es que en nuestro trabajo cotejamos muchos datos personales, y curiosamente me he encontrado con ese apellido en un expediente hace poco. Se vé que el antiguo propietario no es el único Zazuruk en California.

—Imagino que no conservará un número de teléfono o algún dato de contacto suyo. —Preguntó Syd, esperanzado.

—No, no que yo sepa. Ya le digo que yo ni siquiera le he conocido.

—Muchas gracias por su ayuda, señora Taylor. Y permítame decirle que en

atractivo y encanto no tiene nada que envidiar a la actriz. —Dijo Syd. — Buenas tardes.

Mientras se alejaban de la casa Rose le dio un codazo a Syd.

—Serás zalamero...

Syd sonrió. Rose volvió a ponerse seria.

—Syd, ¿por qué tenías apuntado ese apellido, Zazuruk, en tu libro? ¿Es que le conoces?

—No tengo ni idea. Esa es mi letra, seguro, pero no soy capaz de recordar por qué lo escribí. Eso debió ser en mi época de obsesión con Crowley, a finales de los sesenta.

—Cuando viniste a California.

—Sí, así es. Por aquel entonces hablaba con mucha gente para tratar de obtener información sobre la orden y tratar de entrar o de participar en alguno de los ritos. Tú recordabas que hace años en la casa vivían unos ancianos.

—Sí, aunque a él no llegué a verle nunca.

—Si es el mismo Zazuruk puede que ya estuviera metido en todo esto a finales de los sesenta, cuando estuve recogiendo información. Es muy probable que alguien me diera ese nombre.

—Entonces lo mismo le conociste.

—No lo recuerdo. Por desgracia esa es la época de la que te hablé. Abusaba de la maría y del LSD, y mi memoria está llena de lagunas. Creo que incluso llegué a ir a algunas reuniones de iniciados, pero apenas recuerdo nada. Tengo imágenes dispersas y no sé distinguir qué es real y qué es producto de las drogas.

—Si en tus recuerdos te ataca un árbol pulpo creo que lo podemos atribuir a las drogas.

—¡Pero qué graciosa eres!

—Vamos rápido. A Joe le va a encantar ésto. Tenemos que buscar lo que podamos sobre ese tal Zazuruk. Apuesto a que no hay muchos en California.

—¿Cómo lo vamos a hacer?

—Joe tiene contactos en casi todas partes. Seguro que encuentra el modo.

* * * * *

Efectivamente, Joe se puso en contacto con un viejo compañero de Vietnam que ahora trabajaba como policía en San Francisco, y que siempre devolvía información a cambio de un nombre. Cómo lo hacía era algo que Joe

nunca había sabido y que no quería saber. Una vez Syd le había preguntado qué obtenía a cambio de su colaboración, y Joe le había respondido que aquel amigo se sentía en deuda con él porque le había salvado la vida dos veces en Hué. Sin embargo, Joe nunca quiso darle más detalles de cómo había ocurrido aquello. Syd sabía que los recuerdos de Vietnam seguían llevando aparejados mucho dolor para su amigo. En cualquier caso, sólo un par de días después de recibir el apellido, King tenía ya información que compartir con sus cuatro compañeros de investigación.

—Basil Zazuruk. Nacido en Ucrania en 1921. Su verdadero nombre es Wasyl Zayzaruk, pero se lo cambió al emigrar a Canadá en los años cuarenta. En 1963 o 1964, no sabemos exactamente cuándo, se establece en West Point, California. Durante esos años es el dueño de una librería. En 1969 sufre un accidente horrible. Unos visitantes al parque Big Trees le encuentran inconsciente en un claro cerca de un refugio, con las piernas amputadas. Cuando recupera la conciencia dice que fue atacado por un oso. Sin embargo no hay rastro de sangre que seguir, y las piernas no se encuentran nunca.

—¡Menuda historia! —Dijo Rose.

—Después se le pierde la pista bastantes años. No se sabe si se va del país, pero no da señales de vida. Hasta principios de los ochenta, cuando compra una casa en Twain Harte. Durante los ochenta cambia de casa prácticamente cada año, viviendo siempre en localidades diferentes, pero siempre en el condado de Calaveras o aledaños. No hace falta que os diga que hasta hace dos años residía en Copper Meadows.

—En la Casa Azul. —Dijo Rose.

—Claro.

—¿Por qué el tío se queda precisamente en esta zona? ¿Qué hay aquí de especial? —Se preguntó Syd. —Quiero decir que California es grande. ¿Por qué no salir de un área tan acotada?

—Esperemos que él nos lo quiera contar. Tengo su dirección actual. A día de hoy está viviendo en West Point otra vez.

—¡Tenemos que llamar a la policía! —Dijo Keith.

—¿Y qué les vas a decir? ¿Que detengan a un anciano sin piernas porque no tenemos pruebas pero sabemos que es responsable de la desaparición de dos hijos que en realidad no existen y de los que ni nos acordábamos hasta hace un mes? —Respondió Rose.

—¡Sí, es cierto! ¿Qué podemos hacer? —Dijo Leah.

—Eso te lo puedo decir yo. —Dijo Rose, cuya voz parecía brotar directamente del estómago. —Vamos a ir a hacerle una visita y le voy a sacar la verdad aunque tenga que seguir cortándole extremidades.

* * * * *

Los acontecimientos de las últimas semanas habían hecho que en el grupo formado por Joe, Syd, Rose y los Crawford se crearan lazos que iban más allá de la mera cooperación para lograr un objetivo común. Aunque no lo habían dicho abiertamente, los cinco compartían la sensación de haber hallado un grupo de amigos que, de un modo u otro, permanecería para siempre unido por un vínculo que no se podría romper.

Syd había hallado en Rose una compañera femenina con la que podía compartir bromas o unas cervezas como si se tratara de un viejo amigo, aunque sabía que bajo la superficie latía un sentimiento más fuerte que hasta entonces ninguno de los dos se había atrevido a sacar a la luz más que disfrazado con indirectas o bromas. Rose tenía miedo de arriesgarse otra vez con un hombre y Syd temía lanzarse y volver un día a descubrirse con tentaciones de no tomar la salida que conduce a casa, sino de agarrar el volante hasta la libertad, incluso si eso implicaba estar solo. Y mientras combatían con esa incertidumbre en su interior seguían pasando tiempo juntos. Syd le enseñaba su colección de discos, intentando que Rose se interesara por la música de los sesenta, y ella fingía aburrirse y rechazarla, aunque sin que Syd lo supiera había ido comprando algunas cintas de aquellos viejos grupos. No porque le gustasen mucho, sino porque le recordaban a él cuando las escuchaba a solas en casa o en el coche.

A la vez, Leah había hallado en ella la mejor amiga posible. Seguían hablando a menudo por teléfono, cuando no estaban juntas, y si una de ellas tenía un día más duro la otra lograba siempre levantarle el ánimo. Eso y el amor incondicional que encontraba en Keith ayudaban a Leah a seguir adelante con su esperanza casi intacta.

Joe también se sentía muy unido a aquel grupo de personas. Ya no se tomaba aquel asunto como una investigación más de su programa, sino como algo personal. Eran sus amigos los que habían perdido a sus hijos en circunstancias extrañas, y estaba dispuesto a hacer lo que fuera por ayudarles. Sin embargo estaba casado y tenía un programa de televisión que presentar, y eso le obligaba a ausentarse más a menudo de lo que hubiera deseado. Su

esposa le conocía y le quería, y Joe le mantenía al día de los progresos que iban haciendo, y ella jamás le ponía ninguna pega cuando le veía alejarse de nuevo en su viejo coche para ver a Syd o alguno de los otros. Aunque sólo era cinco años mayor que Syd, los demás le veían como un anciano sabio al que siempre había que prestar atención cuando hablaba. Aquello, lejos de molestarle, le encantaba.

* * * * *

La tarde siguiente al informe de Joe, bajo un cielo plomizo, todos ellos menos Leah emprendieron el viaje a West Point en el coche de Rose para encontrarse con el hombre responsable de la desaparición de Jack y George. Keith había insistido mucho a Leah que era más sensato que al menos uno de ellos no fuera a aquel encuentro por lo que pudiera ocurrir, además de que así podría cuidar de Carrie y Vinnie. Leah aceptó a regañadientes, pero sabía que era lo mejor. No sabían cómo iba a reaccionar Zazuruk a su aparición. De hecho, ni siquiera tenían claro cuál era la mejor manera de abordarlo para lograr que colaborara y les dijera dónde estaban sus hijos, y mucho menos qué estaban dispuestos a hacer en caso de que se negara a hablar. Syd sabía que Rose tenía una pistola en casa y que la había metido en la guantera sin decirle nada a los demás. Él prefirió guardar el secreto. No le gustaban las armas pero no le parecía mala idea llevar una a aquel encuentro. Se mantendría cerca de Rose para protegerla y para estudiar sus reacciones, en caso de que Zazuruk dijera algo que pudiera hacerla reaccionar de forma violenta. Todos compartían el temor de que aquel hombre les dijera que sus hijos estaban muertos, pero nadie lo decía en voz alta. Sólo intentaban anticiparse a aquella posibilidad para decidir cómo iban a reaccionar.

Fue Keith, cómo no, quien rompió el silencio:

—Rose, ¿por qué vas por aquí? Es mucho más largo que si vamos por Sheep Ranch.

—Son más kilómetros pero no es más largo. No pienso arriesgarme a que el coche se me quede metido en uno de los baches de esa carreterucha. Iremos por la 49.

—Tú conduces, jefa. —Respondió Keith.

—Así me gusta. —Respondió Rose.

—¿Cómo estáis? —Preguntó Joe, desde el asiento trasero.

—Bastante nerviosa, la verdad. —Dijo Rose. —Son muchos meses de

impotencia y tristeza, y es posible que todo acabe en un rato.

—Ojalá sea así. —Dijo Syd. —Pero hay que estar preparados, no sabemos nada de Zazuruk.

—Sabemos que no tiene piernas. —Dijo Keith —Y que como mucho vive con una anciana. No parece que nos tengamos que preocupar mucho.

—No sabemos si estará solo. Recuerda que tiene seguidores. —Dijo Joe.

—Será mejor que antes de llamar a su puerta intentemos averiguar eso. —Dijo Syd. —Puedo hacerme pasar por un vendedor, o lo que sea, y llamar a su puerta. A ver quién abre.

—Siempre puedes preguntar por arquitectura colonial. —Dijo Rose, con una sonrisa.

—Ni ahora puedes parar de hacer bromas. —Dijo Syd. —De verdad que no dejas de sorprenderme.

—Ni siquiera sé si eso es un cumplido. —Dijo Rose.

—Claro que lo es. —Dijo Syd.

Hubo un rato de silencio. Rose encendió la radio, que hasta ese momento estaba apagada. Empezó a sonar una canción de los Zombies. Rose trató de quitarla rápidamente, pero Syd le sujetó la mano.

—¡Hey! —Dijo Syd. —Así que música de carrozas, ¿eh? Fíjate, si se ha puesto colorada.

Efectivamente, Rose se había ruborizado.

—¡Suelta la mano, joder! A ver si vamos a tener un accidente.

—Vale, perdona. —Dijo Syd. —No te enfades. Me encanta que escuches esta clase de música, de verdad.

Rose dejó la cinta, y la escucharon durante unos kilómetros, de nuevo en silencio.

—¿No os sentís como si fuéramos a atracar un banco? —Preguntó Keith.

—Espero que no haga falta hacer nada ilegal, la verdad. —Contestó Syd.

—Amén a eso. —Dijo Joe.

La carretera estaba bien asfaltada, pero era estrecha y cruzaba arboledas y campos amarillentos. Era una hora de camino pero parecía que llevaban conduciendo días. Llegaron a una intersección cuando Rose dijo:

—¡No me jodas!

Syd la miró, sin comprender.

—¿Qué pasa? ¿Una avería?

—¿Recuerdas tu sueño, Syd? —Le preguntó. Joe y Keith se miraron sin

entender. —Pues mira ese cartel.

Syd miró hacia donde Rose señalaba. Un cartel, que parecía haber sido colocado hacía poco por su aspecto reluciente, rezaba en grandes letras mayúsculas, junto a una flecha: “VISITE EL PARQUE BIG TREES”. Debajo había un par fotografías, y junto a cada una de ellas, un texto. En la primera imagen aparecían varios árboles gigantescos junto a la frase “Antiquísimas secuoyas”. En la segunda se veía una raíz enorme y nudosa de forma intrincada, que a Syd le resultó familiar. Junto a ella se leía: “El increíble árbol pulpo”.

12 —La Mujer Carmesí

(Parque Big Trees, California. 28 de Julio de 1969)

Era noche cerrada, y en el centro del cielo brillaba la luna llena. Al borde de la carretera Syd Cramer miraba al cielo incrédulo, preguntándose cómo era posible que en algún punto de aquel disco blanco hubiese ahora huellas de pisadas de hombres. Por un momento se sintió insignificante, y dio otra profunda calada al porro que sujetaba en la mano derecha. Se imaginó que desde la luna alguien le miraba y saludó haciendo aspavientos con los brazos hacia el cielo. No se dio cuenta de que se acercaba una furgoneta hasta que se detuvo a pocos metros de donde él estaba. Un hombre joven de pelo largo le gritó desde la cabina:

—¡Vamos, Syd! ¡Vamos a llegar tarde!

Syd se acomodó en el asiento del copiloto, y la furgoneta se puso en marcha de nuevo. Syd le ofreció una calada al conductor, que aceptó.

—Ya tengo claro cómo llegar. Se va a hacer todo a medianoche, así que vamos con el tiempo un poco justo.

—¡Pues acelera, Duane! ¡Dale caña, macho!

Duane echó un ojo a Syd. Era evidente que iba muy colocado.

—Syd, tío, no me jodas. Te dije que esta noche controlarás, no podemos llamar la atención. Si descubren que te he llevado no tengo ni idea de lo que pueden hacer.

—Tranquilo, macho. Me he fumado un par de porros, eso es todo. Confía en mí.

Duane le echó otro vistazo, desconfiado.

—Empiezo a pensar que ésto ha sido mala idea.

—¡Joder, macho! ¡Para ya! ¿Y si me pillan, qué? ¿Qué crees que me van a hacer? ¿Tanto miedo le tienes al Zuzuruk ese del que me hablaste?

—Zazuruk. Y ni se te ocurra decir ese nombre. Se supone que ni yo lo conozco. Es Hermano Zeta, o simplemente Z. No se te ocurra decir otra cosa. ¿vale?

—Vale, lo pillo. —Dijo Syd, antes de dar una última calada y lanzar el porro por la ventanilla. —¿Cómo conociste a ese Z?

—Pues hace unos años me enteré que un tío pagaba bien por hacer unos trabajos. Cosas ilegales,

—¿Qué? ¿Robo? ¿Asesinato?

—Cosas ilegales, ¿vale? No te voy a decir más. Mi amigo Greg se enteró y me ofreció trabajar juntos para Z. Yo necesitaba la pasta, así que acepté y así le conocimos. Y después siguió recurriendo a mí para ciertas cosas. Supongo que me consideraba de confianza.

—¿Y te habló él de los ritos y toda esa mierda?

—Sí. Me preguntó qué estaba dispuesto a hacer para conseguir poder y sabiduría. “Para ver a Dios sin tener que morir”, me dijo.

—¿Eso es lo que vamos a hacer esta noche?

—No lo sé. Es la primera vez que voy a un rito en el bosque.

La furgoneta se internó en el parque Big Trees. La carretera se volvió un camino de tierra y grava y Duane disminuyó la velocidad, pensando unos segundos antes de cada giro. Cuanto más se adentraban en el parque más altos parecían hacerse los árboles. Finalmente llegaron a una cabaña de madera frente a la que había aparcados varios coches.

—Hemos llegado. —Dijo Duane.

Estacionaron la furgoneta y se bajaron. Duane cogió una linterna de la guantera y apuntó a Syd.

—Te dije lo de la ropa. Z lo especificó. Que lleváramos una túnica. ¿Qué coño es eso?

—Un poncho. Yo no tengo túnica, macho.

—Joder, me lo imaginaba, Menos mal que vengo preparado. Ven, anda.

Duane abrió las puertas traseras de la furgoneta y tomó un par de túnicas, ofreciéndole una a Syd. Después cogió un sombrero puntiagudo y se lo dio.

—Yo no me pongo eso. Parece el puto Ku Klux Klan.

—Todo el mundo va a llevar uno. Póntelo, así será más difícil que alguien repare en tí.

Refunfuñando, Syd se puso el gorro. Caminaron iluminando el suelo frente a sus pies con la linterna, alejándose de la cabaña, hasta que llegaron a un enorme claro en cuyo centro se congregaban ya varias decenas de personas ataviadas, como Duane había dicho, con túnicas y gorros de varias clases. En el centro del claro había un tocón enorme sobre el que había tres personas. Duane y Syd se acercaron. Dos de ellos iban vestidos con ropa ceremonial, túnicas y sombreros triangulares. El tercero era un adolescente que estaba sentado con las piernas cruzadas en el centro del tocón, sobre el que se había dibujado una forma geométrica similar a un pentáculo mágico, pero mucho más

intrincada. Una de las dos personas de pie en el tocón hablaba en voz baja con el chico, y de vez en cuando le ponía la mano en el hombro. La otra se movía en círculos alrededor de los otros dos, hablando con palabras que Syd no entendía.

—¿Quién es Z? —Preguntó susurrando a Duane.

—Ese, el que camina alrededor de los otros dos. El otro creo que es al que llaman “el Sabio”. El chico no sé quién es.

El que Duane decía que era Z se detuvo y tomó algo del suelo. Era un papel enrollado. De pie frente al muchacho lo desarrolló de manera que éste pudiera ver lo que había dibujado en él. Syd no lo veía muy bien desde donde estaba, pero parecía un retrato de un hombre, o algo parecido a un hombre. Entonces empezó a repetir lo que Syd supuso que sería algún tipo de invocación, primero en voz baja, pero más fuerte en cada nueva repetición.

—¡Lam, puerta de entrada al eón de Maat! ¡Yo te evoco! ¡Talam-malat! ¡Talam-malat! ¡Lam, puerta de entrada al eón de Maat! ¡Yo te evoco! ¡Talam-malat! ¡Talam-malat!

Nada ocurría. Todos los presentes guardaban un silencio sepulcral. De pronto el claro se oscureció. Syd miró al cielo. Una nube alargada y espesa había tapado la luna, cubriendo el improvisado altar de penumbra. El bosque pareció unirse a la comunión silenciosa de los presentes, y cesaron de pronto los incontables sonidos nocturnos. La espesura que los rodeaba dejó de aullar y ulular. Hasta paró el rumor de las hojas en las ramas, porque se detuvo el viento. Sólo se escuchaba la voz de Z, ahora ya muy fuerte, como si estuviera ordenando a los mismos elementos de la tierra que le obedecieran:

—¡Lam, puerta de entrada al eón de Maat! ¡Yo te evoco! ¡Talam-malat! ¡Talam-malat! ¡Lam, puerta de entrada al eón de Maat! ¡Yo te evoco! ¡Talam-malat! ¡Talam-malat!

Syd se sintió mareado. Unos meses antes había tenido un mal viaje tras tomar azucarillos impregnados de LSD: empezó a tener la sensación de que algo invisible y pegajoso trataba de ahogarle y sintió pánico. Al día siguiente le contaron que había empezado a gritar completamente aterrorizado, y que le habían tenido que sujetar entre cuatro para evitar que saltara por una ventana. Ahora, en aquel claro del bosque, súbitamente oscurecido y silencioso, empezó a experimentar una sensación de intranquilidad parecida. Pero esta vez no era consecuencia de la droga. Supo que algo iba a pasar.

Efectivamente, sobre el tocón, unos metros por delante del chico sentado

en el suelo, algo empezó a ocurrir frente al dibujo que sujetaba Z. Parecía que algo estuviera haciendo fuerza desde el otro lado del dibujo, tratando de abrirse camino a través del papel. Sin embargo, cuando ese algo logró romper esa barrera y se hizo un pequeño agujero del que brotaba una extraña luminiscencia, Syd se dio cuenta de que no era el papel lo que se había roto, sino el mismo espacio frente a él.

Podemos imaginar desenvolver un papel que envuelve un objeto tridimensional para revelar qué se esconde debajo, pero nuestro cerebro no está preparado para asimilar que sea el espacio tridimensional el que se desenvuelva a través de una cuarta dimensión para desvelar un nuevo espacio de leyes físicas ignotas y magnitudes inciertas. Por eso los sentidos sólo pueden tratar de ayudar a la comprensión de tal fenómeno simplificando de forma grosera lo que captan, sacrificando toda coherencia en el proceso. Y si sólo tememos aquello que no comprendemos, ¿cómo describir el terror que invadía el corazón de todos los que presenciaban lo que estaba ocurriendo?

Syd, desde luego, volvió a sentir un pánico similar al de aquella vez que había tratado de huir saltando por la ventana, y estuvo a punto de salir corriendo. Pero aquel momento era la culminación de muchos meses de investigación desde la primera vez que había visto el rostro insondable de Crowley en la portada de un álbum de los Beatles. Estaba allí porque suponía que estaba muy cerca de aprender una verdad inimaginable, pero por primera vez entendió que esa verdad podía ser terrorífica.

El portal abierto en el aire se hizo enorme, lo bastante grande para que varias personas cupieran en él a la vez. Z soltó el dibujo y tomó de la mano al chico, que se puso de pie.

—Tú has abierto el portal. Sé mi guía. Déjame cruzar contigo. —Le dijo.
—¡Llévame al encuentro de la Mujer Carmesí!

Avanzaron ambos a pasos lentos, en dirección al portal. El chico caminaba de forma torpe, como si estuviera adormecido. Syd estaba seguro de que estaba bajo el efecto de algún narcótico. Con un último paso dado al unísono, Z y el chico cruzaron el portal. Frente a ellos parecía extenderse una llanura en bruma, entre la que se podían distinguir siluetas borrosas, pero era imposible saber si correspondían a edificaciones, árboles o a seres vivos. Más aún, era imposible discernir si se movían o estaban quietas, ya que parecía que el punto de vista en aquel lugar cambiaba constantemente sin necesidad de moverse por él. Syd se había alejado un poco y comprobó que no importaba

desde qué lugar mirase hacia aquel vórtice. Desde cualquier punto se veía con idéntica perspectiva.

Las dos figuras estaban de pie en aquel otro mundo, y algo se movió frente a ellos. Desde la confusa distancia parecía que una sombra al otro lado de la bruma se hacía cada vez más grande. Pese a que la percepción del espacio era ambigua, daba la impresión de que algo se acercaba, tal vez galopando, hacia la abertura. Z buscó algo bajo su túnica. Era un objeto del tamaño de un puño, pero Syd no pudo distinguir qué era exactamente. Su atención estaba dirigida hacia la criatura que se había abierto paso entre la niebla hasta llegar junto a Z y el chico. Era un ser enorme, de al menos cinco metros de altura. La mitad inferior era una masa informe que parecía suspendida sobre una infinidad de apéndices cortos y flexibles. A Syd le recordaron a una anémona invertida. Sobre aquella repulsiva amalgama se alzaba un cuerpo rojizo remotamente similar a un tronco humano, pero de tamaño gigantesco, que se asemejaba a una colosal estatua dotada de vida. De aquella especie de torso nacían varios pares de brazos, cuyo número era difícil de adivinar ya que estaban en constante movimiento. Por último, en lo alto de la criatura había una cabeza asombrosamente parecida a la de una mujer. Tenía una melena de rojo encendido, que en lugar de cabello parecía estar hecha de llamas, porque no caía hacia abajo, sino que levitaba alrededor de la cabeza. En el rostro destacaban dos enormes ojos de color indefinible. Era, al mismo tiempo, hermosa y repulsiva. Era la Mujer Carmesí.

Entonces los acontecimientos se precipitaron. Z llevó la mano izquierda al objeto que sujetaba en el puño con un movimiento rápido, y Syd se dio cuenta de que aquello no era otra cosa que una granada de mano a la que acababa de quitar la anilla de seguridad. La lanzó sobre el pie de la diosa, pero la granada no se movió como él esperaba, y de algún modo quedó suspendida en el aire tras él, pese a que la había lanzado hacia delante. Trató de alejarse corriendo, pero aunque movía las piernas tan rápido como podía en dirección a la grieta, no se desplazaba de una manera lógica. Entendió con terror que su mente no comprendía las complejidades del espacio en aquel lugar y que lo que hacía no servía. Presa del pánico, en lugar de detenerse intentó correr más rápido, con el mismo resultado. La Mujer Carmesí miró con curiosidad el pequeño objeto que parecía suspendido en el aire, y alargando uno de sus brazos, lo tomó para observarlo. La explosión no hizo efecto alguno en ella, pero provocó que en aquel espacio se formaran unas perturbaciones en forma de ola

que avanzaron a toda velocidad hacia el chico, que seguía inmóvil. Éste fue alcanzado de lleno y salió despedido, muerto, y desapareció en la bruma. El Sabio, que había permanecido inmóvil observando la escena, se lanzó hacia delante mientras gritaba:

—¡No! ¡Daniel! ¡Hijo!

La Mujer miró de nuevo a Z, pero esta vez su mirada estaba encendida por la ira. Lanzó un chillido horroroso, que perforaba los tímpanos como si estuviera hecho de cuchillas, y con un golpe rápido lanzó un manotazo monstruoso sobre Z, que inútilmente seguía intentando escapar. El zarpazo le cercenó las piernas y le lanzó fuera de la brecha, impactando sobre el Sabio y arrastrando a ambos hasta caer a varios metros del tocón.

Syd no aguantó más y, aterrorizado, comenzó a correr sin saber dónde iba. Sólo necesitaba alejarse de allí. Deseaba que todo lo que había visto hubiera sido efecto de la droga, pero sabía que no había sido así. Se internó entre los árboles, y vio que no era el único que corría. Muchos de los otros presentes corrían entre los troncos y las raíces gigantescas de las secuoyas tropezando a veces con sus túnicas. Algunos de ellos ni siquiera se habían quitado los sombreros puntiagudos.

Mientras tanto, en el tocón, la abertura se cerró de nuevo. Solo ya en el claro, el Sabio zarandeaba a Z, que yacía sin piernas en la hierba.

—¿Qué querías hacer? ¡Maldito loco! ¡Era mi hijo! ¡Era mi hijo!

Llorando, se detuvo al darse cuenta de que Z estaba inconsciente. Miró sus piernas, o más bien lo que quedaba de ellas: dos muñones que, curiosamente, no sangraban, sino que estaban ennegrecidos como si en el punto de la amputación hubiese sido calcinado. Confuso, sin saber qué hacer, se alejó de allí, abandonando a Z, seguro de que si no estaba muerto, lo estaría en poco tiempo.

A mucha distancia, Syd y los demás seguían corriendo, aunque ya no recordaban de que huían. Sólo sabían que sentían terror. Syd se volvió para comprobar si le seguían y tropezó. Cayó rodando junto a un árbol enorme de raíces intrincadas que sobresalían del suelo, como si fueran tentáculos.

13 —Zazuruk

(Camino de West Point, California. 1992)

Rose había detenido el coche y miraba a Syd, que sujetaba su cabeza entre las manos mientras trataba de hacer memoria.

—Siempre había creído que era un simple sueño producto del ácido.

—Pero eso quiere decir que estuviste en una de las ceremonias, Syd. ¿Desde cuándo tienes ese sueño?

—No sabría decirlo. Desde finales de los sesenta o principios de los setenta.

Keith, que había esperado con una paciencia impropia de él a que alguno de los dos explicase de qué estaban hablando, intervino:

—¿Podría alguno de los dos explicarnos de qué estáis hablando, por favor?

—Tengo un sueño recurrente, desde hace muchos años. —Dijo Syd, volviéndose. —Siempre había pensado que era sólo eso, un sueño. En él corro entre las raíces de los árboles como si fuera un gnomo. Sé que huyo de algo, pero no sé qué es. Estoy muy asustado. A mi alrededor corren más gnomos, y llego a un árbol que se convierte en un pulpo que me ataca.

—Está claro que corre por el parque Big Trees, por eso las raíces de los árboles parecen gigantescas. Y lo que ocurra debe pasar en algún lugar cercano al “árbol-pulpo” del cartel.

—Es decir, que no es un sueño, sino un recuerdo. —Dijo Keith.

—Y lo que pensabas que eran sombreros y ropas de gnomos en realidad podrían ser ropas de magos: túnicas y sombreros puntiagudos. —Dijo Joe.

—Exacto. —Dijo Rose. —Syd debió participar en uno de los ritos en sus años locos.

Syd apretó fuertemente los ojos, tratando de recordar algún detalle más de aquel sueño, pero fue imposible. Sabía que había zonas de su memoria que habían sido destruidas para siempre.

—No consigo recordar nada más. No sé de qué huía ni lo que pudo ocurrir. Lo siento.

—No tienes por qué. —Dijo Rose, poniendo la mano derecha sobre la de él. —Ya sabemos que los ritos ocurren en algún lugar del parque. Podemos usar esa información para amenazar a Zazuruk con incriminarlo por la

desaparición de Jack y George si no nos cuenta todo. Él no sabe cuánto sabemos.

Todos pensaron unos segundos.

—Puede que funcione. —Dijo Syd. —Pero creo que será mejor que nos dividamos. No sabemos cómo va a reaccionar. Rose y yo iremos a hablar directamente con él, y si no recibís noticias nuestras en una hora id a buscar a la policía. Al menos podemos probar que Zazuruk celebraba reuniones secretas con jóvenes. Carl Miller, el chico que ganó el concurso, puede corroborarlo.

—Yo no me voy a quedar esperando. —Dijo Keith. —Os recuerdo que mi hijo también ha desaparecido.

—No hay problema. Id los tres. —Dijo Joe. —Tampoco creo que os pueda ser de mucha ayuda si las cosas se ponen muy mal, y la verdad, estoy un poco asustado. Yo me quedaré a la espera, si os parece bien.

Todos asintieron. De forma espontánea unieron sus manos y en silencio retomaron la marcha hacia West Point.

* * * * *

La casa de Zazuruk les sorprendió. Después de haber visitado la Casa Azul, en su mente habían imaginado que viviría en una construcción igualmente impresionante, pero en su lugar encontraron una casa pequeña, de un solo piso, rodeada de un jardín descuidado con algunos árboles de aspecto seco. En una de las esquinas se veían muebles viejos y revistas.

—Seguro que ésta es la dirección, ¿verdad? —Preguntó Keith.

—Sí, la he revisado dos veces. Esperemos que el amigo de Joe no se equivocara. —Dijo Syd levantando su pulgar en la dirección del coche, en el otro extremo de la calle, desde el que Joe le correspondió con un gesto idéntico.

—Sólo hay una forma de averiguarlo. —Dijo Rose, y se adentró en el jardín. Tras ella iban Keith y Syd. Era una tarde calurosa pero Rose llevaba una cazadora fina. Syd le puso la mano en el hombro y le susurró en el oído.

—Sé que llevas la pistola oculta bajo la cazadora. Por favor, no pierdas la cabeza pase lo que pase.

Rose se detuvo, sorprendida.

—La pistola era de mi marido. No la he usado jamás. Sólo pensé que podría ser útil si las cosas se ponen feas.

—Estás como una cabra, Rose. —Dijo Syd.

Los tres llegaron hasta una puerta con mosquitera. Respirando profundamente, Rose llamó al timbre. Unos segundos más tarde oyeron un ruido metálico del interior de la casa. El ruido aumentó de volumen. La puerta se abrió, y a través de la mosquitera vieron a un hombre viejo, sin piernas y de aspecto demacrado. Llevaba días sin afeitarse y vestía una camiseta de tirantes sucia.

—¿Sí?

—¿Señor Basil Zazuruk? —Preguntó Syd.

—¿Quién lo pregunta? —Respondió el viejo con hostilidad.

—Me llamo Cramer. Nos gustaría hablar unos momentos con usted, si es posible.

—¿Son policías?

—No, no lo somos. —Respondió Syd, tratando de aparentar cordialidad.

—Entonces no es posible. —Respondió Zazuruk cerrando con un portazo.

—¡Será cabrón! —Murmuró Rose entre dientes, llamando ininterrumpidamente al timbre.

La puerta se abrió de nuevo, y el anciano les gritó amenazándolos con el dedo:

—¡No me interesa hablar de la Biblia, ni comprar galletas ni nada de lo que me quieran vender! ¡Como no se vayan el que va a llamar a la policía soy yo! ¿Está claro?

—Adelante —Dijo Rose. —Llame y así podremos discutir con ellos lo de las ceremonias mágicas que celebra en Big Trees y lo de los chicos desaparecidos.

Zazuruk se quedó quieto, como si un rayo le hubiera congelado. En sus ojos se reflejaba una gran incredulidad.

—¿Ustedes les recuerdan? ¿Cómo es posible?

—Será mejor que nos deje pasar. —Dijo Syd. —No queremos hacerle daño.

—¡Habla por tí! —Le interrumpió Keith.

—¡No queremos hacerle daño! —Repitió Syd lentamente, mirando fijamente a Keith. —Pero nos debe muchas explicaciones. Nos las merecemos.

Zazuruk abrió la mosquitera y se adentró en la casa.

—Adelante.

Keith, Rose y Syd se miraron en silencio. Tras un instante de duda,

pasaron. Lo primero que notaron fue un desagradable olor a humedad. La puerta daba a lo que debía ser el salón, porque había un televisor, pero apenas nada más. Libros y revistas de apilaban junto a las paredes. Como si les leyera los pensamientos, Zazuruk les dijo:

—En la parte de atrás hay algunas sillas. Siento no ofrecerles algo más confortable, pero vivo solo y se habrán fijado en que yo no necesito sentarme.

—¿Vive solo? ¿No vivía con una mujer en Copper Meadows?

—Era una enfermera que cuidaba de mí. Hace mucho que vivo solo.

Keith apareció con tres sillas metálicas plegables. Las abrieron y se sentaron frente a Zazuruk.

—¿Cómo han dado conmigo? ¿En serio recuerdan a esos chicos?

—Lo siento, pero primero las preguntas las haremos nosotros, señor Zazuruk.

—Me pueden llamar Z. Todo el mundo me llamaba así. ¿Quiénes son esos chicos? ¿Sus hijos?

—Sí, así es. —Dijo Keith. —Y queremos saber dónde están.

Z guardó silencio.

—¿Dónde están? —Preguntó Rose, dejando fluir una ira contenida ya mucho tiempo.

—Contestar a esa pregunta no es sencillo, créanme.

—¿Están...? —Trató de preguntar Keith, pero fue incapaz de acabar la frase.

—No lo sé. No he vuelto a saber nada de ellos. Cruzaron el umbral a la Tierra de Nuit. Estén vivos o muertos deben seguir allí.

—¡Joder! ¿Por qué estamos siendo tan educados con este loco? —Preguntó Keith, que hizo el ademán de levantarse e ir hacia Z.

Syd, el más tranquilo de todos, se puso en pie y le retuvo. En aquel momento parecía que su ya gran envergadura hubiera aumentado. Su voz golpeó a Keith.

—¡Vamos a calmarnos todos! ¡Nos ha costado mucho llegar hasta aquí y no nos vamos a dejar llevar por los nervios! Siéntate, Keith, por favor.

Keith pareció calmarse y se sentó de nuevo. Entonces Syd, aún de pie, se giró una vez más hacia Z, que pareció encogerse en su silla.

—Bien, Z. Ahora nos va a contar todo lo que necesitamos saber, desde el principio. O le juro que lo va a pasar mal.

Zazuruk se rió. Fue una larga carcajada que le llenó los ojos de lágrimas.

No era una risa burlona. Algo de lo que Syd había dicho le había hecho gracia de verdad. Cuando pudo controlar la risa se enjugó las lágrimas y, muy serio otra vez, dijo:

—¿Que lo voy a pasar mal? ¿Qué sabréis vosotros de pasarlo mal? Venga, sentaos. Os contaré la historia, desde el principio. Y luego si queréis discutimos lo que cada uno entiende por “pasarlo mal”.

Syd se sentó otra vez.

—Nací en Ucrania en 1921. Tenía una familia normal: dos hermanas, unos padres que nos querían... Lo habitual. Trece años más tarde sólo quedaba yo con vida. —Z se detuvo y fue mirando a los ojos a sus tres visitantes, uno a uno. —¿Han oído hablar del Holodomor?

Todos negaron con la cabeza.

—¿La gran hambruna?

Los tres seguían en silencio.

—¡Menudo nivel! ¿Les suena al menos Stalin, verdad? —Esta vez no les dio tiempo a contestar. —Pues ese grandísimo hijo de puta decidió acabar con nosotros matándonos de hambre. Eso fue en 1932. Y casi lo logra. Mató a millones. Mató a mi padre y a mis dos hermanas. Sólo sobrevivimos mi madre, Halya, y yo.

—Pero ha dicho que en 1934 sólo quedaba usted.

—Así es. A mi madre no la mató el hambre, sino un grupo de soldados que visitaron el pueblo cuando parecía que lo peor había pasado. La acusaron de asesinar a dos soldados y de brujería. La violaron y la mataron delante de mí. Mi madre no había hecho nada malo, sólo cuidar de su hijo como hubiera hecho cualquiera.

Todos guardaban silencio. Simplemente no sabían qué decir.

—Otra familia del pueblo me acogió. En 1939, con quince años, logré escapar a Rumanía. Allí trabajé al servicio de una familia con dinero. Fue por poco tiempo, pero recuerdo perfectamente la enorme biblioteca y el olor a piel de los tomos. Fue la primera vez que veía tantos libros juntos. Después, antes de que Rumanía entrara en la Segunda Guerra Mundial, me fui a Canadá. Bastantes ucranianos de los que pudimos sobrevivir a la hambruna acabamos allí. Yo conseguí trabajo en una librería. Me apliqué a fondo y aprendí inglés con rapidez. Leí todo libro que caía en mis manos, pero mis favoritos eran los libros de magia y de mitología. Allí encontré por primera vez el “Libro de San Cipriano”, “Las clavículas de Salomón”, escritos de Crowley... Yo devoraba

todo aquello, seguro de estar adquiriendo una sabiduría que escapaba a la mayoría de la gente.

—¿Por qué nos cuenta todo eso? ¿Cree que somos sus nietos visitándole en el asilo? ¡Díganos dónde están nuestros hijos! —Exigió Keith, que estaba perdiendo la paciencia con aquella perorata.

—La paciencia es una virtud muy necesaria, joven. Tan necesario es que cuente dónde están como que les cuente por qué están allí. Como decía, el dueño de la librería, el señor Tremblay, era un buen tipo. Me cogió cariño y me trató siempre muy bien. Como no formé una familia pude ahorrar bastante dinero. Y entonces, en 1963, ocurrió algo casi milagroso. Llegó a la librería un nuevo libro sobre magia. Estaba escrito ese mismo año por un hombre llamado Robert Hugh. El libro hablaba de los ritos de Crowley y de cómo podían usarse para entrar en contacto con divinidades como la Mujer Carmesí. Justo la respuesta que llevaba tanto tiempo esperando.

—¿Qué respuesta? ¿De qué habla? —Preguntó Syd.

—Ya les he dicho que a mi madre la llamaban bruja. Ella siempre nos dijo que el Dios al que rezaban los otros niños no existía. Que en realidad era una diosa, que era una Gran Madre que cuidaba de nosotros, porque siempre protegía a los inocentes y los desamparados. Nosotros lo creímos, como cualquier niño cree lo que le dicen sus padres. Cuando mis hermanas y mi padre murieron mi madre logró encontrar comida para ella y para mí. Ella dijo que había sido obra de la Gran Madre, de la Mujer Carmesí que cuidaba de nosotros. Y yo me sentí muy especial, porque todos mis amigos, y sus familias que iban a la iglesia y rezaban a Dios habían muerto de hambre, pero mi madre y yo seguíamos con vida. Yo ya no tenía duda de que aquella diosa existía, y sentía un gran agradecimiento hacia ella, porque se había preocupado por nosotros. Pero cuando mataron a mi madre no pude entender por qué la Mujer Carmesí no había intervenido. ¿Por qué nos había permitido vivir hasta aquel instante y luego nos había abandonado de aquella manera? ¿Qué clase de Madre trata a un hijo con semejante crueldad? Quizás otro hubiera dejado de creer en ella, suponiendo que es imposible que un dios permita una injusticia semejante con quien le ha sido siempre fiel. Pero yo no. Yo no tenía duda de que existía, simplemente dejé de amarla y la odié con todas mis fuerzas. Imaginen cómo me sentí cuando leí un libro donde se decía que aquella diosa no sólo existía, sino que era un ser material al que se podía acceder. ¿Si Dios estuviera frente a ustedes, en carne y hueso, no tendrían la tentación de ajustar

cuentas con Él y pegarle un tiro?

—¡Por supuesto que no! ¡Está loco! —Dijo Rose.

—¿Loco? ¡Sólo soñaba con hacer de forma real lo que el ser humano ya había hecho de forma figurada mucho tiempo antes!

Z se detuvo unos instantes tras decir aquello. Se había alterado y tosió durante un buen rato. Cuando por fin se recuperó continuó con su historia.

—Supe que Hugh, el autor del libro, vivía en California. Usé el dinero que había ahorrado para abrir una pequeña librería aquí y logré conocerle. Era un hombre amable, aunque algo timorato y débil de carácter. En su libro hablaba de los ritos pero de una forma algo general, y yo necesitaba saberlo todo. Se mostró reticente a contarme más, pero yo puedo resultar muy convincente y al final logré que viera en mí a un confidente discreto. Yo no lo sabía, pero un antiguo amigo de Crowley que acabó siendo su sucesor había pasado sus últimos años precisamente aquí, en West Point. Hugh me contó que había hablado con él para escribir su libro, y me dio muchos detalles de sus conversaciones con él, como que le mostró correspondencia privada con otros antiguos amigos de Crowley en el Reino Unido donde se especificaban todos los pasos del rito, pero que no le había permitido incluirlos en el libro. Con la información que me dio contraté los servicios de unos drogadictos que robaron aquellas cartas para mí. Él y yo hicimos múltiples intentos de abrir un portal siguiendo los pasos que se describían en las cartas, usando imágenes específicas como puerta, pero no ocurría nada. Creamos una pequeña congregación con hippies que buscaban nuevas experiencias. Hugh y yo éramos los líderes. Nunca supieron nuestros nombres. Yo era Z, y Hugh era el Sabio. Nunca supieron qué es lo que intentábamos, pero aparecían con sus túnicas y se tomaban de las manos en silencio mientras nosotros dos tratábamos que la cosa funcionara. Pero nunca funcionó. Desesperado encontré la clave en las palabras de uno de los libros de Crowley: “Para el trabajo espiritual más elevado, en consecuencia, uno debe elegir la víctima que contiene la fuerza más grande y más pura. Un niño varón...”

—“...de perfecta inocencia y alta inteligencia es la víctima más satisfactoria y adecuada” —Le interrumpió Syd, que recordaba aquel párrafo a la perfección.

—¡Vaya, vaya! Me sorprende usted. Creo que saben más de lo que me habían hecho creer. —Dijo Zazuruk.

—¿”Víctima”? ¿Les mató? —Preguntó Keith a punto de abalanzarse sobre

el viejo.

Éste levantó las manos y meneando la cabeza dijo:

—¡No, hombre! Ese párrafo lo que dice es la importancia de la pureza para los ritos. Inocencia, virginidad, todo eso. Estaba claro que ningún rito podría funcionar si era yo quien intentaba abrir el portal. No había nada inocente en mis intenciones. Así que, con no poco esfuerzo, logré convencer a Hugh de que probáramos con su hijo.

—¡Será hijoputa! —Dijo Syd.

—Sólo se trataba de ayudarlo a alcanzar un determinado estado mental que le facilitara concentrarse en la imagen y abrir el portal.

—¿Ayudarlo cómo? —Preguntó Rose.

—Con ciertas drogas. Una combinación de lisérgicos.

—¿Y Hugh estuvo de acuerdo?

—Digamos que le omití ciertos detalles. Al niño no le iba a pasar nada. Una vez acabada la experiencia todo acabaría para él. No sería más que un extraño sueño en su cabeza. Y fue todo un éxito: el portal se abrió y la Mujer Carmesí se presentó para recibir al hijo de Hugh. Yo traté de matarla, pero ella me atacó y se quedó con el niño, y el portal se cerró de nuevo. Cuando desperté en el hospital unos días más tarde... en fin, digamos que yo era mucho más bajo que antes. —Dijo mirando hacia las perneras remangadas de su pantalón.

—Y Hugh se olvidó de su hijo, ¿verdad? —Preguntó Syd. —Y eso le llevó al suicidio años más tarde.

—¡No, qué va! Hugh lo recordó todo. Estuvo en el círculo protector conmigo de principio a fin. Pero todos los demás lo olvidaron.

—¿Círculo protector? —Preguntó Rose.

—Creo que se refiere al pentáculo, el círculo que dibuja con tiza y en el que se mete el oficiante. —Dijo Syd.

—Así es. Me alegra saber que al menos uno de ustedes sabe algo del tema. El círculo es imprescindible. Protege al que está dentro de los efectos del ritual o, al menos, de algunos de ellos, si no se abandona durante el rito.

—¡Por eso usted se acuerda de nuestros hijos, pero nosotros los habíamos olvidado! —Dijo Keith.

—¡Fenomenal, joven! Es usted toda una eminencia. —Dijo Zazuruk aplaudiendo. —Y si hemos terminado de perder el tiempo diciendo obviedades, continuaré.

Keith hubiera golpeado a aquel hombre odioso en la cara, pero debían dejarle que siguiera con la explicación. Era obvio que le encantaba el sonido de su propia voz, y que estaba disfrutando de toda aquella explicación. Pero cuando hubiese acabado y les hubiera dicho cómo encontrar a sus hijos ajustaría cuentas con él.

—Hablaba de Hugh. Como dije, él sí recordaba todo lo que pasó, pero tras aquel incidente yo no volví a tener contacto con él. Por lo que leí mucho tiempo después su mujer empezó a hablarle de unas visiones extrañas sobre un hijo del que se había olvidado. Hugh fingía que no lo recordaba, pero imagino que se sentía culpable por lo que había ocurrido, y acabó pegándose un tiro. Ya les he dicho que era de carácter débil.

Zazuruk se detuvo y se llevó la mano al cuello.

—Tengo la garganta seca. ¿Les apetece beber algo? —Dijo, dirigiendo su silla hacia el pequeño pasillo.

Syd se puso de pie, desconfiado.

—No vaya a ninguna parte. Yo le traeré agua.

—Cerveza, si no le importa. —Dijo Zazuruk, volviendo al salón. —La segunda puerta de la derecha.

Se escuchó a Syd abriendo puertas y revolviendo en cajones. Al cabo de un rato volvió con una lata de cerveza.

—¿Cómo puede estar vivo con la comida que hay en su frigorífico? —Preguntó, dándole la lata a Zazuruk.

—Hago lo que puedo. Mi comida favorita no es fácil de conseguir, ¿sabe?

—Dijo con una sonrisa enigmática. —¿No me acompaña? Me fastidia beber solo.

—No bebería nada que encontrase en esta casa ni aunque acabara de cruzar el desierto de Nevada. —Dijo Syd.

—Me duele que desconfíen de mí. Les estoy contando todo. No me guardo ningún as en la manga, no hay más que lo que ven. Ojalá lo hubiera, pero ésto es lo que queda de mí. —Dijo, y levantando la lata como haciendo un brindis, echó un largo trago.

—¿Qué hizo después de perder las piernas? —Preguntó Rose.

Para disgusto de todos, Zazuruk eructó sonoramente antes de contestar.

—No hice nada, querida. No quise saber nada de los ritos ni de magia durante muchos años. Me dediqué a trabajar en mi librería y a llevar una vida anodina. Pero unos quince años más tarde, no sé por qué, volví a sentir una

especie de picor dentro de mí. Fue como si después de estar sobrio quince años me apeteciera darle un sorbo a una cerveza. —Dijo, ilustrando lo que decía con un nuevo trago. —Había ira en mí. Siempre había estado allí pero no me había atrevido a aceptarla. Mi madre seguía muerta y yo no tenía piernas. No era justo. Así que poco a poco empecé a estudiar de nuevo todos mis libros sobre los ritos, sobre Nuit y sobre Crowley. Hice algunos cambios en el ritual, no muy grandes, y me informé sobre drogas modernas que facilitarían el estado mental de quien debe abrir el portal. Luego empecé a buscar mi congregación. En los sesenta había sido muy fácil: toda California estaba llena de hippies que querían probar nuevas experiencias. En los ochenta aquello había cambiado, así que puse anuncios en revistas de fenómenos paranormales promocionando charlas sobre contactos con extraterrestres. A los chicos les encantaba eso. Todos querían ver extraterrestres. Llegado el momento sólo hizo falta un chico valiente y de buen corazón para que abriera el portal una vez más. Imagino que ese fue uno de sus hijos.

Rose sacó su pistola y apuntó a Zazuruk a la cara, ante el espanto de Keith y Syd.

—Te voy a volar la cabeza, viejo cabrón.

—Rose, por favor... Es nuestra única oportunidad para encontrarlos. —Le dijo Keith.

—Rose, cariño, por favor... —Susurró Syd.

—Haga caso a su novio, guapa. A mí me importa una mierda si me mata aquí y ahora, pero si tiene interés en volver a ver a sus hijos tendrá que seguir escuchando.

—¿Están vivos? —Preguntó Rose, con los ojos llorosos.

—No lo sé. No sé cómo funcionan las cosas al otro lado. El tiempo no corre igual, las leyes de la física parecen distintas. Puede que para ellos todo este tiempo haya sido sólo un segundo, o puede que hayan sido mil años. Yo no tengo ni idea.

Rose bajó el arma. Syd y Keith respiraron aliviados.

—El niño abrió el portal y pasó al otro lado, y el otro chico cruzó para protegerlo. Yo tenía que haber entrado para acabar lo que empecé veinte años antes, pero no pude. Sentí pánico. Recordé de forma muy vívida mi enfrentamiento con aquella criatura y fui incapaz de reaccionar. De haberlo hecho no les hubiera dejado quedarse solos en el otro lado, pero fue

imposible. Así que se acabó. El dios gana y el hombre pierde, para variar. Les explicaré lo que necesitan saber si quieren intentar encontrar a sus hijos, pero yo tengo otros planes: quedarme aquí comiendo basura y bebiendo cerveza hasta morirme.

—Eso no va a funcionar, y lo sabe. —Dijo Syd. —Ésto no es como dar indicaciones para llegar al banco. Necesitamos su conocimiento del rito. Si estamos solos no vamos a conseguir abrir el portal.

Zazuruk se encogió de hombros.

—No creo que tengan otra opción.

Rose, Keith y Syd se miraron con desesperación. Habían llegado muy lejos, y ahora que estaban en el umbral de la puerta que podría llevar hasta sus hijos todo se desmoronaba. Rose miró a Syd. Había algo raro en su mirada. Ya le conocía lo suficiente para saber que estaba pensando, y que había llegado a una conclusión que a ella no le iba a gustar oír.

—Sí tenemos otra opción. —Dijo Syd, mirando a Zazuruk. —Ayúdenos a abrir el portal. Si lo hace, yo mataré a la Mujer Carmesí.

14 —Vísperas

El rito se tenía que celebrar una noche de luna llena, lo que les daba cinco días para prepararse antes de la ceremonia. Syd se ofreció para ser quien abriera el portal, ya que había tenido experiencias previas con drogas alucinógenas y era, después de Zazuruk, el que mejor conocía lo relativo a aquellas ceremonias. Además de que ahora sabía que había asistido al menos a una, pese a no poder recordar los detalles. Rose desconfiaba de que Zazuruk intentase escapar, pero Syd, que tenía la seguridad de que no iba a ocurrir, trató de tranquilizarla. Joe se ofreció para hacer una vigilancia diaria, pasando por la casa de Zazuruk y asegurándose de que seguía allí. Le dejaron claro al anciano que en caso de desaparecer contarían la historia a la policía. Un hombre como él, impedido y viejo, no podría llegar muy lejos por su cuenta. De todos modos, Rose había decidido llevar la pistola con ella a la ceremonia nocturna y no perder de vista a Z. Prefería no decirle nada a Syd, pero si era necesario esta vez estaba dispuesta a usarla.

Keith y Leah discutieron mucho sobre quién de ellos debía estar presente en la ceremonia. Sabían que lo más prudente era que uno se quedara con Carrie y Vinnie, que en los últimos días se había convertido prácticamente en el mejor amigo de la niña, pero ambos querían estar presentes cuando encontraran a George, si es que llegaba a ocurrir. Además, Zazuruk había insistido en que cuanto mayor fuera la congregación más fácil sería que el rito tuviera éxito, de modo que decidieron contratar a una canguro, una estudiante a la que conocían y que se había ofrecido más de una vez, y así estar los dos presentes en el momento de abrir el portal.

Durante aquellas últimas semanas Leah había seguido viendo a Calvin en el hospital, y aunque siempre que la veía él le preguntaba cómo se encontraba y qué había pasado al final con su encuentro con Joe King, ella le respondía con vaguedades y trataba de evitarle en la medida de lo posible. Deseaba contarle todo lo que había ocurrido, pero sabía que Calvin trataría de convencerla de que les estaban engañando y quizás trataría de intervenir de alguna manera impidiendo que celebraran el rito, y aquella idea le aterraba, especialmente ahora que estaban tan cerca del final.

Joe King había dejado de dar muchos detalles a su esposa, para no preocuparla. Le había contado que el rito en el que iba a participar no era más

que un encuentro con un hombre que podía tener información sobre el paradero de los chicos, quitándole importancia. Ella lo conocía muy bien y sabía que había más que lo que él le contaba, pero también sabía que aquel asunto había cobrado para él una importancia enorme, y esperaba que fuera lo bastante sensato para evitar correr riesgos. Además confiaba en Syd Cramer. Tras su reencuentro, Joe le había invitado a cenar una noche en su casa y, como era habitual, su esposa había quedado encantada con aquel hombre enorme, de voz profunda y extraño magnetismo.

El Joe presentador de un programa en un canal local se lamentaba no poder llevar cámaras al bosque la noche en que trataran de abrir el portal, pero para él era más importante la seguridad de los chicos, y tanto Rose como los Halloway eran para él casi familia. Ponía siempre a las personas por delante de su audiencia. Probablemente por eso trabajaba para un canal del condado de Calaveras y no para la televisión nacional. Como le decía Syd, para triunfar en el mundo del espectáculo es necesaria una ética más flexible.

Todos sabían que lo que les hubiera ocurrido a los chicos, fuese lo que fuese, les podía pasar a ellos. Que quizás se estuvieran adentrando en algo tan peligroso que alguno de ellos, si no todos, no volvieran con vida. Syd recordaba su pesadilla y cómo se despertaba empapado en sudor frío, aterrorizado por algo que era incapaz de recordar, pero a lo que, inevitablemente, se iba a tener que enfrentar nuevamente en pocos días. Se preguntaba si sería lo bastante valiente esta vez. Veinte años antes sólo tenía que preocuparse por su vida, pero ahora no lo hacía por él, sino por George y Jack. Y sobre todo por Rose.

Syd pensaba en ello en la habitación del motel que ocupaba hacía semanas en Copper Meadows cuando llamaron a la puerta. Rose apareció en el umbral, como aquella primera vez semanas antes, pero ahora su expresión era otra que Syd entendió perfectamente. El mundo podía acabarse en cinco días y los dos habían sentido la misma necesidad de estar con el otro. Ya no era necesario disimular. Syd la besó y la atrajo hacia el interior de la habitación. Sin necesidad de hablar se dijeron todo lo que llevaban guardándose tanto tiempo, un cuerpo contra el otro, liberados por fin de esperar el momento perfecto para dejar que ocurriera lo que sabían inevitable desde la primera vez que se vieron.

La noche los encontró tumbados, la cabeza de Rose sobre el pecho de Syd. Mientras éste jugaba con uno de los mechones pelirrojos, dijo:

—Hay una idea que lleva días rondándome por la cabeza, ¿sabes? Es algo que aún no sé si me gusta o me inquieta.

Rose alzó un momento la cabeza y le miró, intrigada.

—¿Qué es?

—No sé si a tí te ha pasado, pero desde que te conozco siempre he sentido un vínculo especial contigo. No hablo sólo de atracción, aunque me vuelves loco...

—Tonto. —Le interrumpió Rose, dándole un beso.

—En serio. Digo que no sólo es que me gustaras. Es que siempre me he sentido muy a gusto contigo, como si fueras una vieja amiga. Como si te conociera de toda la vida.

—Sí, yo también siento algo parecido. Creo que es frecuente cuando te...

—Rose titubeó. —Cuando te enamoras.

Syd la miró sonriendo. Rose no había dicho nada que no supieran los dos, pero lo había dicho, y le parecía que un antiguo maleficio se había roto.

—Yo también te quiero, Rose Halloway. Llevaba tanto tiempo sin querer a alguien que empezaba a pensar que no era humano. Pero joder, vaya si te quiero.

Ella le besó de nuevo, largamente.

—Oye, te he interrumpido. —Dijo Rose. —Me estabas diciendo lo de la idea que te ronda por la cabeza.

—Estaba pensando en los chicos. Cuando cruzaron el portal que lleva a donde quiera que sea, todo el mundo les olvidó, excepto Z. Pero no sólo pasó eso. Es como si todos los efectos de su presencia en el mundo hubieran desaparecido con ellos. ¿Cómo podemos saber si lo que sentimos el uno por el otro, esta familiaridad, no es porque tú y yo estábamos juntos por una cadena de coincidencias que se rompieron cuando alguien, los chicos o incluso otra persona de quien no hemos siquiera oído hablar, cruzó al otro lado y fue olvidado? ¿Cómo podemos estar seguros de que no vivimos en una versión del mundo adulterada porque un número de personas que no sabemos nos han sido arrebatados con todos sus logros? ¿Cómo podemos estar seguros de nada?

—Yo estoy segura de que te quiero. No necesito más.

—La idea de que a lo mejor yo te conocía y te olvidé me parece horrorosa.

—Pues no pienses tanto y aprovecha el ahora. Fabriquemos recuerdos tan increíbles que no puedan ser borrados. —Dijo Rose, abalanzándose sobre él una vez más.

* * * * *

Por la mañana desayunaron juntos en una cafetería cercana al motel.

—Oye, acabo de caer. ¿Y Vinnie?

—Perdona, ¿acabas de caer? —Dijo Rose, riéndose.

—Anoche tenía la mente en otras cosas, la verdad.

—Está en casa de Leah y Keith.

—¿En serio?

—Sí. Leah se ofreció. Ella sabe lo nuestro, y me animó a que atacara de una vez. Además Carrie y Vinnie han hecho muy buenas migas estas semanas.

—Eso es genial.

Rose guardó silencio unos segundos, mientras masticaba unas tostadas. Syd ya podía leer en aquella cara como en un libro, y supo que preparaba una pregunta sobre algo que le preocupaba.

—Syd, ¿de verdad lo vas a hacer?

—¿Hacer qué?

—Matar a la Mujer Carmesí.

—No, en absoluto, pero necesitamos a Z. No tengo ni idea de qué o cómo es esa criatura, y lo que espero es que no tengamos que encontrarnos con ella. Lo que sí sé es que si tengo en mi mente el pensamiento de matarla el portal no se abrirá. Recuerda lo que nos contó de sus propios intentos.

—¿Crees que se abrirá ese portal, o lo que sea?

—Debemos confiar que sí. Zazuruk me ha dado instrucciones escritas de los pasos que se deben seguir en el rito. Hay que trazar un dibujo en el suelo, y hacer una especie de pases mágicos previos, cosas que él ya no puede hacer.

—Me parece mentira que vayamos a hacer algo como ésto. Ritos mágicos, signos en el suelo... Si alguien me lo hubiera dicho hace sólo unos meses hubiera pensado que estaba loca.

—Te entiendo. Yo estudié ésto durante mucho tiempo, hasta parece que participé en alguno de los ritos, y aún tengo dudas de si no es el invento de cuatro locos.

—¿Qué pasará si no los encontramos?

—Rose, no sé si los encontraremos haciendo ésto, pero según los científicos el universo es finito, así que se puede recorrer entero, de principio a fin. Y si es necesario lo haré hasta que los encuentre.

15 —Los frutos rojos

Mirando a su amigo, Jack dijo:

—Es como estar en un sueño.

Y George pensó que aquella era una forma perfecta de describir la sensación de estar en aquel lugar donde, al igual que en los sueños, ni el tiempo ni las distancias parecían estar sujetos a lógica alguna. Ésto no supone un problema en los sueños, ya que no duran más que unas horas y, por mucho que se quiera oponer resistencia, acabamos siendo expulsados nuevamente a la realidad tan pronto como acaban. Pero Jack y George sentían que habían cruzado una puerta al interior de un sueño del que no podían salir.

Cuánto tiempo tardaron en aprender a moverse por aquel lugar con la suficiente soltura es difícil de decir, no sólo porque no había transiciones entre días y noches para ayudar a llevar la cuenta del tiempo, sino porque la percepción de éste cambiaba de forma caprichosa. Una vez que aprendieron a moverse la siguiente duda fue a dónde ir. Tras aquella bruma perpetua se distinguían los contornos de gigantescas construcciones, y George supuso que si los autores de aquellas obras habían sido hombres tal vez pudieran encontrar alguno allí. Sin embargo, cuando se fueron acercando y alcanzaron a divisar con más claridad los detalles en las fachadas de aquellos templos se dieron cuenta de que eran muy diferentes de los que habían visto en fotos en sus libros de texto. Los espacios entre aquellas construcciones estaban salpicados de pedestales que soportaban figuras indescriptibles, que quizás fueran simples representaciones de ideas abstractas, o, como George temía, quizás fueran reproducciones fieles de algunos especímenes de la fauna de aquel reino onírico. De todos modos George no compartía aquellos temores con Jack para no asustarle. Pese al miedo y la repulsión que sintieron decidieron que seguía siendo buena idea tratar de cobijarse bajo los arcos y portales de alguna de aquellas moles, ya que ignoraban si en aquel lugar podía llegar a llover o nevar. Al mirar al cielo no se alcanzaba a ver brillo alguno en una bóveda negra como la obsidiana, y era imposible saber si miraban un abismo en el espacio o un techo rígido que pudieran llegar a tocar escalando a lo más alto de uno de aquellos edificios.

Buscando un buen lugar para asentarse encontraron una abertura en uno de los templos, y accedieron a una nave de bóvedas gigantescas que emitían una

pálida luminiscencia. Amontonando algo parecido a hojarasca que se podía encontrar con relativa facilidad improvisaron colchones donde poder descansar. No tenían frío ni calor, pero sí empezaron a tener hambre. Buscaron comida cerca de su improvisado campamento, pero no sabían qué buscar. En aquel lugar no parecía haber árboles ni se habían topado con signo alguno de vida, y de hacerlo tampoco hubieran sabido qué era comestible y qué no. El fracaso a la hora de buscar víveres causó verdadera preocupación en los chicos, y Jack comenzó a llorar, llamando a su madre y pidiendo volver a casa. Fue entonces cuando vieron a la Madre por primera vez.

Inexplicablemente, no sintieron terror al verla. Simplemente se quedaron paralizados mientras unos ojos multicolores les observaban con curiosidad. Después, se alejó rápidamente para reaparecer un poco después, dejando caer algo a sus pies. Jack y George la miraron, sin estar seguros de entender lo que quería. Eran unos objetos ovalados y rojizos, algo mayores que una mano, que desprendían un olor fragante.

—Creo que son para que los comamos. —Dijo Jack.

La Madre asintió. George, sin estar seguro de que aquello fuera una buena idea, se acercó una de aquellas cosas a la boca. Lo cierto era que olía bien y tenía suficiente hambre como para arriesgarse. Pegó un mordisco, y un jugo cálido resbaló por su barbilla. Tenía un sabor extraño que alternaba entre el dulce y el salado mientras se masticaba, pero desde luego no estaba malo. Una vez superada la suspicacia inicial continuó mordiendo con fruición. Al verle Jack tomó otro de aquellos frutos del suelo e hizo lo mismo. Cuando acabaron de comer, satisfechos y animados, se dieron cuenta de que estaban solos otra vez.

O bien aquel alimento tenía la propiedad de saciar durante días, o bien la extraña percepción del tiempo en aquel lugar seguía engañándoles, porque parecía que por cada uno de aquellos frutos que comían podían estar muchísimo tiempo sin necesidad de comer o beber de nuevo. Cada vez que volvían a tener hambre encontraban frutos rojizos en el mismo lugar donde la Madre se los había entregado la primera vez. A ella apenas la veían. De vez en cuando percibían cómo sombras de contornos inciertos se desplazaban entre la niebla, pero nunca estaban seguros de si era ella, y no se atrevían a acercarse por miedo a encontrarse con alguna criatura similar a las representadas en las esculturas de aquella ciudad monstruosa.

A veces se animaban a explorar, alejándose de la bóveda luminiscente que

ya consideraban su casa, pero siempre acababan volviendo por miedo a perder el sustento que la Madre les proporcionaba periódicamente. En aquellas excursiones descubrieron lugares maravillosos que, sin embargo, siempre estaban recubiertos por una pátina que les confería un matiz terrorífico. Torrentes que transportaban líquidos translúcidos a varios palmos del suelo y arenales donde no soplabo viento alguno, en los que había extraños símbolos dibujados en la arena, pero en los que no se veía la marca de las huellas de quien los hubiera dibujado. Y destacando en el horizonte, en el límite de lo que la bruma les permitía ver, la silueta de lo que parecía una ciudad de pirámides que, teniendo en cuenta la distancia, debían tener un tamaño pavoroso.

No tenían espejos en los que mirarse, pero cada uno notaba los cambios en el otro e imaginaba que cambios semejantes estarían ocurriendo en él. Crecieron ralas barbas en sus caras, sus espaldas se ensancharon, su voz se volvió más grave. Jack pensó que aquel era un extraño lugar para dejar atrás la niñez. A menudo hablaban de sus familias y de sus casas, compartiendo recuerdos con la esperanza de que así fuera más difícil que se perdieran. Al principio se preguntaban cómo era posible que no hubieran ido a buscarles aún. Conforme pasó el tiempo sólo se preguntaban si se habrían olvidado de ellos.

Y así pasó el tiempo, hasta que un día ocurrió algo peculiar. Primero pensaron que se debía tratar de un sueño, o de un error de percepción, pero no era así. En la nave abovedada donde dormían acababa de entrar un hombre.

16 —El último rito

Una sensación de deja-vu invadió a Syd mientras caminaba entre los gigantescos árboles en una oscuridad intermitente. Aquí y allá pálidos rayos de luz lunar se colaban entre los resquicios del ramaje e iluminaban puntos en el suelo, creando un paisaje irreal. Iba empujando la silla de Zazuruk, que les guiaba hacia el mismo claro en el que la Mujer Carmesí le había arrancado las piernas hacía más de veinte años. Tras ellos, iluminando el suelo con linternas, caminaban Rose, Joe, Leah y Keith, que llevaba una mochila que Syd le había entregado. La comitiva se desplazaba despacio, en silencio. Ni siquiera Keith se atrevía a distender el ambiente con uno de sus comentarios graciosos. Sentían miedo e incertidumbre, y les asustaba pensar que aquel largo camino condujera a un final trágico.

Los árboles se retiraron y ante ellos apareció el enorme claro circular en cuyo centro resaltaba aún el gran tocón al que Zazuruk les pidió que se dirigieran. El camino era ya demasiado irregular y empujar la silla se hacía complicado, de modo que Syd cogió en brazos a Zazuruk e hizo el resto del camino hasta el centro del claro llevándolo a pulso. Cuando llegaron al centro dejaron a Z sobre el tronco y Keith entregó a Syd la mochila.

—¿Has traído las tizas? —Preguntó Z.

—Claro. —Respondió Syd, rebuscando en su interior. —Voy a dibujar el pentáculo.

Alumbrando con la linterna un papel que había sacado de la mochila, comenzó a copiar el símbolo dibujado en él en el tocón. Se tomó su tiempo, tratando de que fuera lo más parecido posible, preocupado por las consecuencias que una pequeña variación en el diseño pudiera provocar al abrir el portal.

—Es suficiente. Está muy bien así. —Dijo Z. —Ahora puedes empezar con el ritual de destierro.

—De acuerdo. Debo tener las instrucciones apuntadas por aquí. —Dijo Syd, sacando otro papel de la mochila.

Consultando el papel fue realizando cada uno de los movimientos que, supuestamente, limpiarían el círculo de energías negativas. Había escrito las descripciones de cada uno de los signos que debía realizar: el signo de la entrada, el signo del silencio y el signo de Osiris asesinado. Para un

espectador ajeno a lo que se trataba de hacer aquello hubiera parecido el baile de un demente o una representación teatral experimental, pero los presentes asistieron a cada uno de los movimientos de Syd en un silencio respetuoso. Una vez acabado, Z dijo:

—Ya estamos listos. Podemos empezar.

Syd sacó de la mochila otro papel enrollado, que entregó a Z. Éste se adelantó unos pasos avanzando sobre las palmas de las manos y lo desarrolló, mostrando la ilustración que todos conocían tan bien: Lam, el ser gris de la capa que serviría de puerta a otra dimensión. Syd hizo gestos a todos para que entrasen en el círculo.

—¿Pero qué hacéis? —Dijo Z, sorprendido.

—Vamos a entrar todos. La protección debe ser para todos. —Dijo Syd.

—Esto no funciona así. El oficiante y el que abre el portal son los únicos que...

—Lo haremos así. —Sentenció Rose.

—Como queráis. —Dijo Z, encogiéndose de hombros. —Son vuestros hijos.

Syd buscó en sus bolsillo y extrajo un papel plateado. Lo desenvolvió y tomó tres pastillas que había en su interior. Antes de tomárselas, se acercó a Rose y le susurró algo al oído. Después le sonrió, guiñándole un ojo, y volviendo al centro del tocón se metió las pastillas en la boca.

—Vamos allá. —Dijo.

Se sentó en el suelo, frente al dibujo que Zazuruk sostenía, y se quedó quieto, mirándolo directamente, casi sin pestañear. Keith, Joe, Leah y Rose se cogieron de la mano y se quedaron detrás de él, en silencio.

—Bien, señor Cramer. Voy a empezar con las invocaciones. Sabemos que el portal se abre con más facilidad cuando el receptor es alguien de alma pura e inocente. No creo que podamos aspirar a tanto en su caso, pero concéntrese en el dibujo e intente pensar en algo que le provoque sentimientos positivos, ¿de acuerdo? Ternura, felicidad, amor... Ya me entiende.

Syd asintió. Cerró un instante los ojos, pero no necesitó mucho tiempo para encontrar esas imágenes. Dos personas se dibujaron en su imaginación, la una frente a la otra: Ringo y Rose. Abrió los ojos de nuevo y una sonrisa se dibujó en su cara. Asintió indicando que estaba listo. Zazuruk, comprendiendo, comenzó a repetir la fórmula de la invocación.

—¡Lam, puerta de entrada al eón de Maat! ¡Yo te evoco! ¡Talam-malat!

¡Talam-malat!

Syd, concentrado en el dibujo, esperaba acontecimientos, pero no ocurría nada. Sabía que las drogas que había tomado aún tardarían un rato en hacer efecto, por lo que se concentró en la imagen de su hijo y en Rose.

—¡Lam, puerta de entrada al eón de Maat! ¡Yo te evoco! ¡Talam-malat! ¡Talam-malat! —Continuaba Z con voz monótona.

Syd empezó a temer que no fuera capaz de abrir el portal, pero luchó con todas sus fuerzas contra aquel sentimiento, sabiendo que su mente debía permanecer centrada en ideas positivas o de lo contrario sería el mismo temor a fallar el que provocaría el fallo. Los minutos se hacían eternos. Keith y Leah cruzaban miradas de impaciencia y preocupación. Rose, sin embargo, miraba a Syd. Estaba segura de que lo lograría, y se mantenía firme y tranquila.

No fue hasta unos veinte minutos más tarde cuando algo empezó a ocurrir. Un fenómeno del que Zazuruk ya había sido testigo otras dos veces en su vida, pero que no por ello resultaba menos sorprendente. Una vez más, frente al dibujo empezó a producirse un pliegue en el espacio, que se movió a través de una cuarta dimensión espacial que siempre había estado allí, oculta a los sentidos de los humanos. Z repitió nuevamente la invocación, esta vez a pleno pulmón, mientras se iba formando una grieta en el aire frente a Syd, una grieta cuyo tamaño aumentaba por momentos. De ella salía un resplandor de colores indescriptibles, y un viento que aullaba como si fuera un ser vivo recién llegado de tiempos remotos, que despeinó a Syd, aún sentado en el suelo. Ya el portal era lo bastante grande para que una persona pudiera cruzarlo sin necesidad de agacharse. Desde su posición, todos podían ver lo que había más allá de aquel portal: una enorme llanura en la que, pese al aire que salía de la abertura, persistía una bruma que parecía espesarse en determinados lugares creando formas grotescas. En la lejanía se adivinaban siluetas de estructuras extrañas, que de no estar quietas hubieran parecido la anatomía de alguna criatura de pesadilla. Pese a que la extensión era enorme no se veía pista alguna de George o Jack, al menos desde allí.

Syd se puso en pie y le hizo una seña a Rose. Ésta asintió y buscó algo en la mochila de Syd. Extrajo un objeto bastante grande. Era un radiocassette que Rose puso en marcha accionando el botón de “play”. Comenzó a sonar música a gran volumen. Syd se giró, sorprendido. Miró a Rose y se dibujó en la cara de los dos una gran sonrisa. Rose había elegido la misma cinta de los Zombies que llevaba en el coche. Era el mismo disco que había escuchado por primera

vez en casa de Syd semanas atrás.

—¿Qué coño están haciendo? —Dijo Z, que había dejado ya el dibujo en el suelo.

—Vamos a entrar a por los chicos. La música nos ayudará a encontrar el camino de vuelta. —Dijo Syd, levantando la voz. Entonces se giró hacia los demás. —Esperad que pase yo primero. Comprobaré que no hay peligro.

Syd se acercó lentamente a la abertura, poco a poco, hasta que sólo le separó de ella un último paso. Respirando profundamente avanzó un poco más. Desde aquel otro lado la naturaleza del portal era igual. Parecía una grieta en el espacio, a través de la cual se podía ver algo que no correspondía con lo que había detrás de ella. Miró a su alrededor. Sorprendentemente, allí dentro el viento no soplaba. Desde aquel lado la niebla parecía menos espesa, y su vista podía abarcar una mayor extensión. Aquellas siluetas que se dibujaban a lo lejos eran, sin ninguna duda, templos enormes, o lo que quedaba de ellos. Se preguntó si en alguna época remota los hombres habían habitado aquellos confines más allá del espacio y habían edificado aquellas estructuras. Y en caso de que no hubieran sido hombres, qué seres las habían erigido. Y se preguntó si aún estarían por allí.

Desde el otro lado, Rose, Keith, Leah y Joe se acercaron a la abertura, sin dejar de mirar a Syd en todo momento.

—¡George! ¡Jack! —Gritó Syd.

Su voz allí sonaba muy diferente. No sólo el sonido era distinto, sino que parecía que el orden en que escuchaba las sílabas no correspondía con el orden en el que las había pronunciado. Trató de dar un paso, pero se encontró a muchos metros de la abertura. Confundido, trató de volver hacia ella, pero fue incapaz de determinar si estaba boca arriba o boca abajo. En aquel lugar el tiempo y el espacio parecían seguir reglas diferentes a las que él conocía, y se sintió asustado. Cerró los ojos y dio otro paso. Al abrirlos se encontró de nuevo cerca de la abertura, a través de la que distinguió a sus amigos, que le miraban con cara de terror. Aunque parecían estar gritando no podía oír lo que decían. Giró la cabeza y entendió lo que estaban tratando de decirle. Entre la bruma se abría paso una criatura gigantesca con torso humano y aspecto femenino, que reconoció por fin, veinte años más tarde, como aquella de la que había huído aterrado corriendo entre los árboles.

Al otro lado, sobre el tocón, los cuatro amigos de Syd contemplaban la escena sin saber muy bien cómo ayudar. Entonces Rose recordó que llevaba un

arma y se llevó la mano a la parte trasera de su pantalón, pero asustada descubrió que allí no había ninguna pistola. Un chasquido mecánico les hizo volverse. Zazuruk le había arrebatado el arma, y les apuntaba con ella.

—¡Todos atrás! —Dijo.

—¡Cobarde de mierda! —Masculló Keith.

—¡He dicho que se alejen! —Dijo Zazuruk.

Keith, sintió un impulso irracional más fuerte que su miedo, y se abalanzó sobre Z. Éste disparó. Keith cayó al suelo con un grito.

—¡Keith! —Gritó Leah, angustiada.

El brazo derecho de Keith presentaba una herida que sangraba abundantemente.

—Por última vez, aléjense todos. —Dijo Zazuruk.

Joe ayudó a Keith a levantarse y entre él y Leah le bajaron del tocón y lo tumbaron en el claro, a cierta distancia.

—Hay que hacerle un torniquete, Leah. Déjame. —Dijo Joe, que había tenido que hacer algunos torniquetes en la guerra. Arrancó la manga de la camisa de Keith y, tomando un palo, lo ató fuerte por encima de la herida.

Zazuruk apuntó a Rose, que aún estaba en el tocón.

—¿Por qué? ¿Qué quiere? —Preguntó Rose, mientras retrocedía.

—Si tu amigo estuviera dispuesto a matar a la Mujer Carmesí no hubiera podido abrir el portal. Así que lo tendré que hacer yo. Y si te tengo que matar a tí antes te juro que me da lo mismo. —Le dijo.

Rose, comprendiendo que no iba de farol, apretó los puños y se alejó, mirando entre lágrimas hacia la abertura, donde Syd contemplaba inmóvil cómo aquella enorme forma rojiza se acercaba hasta estar casi junto a él.

Syd trataba de correr, pero seguía sin ser capaz de dominar sus movimientos en aquel lugar. El ser primigenio al que llamaban la Mujer Carmesí se detuvo frente a él. Syd, impotente, comprendió que no podía hacer nada para defenderse, y tratando de hacer un último acto de valentía, alzó la mirada. Sus ojos se cruzaron con los ojos de fulgor indescriptible de aquella criatura. Su mirada, no obstante, no infundía miedo, sino paz. Movié una de las extremidades que salían de su tronco y tocó con ella la mejilla de Syd, sin dejar de mirarle a los ojos. Después, movió aquella misma extremidad, que cambió ligeramente de forma para acabar en una punta fina y alargada con la que señaló en una determinada dirección, hacia una de aquellas extrañas construcciones que se adivinaban más allá de la bruma. Syd comprendió lo

que la Mujer le estaba diciendo, y asintiendo con la cabeza, dijo:

—Gracias.

Y trató de avanzar hacia allí. Esta vez consiguió empezar a avanzar, no sin torpeza. Parecía que su mente estaba empezando a habituarse a las complejas reglas de aquel lugar. No sólo era extraña la forma en que el espacio se extendía, sino también la forma en que el tiempo estaba ligado a él. Empezó a sospechar que no sólo le costaba avanzar porque el punto de vista cambiara constantemente, sino porque a veces el tiempo se mostraba desordenado, y era difícil saber si avanzaba y retrocedía, o si sólo avanzaba pero experimentaba ese avance de forma caótica.

Aún así, muy lentamente, le pareció que se iba acercando a aquel templo que la Mujer le había señalado. A través de la bruma empezaba a distinguir una gigantesca fachada con pilastras y un friso con bajorrelieves que, si representaban criaturas vivientes, Syd no fue capaz de identificar.

Frente a él, de pronto, había dos chicos. El mayor le dijo:

—¿Quién nos está esperando?

Syd, confundido, respondió:

—¿Qué? ¿Quiénes sois?

Pero se dio cuenta de que estaba solo. Aturdido, trató de seguir avanzando. De pronto se vio bajo un arco de piedra rojiza. No sabía cómo, pero estaba en una de las entradas a aquel templo al que se dirigía. Si había llegado hasta allí avanzando no lo recordaba. Se asomó al interior. Sobre su cabeza se elevaba una bóveda gigantesca. De la misma piedra parecía emanar una sutil luminiscencia, que le permitía hacerse una idea de las asombrosas dimensiones de aquel lugar. Un ruido le hizo volver la cabeza. De la penumbra de una de las esquinas de la nave en la que se encontraba se acercaban dos figuras. Su imagen se iba iluminando gradualmente cuanto más se acercaban al lugar desde el que Syd, asustado, las observaba.

—¿Quién eres? ¿Eres humano? —Dijo una de aquellas figuras.

Cuando llegaron junto a Syd, éste pudo comprobar que eran dos chicos. Uno de ellos debía tener dieciocho años, y el otro tendría unos catorce. Estaban delgados y llevaban el pelo largo. El mayor lucía una barba rala y larga que le daba aspecto de vagabundo.

—Soy Syd. ¿Sois Jack y George?

—¡Sí! ¿Cómo lo sabe?

Syd les abrazó, aunque ellos se zafaron rápidamente.

—¡Como me alegro de veros! —Les dijo Syd. —¡Vamos, seguidme! ¡Os están esperando!

—¿Quién nos está esperando? —Preguntó George.

Syd volvió a sentirse confundido. Ya no estaban dentro del templo, sino fuera, en la enorme llanura.

—¿Qué le ocurre? —Preguntó Jack.

—En este lugar es todo muy extraño. Me cuesta moverme y entender en qué orden pasan las cosas.

—Al final te acostumbras. Aprendes a moverte. Pero lleva tiempo. —Dijo George.

—¡Vamos, Syd! ¡La música suena más fuerte! —Dijo George.

Los dos chicos avanzaron rápidamente en la dirección de la música. Syd trató de seguirles, pero no era capaz de mantener su ritmo.

—¡Esperadme! —Gritó.

—¿Qué? No vamos a ningún sitio. —Dijo Jack.

Syd se dio cuenta de que estaba de nuevo junto a los chicos, en el interior del templo. Se llevó las manos a la cara.

—¡Dios mío! ¡Voy a volverme loco!

—Ha dicho que nos esperan. ¿Quién?

Cuando Syd logró tranquilizarse un poco, dijo.

—He venido con vuestros padres. Rose, Keith y Leah. Tenemos que salir de aquí antes de que el portal se cierre de nuevo. Vamos fuera, ahí suena una música. Tenemos que ir en esa dirección.

Salieron de nuevo a la gran extensión yerma. Los chicos se detuvieron, inclinando la cabeza para escuchar con atención.

—¡Creo que ya escucho algo! ¡Creo que es por ahí! —Dijo George.

Syd les seguía como podía. Ellos avanzaban más rápido, pero lograba acercarse de nuevo cada vez que se paraban a escuchar. En aquel lugar la música sonaba de forma muy extraña, como si los instrumentos hubieran intercambiado sus partituras. Hasta él hubiera sido incapaz de reconocer que aquello era una canción de los Zombies.

—¡Vamos, Syd! ¡La música suena más fuerte! —Dijo George.

Los dos chicos avanzaron rápidamente en la dirección de la música. Syd trató de seguirles, pero no era capaz de mantener su ritmo.

—¡Esperadme! —Gritó.

Pero, pese a sus esfuerzos, ellos se alejaban cada vez más.

Mientras tanto, en el claro, Zazuruk continuaba apuntando con su pistola a Rose, que se había alejado unos pasos con los puños apretados y la cara enrojecida de rabia. Joe y Leah estaban sentados en la hierba junto a Keith, que seguía tendido, pálido y dolorido. Gracias al torniquete de Joe su herida ya no sangraba.

—Tenemos que llevarle rápidamente a un hospital. —Le dijo Joe.

—No podemos irnos ahora. —Le respondió Leah, llorando. —¡Dios mío, no sé qué hacer!

—Déjame, yo le llevaré. Quédate si quieres. —Dijo Joe.

—¡Ni de coña! ¡No me pienso mover de aquí! ¡Ahora no! —Protestó Keith, apretando los dientes para disimular una mueca de dolor.

Todos se sobresaltaron al oír un disparo. Zazuruk había disparado al radiocasette, haciendo que la música se detuviera.

—¡Putita musiquita! —Dijo. —Mucho mejor así.

Cerciorándose una vez más de que Rose estaba a una distancia prudencial, se acercó a la abertura, y con una voz espeluznante gritó:

—¡Estoy aquí! ¡Ven por mí! ¡Ya no te tengo miedo! ¿Me oyes?

Fuera de sí, totalmente ido, llorando de rabia, aquel hombre mutilado continuó lanzando gritos parecidos, hasta que calló. Se enjugó las lágrimas de los ojos y miró hacia el interior del portal. Algo se acercaba a través de la bruma. Lo que al principio parecía una figura enorme se fue dividiendo en tres: dos pequeñas y una mucho mayor, que Zazuruk no dudó en identificar con la Mujer Carmesí. Agarrando la pistola con las dos manos, apuntó hacia aquella silueta espectral, esperando que sus contornos se fueran definiendo. Rose, que seguía el desarrollo de aquellos acontecimientos desde una distancia prudencial, no prestaba especial atención a aquella sombra de gran tamaño, sino a las dos menores que la acompañaban. Su corazón empezó a latir con tal fuerza que creyó que se le iba a salir del pecho. La distancia de aquellos seres a la abertura era lo bastante pequeña como para que la bruma permitiera distinguir su aspecto en detalle. Allí, a pocos metros y a un universo de distancia al mismo tiempo, se había materializado Jack, el hijo que se había resistido a desaparecer de su memoria. Sus facciones habían cambiado como cabría esperar de un chico que ha entrado en la adolescencia, pero para Rose seguía siendo el mismo niño de doce años del que se había despedido una noche de Halloween hacía una eternidad.

—¡Jack! ¡Dios mío, Jack! —Gritó, corriendo hacia la abertura.

Leah también había reconocido al chico que estaba de pie junto a Jack.

—¡Keith! ¡Es nuestro George! —Dijo.

—¡Corre con él, Leah! —Gritó Keith.

Leah se lanzó a la carrera, detrás de Rose.

—¡George! ¡Cariño!

Los dos chicos vieron entonces a sus madres, corriendo hacia ellos desde el bosque que se adivinaba al otro lado de aquel portal, y se disponían a cruzarlo cuando algo les detuvo. Al otro lado, Zazuruk disparó al cielo.

—¡Quietas! ¡Maldita sea, os he dicho que os quedéis atrás! —Dijo, apuntando de nuevo a Rose y Leah.

Debatiéndose entre la rabia y el terror, Leah y Rose se detuvieron, pero ya no miraban a Zazuruk, ni tan siquiera a sus hijos, sino al ser que se había detenido junto a ellos, ya junto a la misma abertura. Era imposible no sentirse sobrecogido la primera vez que se veía a la Gran Madre, la Mujer Carmesí.

Z apuntó de nuevo con la pistola hacia la diosa, apuntando a la cabeza.

—¿Necesitas protegerte con los dos chavales? ¿Crees que así no te voy a disparar? ¿Después de lo que me hiciste? ¡Mírame! ¡Mírame, maldita sea!

Rose avanzó una vez más hacia él.

—¡Vas a matar a nuestros hijos! ¡No lo hagas, cabrón! —Le gritó.

Zazuruk, con el rostro totalmente descompuesto, volvió su arma hacia Rose, con la intención de disparar. Pero no le dio tiempo. Un cuerpo alargado y rojizo salió de la grieta y le rodeó por el cuello tan rápido que no pudo reaccionar. Instintivamente se llevó las manos a la garganta, tratando de zafarse de aquel monstruoso tentáculo que le estaba asfixiando por momentos. Pegó el cañón de la pistola y disparó. La presión cedió y aquel órgano regresó a la abertura, sangrando una sustancia oscura y espesa. Sin embargo el alivio de Zazuruk duró poco. Otros dos brazos le agarraron del cuello y de la muñeca, apretando con fuerza y obligando a que dejara caer la pistola. El hombre trataba de forcejear con el brazo que le quedaba libre, pero le era imposible liberarse. Fue levantado en peso y su cuerpo desapareció por la abertura, donde la Mujer Carmesí le contemplaba con ojos inexpresivos mientras sus movimientos iban perdiendo fuerza. Finalmente quedó colgando, inerte como un pelele, de los brazos que le apresaban. La Mujer Carmesí lanzó el cuerpo con un movimiento violento, como si se estuviera deshaciendo de alguna sustancia molesta que se le hubiera quedado pegada, y Zazuruk desapareció en la bruma de aquel otro mundo. Volvió entonces la Gran Madre

la vista hacia Jack y George, que no parecían asustados. La criatura alargó otro de sus brazos hacia ellos, y Rose y Leah sintieron una oleada de terror.

—¡No, por favor! ¡Déjales! ¡Te lo ruego! —Suplicaron.

Pero ajena a ellas, como si no las escuchara, la Mujer Carmesí les tocó suavemente con aquel brazo en la cara. Primero a uno y luego a otro. Rose y Leah miraron sin poder creerlo. Parecía inconcebible, pero aquel ser que sólo unos segundos antes había asesinado a Zazuruk de forma cruel estaba acariciando a sus hijos. Rose lo comprendió en seguida. Si ellos estaban vivos después de tanto tiempo había sido porque ella, la Gran Madre, les había cuidado. Y ahora se estaba despidiendo de ellos.

Una vez acabada la despedida, la Mujer Carmesí se volvió y se perdió de nuevo en la vastedad de aquella llanura irreal. Leah y Rose corrieron hacia la abertura, sin miedo por fin. Jack y George estaban cruzando, y aparecieron sobre el tocón. Rose y Leah llegaron junto a ellos y les abrazaron llorando de felicidad.

—¡Hijo mío! ¡Mi pequeño! —Decía Rose.

—¡George! Deja que te vea. —Decía Leah. —¿Estáis bien?

—Sí, mamá. Estamos bien.

—George cuidó de mí todo el tiempo. —Dijo Jack.

Rose abrazó a George, besándole en la cara.

—Gracias, George. ¡Gracias, gracias, gracias!

—¿Cómo nos habéis encontrado? —Preguntó George.

Al escuchar la pregunta Rose sintió como si le alcanzara un rayo.

—¡Joder! ¡Syd! —Dijo. Se volvió a George. —¿Habéis visto a un hombre alto, con coleta...?

—Sí, ha venido a buscarnos.

—¿Dónde está? —Preguntó Rose.

—No lo sé, iba muy lento. —Dijo Jack.

Rose miró a la abertura, y descubrió con terror que estaba empezando a menguar.

—¡Oh, no! ¡Se cierra! Tengo que ir a buscarle. —Dijo, acercándose.

—¡No, Rose! ¡Se está cerrando, te quedarás atrapada dentro! —Le dijo Leah.

—¡Pero no va a poder salir! —Dijo Rose, llorando.

—Rose, cariño. Ahora tienes a Jack contigo. No le pierdas otra vez. —Le dijo Leah bajando el tono de su voz, mientras tomaba la cara de Rose entre sus

manos.

Rose supo que tenía razón. Se acercó a la grieta, cuyo tamaño se había reducido ya a la mitad, y gritó:

—¡Syd! ¡Syd!

Buscó con la vista entre la bruma, tratando de encontrar algún rastro de él, pero no lo lograba.

—¡Syd, la puerta se está cerrando! ¡Ven, por favor!

Cada segundo que pasaba la idea de perderle se hacía más real y más insoportable.

—¡No me dejes! ¡Te quiero, Syd! ¡No me dejes!

Sin que ella le pudiera ver, Syd, sentado en el suelo y rodeado de niebla, había abandonado. Sabía que no iba a lograr salir a tiempo. El efecto de la droga estaba pasando y era incapaz de avanzar por aquel lugar. El tiempo daba trompicones y el espacio parecía flexible y mudable. Sin embargo sí pudo escuchar los gritos de Rose. Pensó en contestarle, pero entendió que en sólo unos instantes no importaría nada. En voz baja, sonriendo, dijo:

—Yo también te quiero, Rose.

Faltaban sólo unos centímetros para que el portal se cerrara definitivamente. Agotada, Rose reunió la poca fuerza que le quedaba y, mientras Leah y Jack la abrazaban, gritó:

—¡Nunca te olvidaré, Syd Cramer!

Al otro lado de la inmensidad Syd, entre lágrimas, murmuró:

—Claro que lo harás, Rose. Pero yo a tí no.

Y el portal se cerró por completo.

Epílogo —Una canción en la radio

(San Andreas, California. Noche de Halloween, 1990)

Leah Crawford subió las escaleras de su casa y entró en el cuarto de George. Le encontró tumbado en la cama, escuchando música con sus auriculares a tal volumen que ella, desde la puerta, pudo reconocer sin problemas a los Guns n Roses. Tampoco era difícil imaginarlo, ya que las paredes del cuarto estaban completamente cubiertas de posters del grupo.

—George.

El chico ni se enteró de que su madre la hablaba. Leah tomó una pelota de tenis de la mesa y se la lanzó. George se sobresaltó, pegó un brinco y se quitó los auriculares, mirando a su madre con un gesto de sorpresa.

—¡Joder, qué susto!

—Esa lengua, jovencito. —Dijo Leah. —¿Es que no vas a salir esta noche?

—No, no me apetece.

—¿Andas peleado con Carl?

—No, pero ha venido su primo de Copper Meadows y no me apetece ir con ellos, la verdad.

Leah escrutó la cara de su hijo, en busca de alguna señal de alarma.

—¿Estás bien?

—Sí, mamá, de verdad.

Leah supo que no le mentía.

—Tu padre y yo vamos a acompañar a Carrie a buscar dulces. ¿Vienes o prefieres quedarte?

—Me quedo aquí, mamá. —Dijo George.

—Está bien. Pásalo bien. Volveremos en un par de horas. —Dijo Leah cerrando la puerta.

No había pasado un segundo cuando la puerta se abrió otra vez.

—¡Por cierto, se me había olvidado! ¡Tengo algo que enseñarte! —Dijo Leah. —Espera un momento.

Dejando la puerta abierta Leah desapareció un momento escaleras abajo. George quedó quieto, esperando. Oyó ruido de pasos y de cajones que se abrían y se cerraban. Después oyó los escalones de nuevo, y su madre entró con un sobre en las manos.

—Ayer, mientras estabas en clase, tu padre recibió en la oficina de correos un paquete para nosotros. ¿Sabes lo que era? La maleta que perdimos en el viaje a Orlando.

—¡No me digas! —Dijo George, llevándose la palma de la mano a la cabeza. —¡Qué fuerte!

—¿A que sí? La línea aérea la ha encontrado después de tanto tiempo. Y en el fondo de la maleta estaba esto. —Dijo, tendiéndole un sobre con el logo de Disney.

George lo abrió, y con una sonrisa contempló la foto que se habían hecho cuando visitaron Disneyworld. Allí estaban sonrientes él, Carrie, Keith y Leah Crawford. Su familia.

—Supuse que te gustaría. —Dijo Leah.

—Sí, mamá. Me gusta mucho. Es una foto muy chula.

—Bueno, cariño. Pásalo bien. —Le dijo Leah, besándole en la cabeza.

Cuando salía por la puerta oyó una vez más la voz de George.

—¡Mamá! Espera. —Dijo George poniéndose en pie. —He cambiado de idea. Voy con vosotros.

—Genial —Dijo Leah.

Bajaron las escaleras para reunirse con Keith y Carrie, que sonreía feliz disfrazada de princesa. Abrieron la puerta de la casa y salieron a la noche de San Andreas, llena de duendes, fantasmas y brujas.

* * * * *

(Abril, 1993)

Calvin Clark observó otra vez a la mujer que se sentaba frente a él. Mediana edad, pelo rojizo, atractiva. Echó un vistazo al historial para refrescar los detalles más importantes, aunque la recordaba bien. No solía tratar a pacientes con tan buen aspecto.

—Bien, Rose. ¿Cómo te encuentras?

Rose Halloway miraba a Calvin como quien mira un cuadro abstracto intentando desentrañar un significado que se le escapa.

—Me encuentro bien. Bueno, mejor.

—¿Te están yendo bien las pastillas?

—Las pastillas... Sí, me van bien.

Calvin se reclinó en su asiento. Conocía aquella expresión perfectamente.

—Rose... ¿Te las estás tomando o no?

—Me las tomé... un tiempo. Pero no me hacen nada, doctor. No sirven.

—Rose, en tu última visita presentabas signos evidentes de un principio de depresión. No es algo que se deba tomar a la ligera. Deberías tomar la medicación.

—Ya se lo dije, no es depresión. Ni siquiera es tristeza, exactamente. Es...

—Rose buscó la mejor manera de expresar lo que quería decir. —Es que siento un tremendo vacío en mi vida. Siento como si me faltara algo, algo importante.

—¿Algo como qué?

—Es una sensación de pérdida, como cuando murió mi padre. Sólo que no ha muerto nadie.

—Me comentó que rompió con su pareja, ¿no es así?

—¿John? Sí. Bueno, no rompimos. Se largó.

—¿Puede ser que ese sentimiento provenga de esa ruptura?

—¿De John? ¡Qué va! Que se vaya al infierno. —Rose se detuvo avergonzada. —Disculpe doctor.

—No hay problema.

—¿Su relación con sus hijos sigue bien?

—Sí, desde luego. Son dos chicos fabulosos. Bueno, Jack está en plena adolescencia y a veces me dan ganas de subir al coche, coger al perro y salir de allí para no volver. Pero por suerte no es lo normal. Les quiero muchísimo.

Rose siguió respondiendo preguntas absurdas a Calvin. Le preguntó por sus padres, por su infancia y por su trabajo. Ella sabía que toda aquella charla no llevaba a ninguna parte. Lo que ella sentía era real. Algo en su interior se había perdido y había dejado un vacío que no podía llenarse.

Aquella noche se quedó sentada en el salón frente al televisor más tiempo del que solía. No tenía sueño. Jack y Vinnie dormían en sus cuartos y en un cojín junto al sillón donde se sentaba escuchaba la respiración profunda de Sultán. Con total apatía iba cambiando de un canal al siguiente, sin tan siquiera prestar atención a lo que estaba viendo. Un rato después, como si regresara a su propio cuerpo después de haberlo abandonado, se dio cuenta de lo que estaban emitiendo en ese momento. Un hombre canoso con barba hablaba de casas encantadas. Sobreimpreso a la altura de su pecho se leía su nombre: Joe King.

—Como nuestra audiencia sabe en “La puerta del misterio” hemos tratado

muchos casos de encantamientos, sin embargo les invito a que sigan con nosotros ya que el caso del que les voy a hablar es realmente...

Rose apagó el televisor.

—¿Qué demonios hago yo viendo estas chorradas? —Se dijo.

Dándose por vencida, se retiró a su dormitorio donde le esperaba una cama enorme sobre la que tardó aún un par de horas en quedarse dormida.

A la mañana siguiente Rose se despertó con mejor ánimo. Había decidido aprovechar que era sábado para hacer algo distinto y escapar por unas horas de aquella casa. Preparó el desayuno a sus hijos y les propuso ir a pasar el día a Los Ángeles. Ellos aceptaron encantados.

—¿Podremos ir a Hollywood, mamá? —Preguntó Vinnie.

—Claro, nos daremos un paseo por el paseo de la fama, ¿vale?

—Quiero conocer a Macaulay Culkin. —Añadió Vinnie mientras se bebía un vaso de leche.

—Cariño, no sé si eso será posible. A ver si hay suerte.

Mientras conducía camino de Los Ángeles, la carretera frente a ella le dio a Rose una sensación de libertad que le reconfortó. Quizás algo especial esperaba al final de la carretera, o al tomar el siguiente giro. Se alegraba de haber tenido aquella idea. Puso la radio y los tres estuvieron canturreando alegres las canciones que conocían, inventándose la letra cuando era necesario. Rose, cada vez más animada, cantaba cada canción con más ganas que la anterior, hasta que se dio cuenta de que estaba cantando sola. Se calló y descubrió que ni siquiera creía conocer la canción que estaba cantando. Desde el asiento trasero Jack preguntó:

—Mamá, ¿qué canción para carrozas es esa?

Rose no supo contestar. Tampoco hizo falta. El locutor cortó el final del tema:

—“Time of the Season”, de los Zombies, de su álbum clásico “Odessey and Oracle”. Hoy hace exactamente veinticinco años que se publicaba esta canción. ¿Cómo pasa el tiempo, verdad? Pero sin duda merecía la pena hacer un pequeño homenaje y recordar esta fantástica canción. Seguimos ahora con...

Rose apagó la radio y detuvo el coche sobre el arcén. Se quedó inmóvil, con las manos sobre el volante. Jack no veía la cara de su madre, pero sí podía ver sus ojos reflejados en el retrovisor, y le pareció que estaba llorando.

—Mamá, ¿qué pasa? ¿Estás bien?

Rose se pasó la mano por los ojos para limpiarse las lágrimas. Se giró y miró a sus dos hijos.

—Sí, cariño. Estoy muy bien. Es que me había olvidado de algo y me acabo de acordar, eso es todo.

Table of Contents

<u>Prólogo —Halva</u>
<u>1 — La Casa Azul</u>
<u>2 —Una foto en una maleta</u>
<u>3 —Eight miles high</u>
<u>4 —La puerta del misterio</u>
<u>5 —Un Chevrolet del 80</u>
<u>6 —El grandullón de Dos Pinos</u>
<u>7 —El Templo de Oriente</u>
<u>8 —Salida 93</u>
<u>9 —Concurso de dibujo</u>
<u>10 —El rito del bosque</u>
<u>11 —Un cartel junto a la carretera</u>
<u>12 —La Mujer Carmesí</u>
<u>13 —Zazuruk</u>
<u>14 —Visperas</u>
<u>15 —Los frutos rojos</u>
<u>16 —El último rito</u>
<u>Epílogo —Una canción en la radio</u>